



SE BUSCA: UNA ESPOSA
PARA EL JEQUE

DIANA FRASER

SE BUSCA: UNA ESPOSA PARA EL JEQUE

REYES DEL DESIERTO
LIBRO UNO

DIANA FRASER

**Se busca: Una esposa para el jeque
por Diana Fraser**

© 2016 Diana Fraser
<https://dianafraser.com>

El príncipe heredero Malek de Sumaira necesita rápidamente la respetabilidad de una esposa. O al menos su país la necesita. Y su nueva asistente personal está dispuesta a ayudarlo a encontrar una. Después de cuidar de su madre enferma durante años, lo último que Sophie quiere es estar atada. Pero, ¿se convertirá la idea de estar atada a este clon de Michael Fassbender en una obsesión que necesita quitarse de encima antes de que sea demasiado tarde?

-Reyes del Desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es casual. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de datos, salvo en los casos permitidos por la Ley de Propiedad Intelectual de EE.UU. de 1976, sin permiso previo del autor.

ÍNDICE

[Dedicación](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Postfacio](#)

[La novia de ganga del jeque](#)

[Otras Obras de Diana Fraser](#)

A mi madre

París en primavera era tan romántico, tan hermoso. Sophie Brown suspiró y miró a través de las ventanas que iban del suelo al techo a la gente de moda que paseaba tranquilamente por los Campos Elíseos, bañados por el sol primaveral. Las aceras estaban flanqueadas por plátanos recién cortados y, si acercaba la nariz al cristal, podía ver el Arco del Triunfo, de un gris pálido contra el cielo azul brillante.

"¡Sophie!"

Sophie saltó de la ventana y se encontró cara a cara con su jefe, el señor Claude, el director del hotel. Se acercó y miró a su alrededor con una sonrisa arrogante, asegurándose de que no hubiera ningún huésped cerca. "No te empleo para que mires por la ventana".

"No, lo siento, yo..."

"No quiero oír ninguna excusa. ¿Qué os pasa hoy? Mi técnico superior se ha ausentado sin permiso y mi personal de cocina pasa más tiempo mirando por la ventana que trabajando". Exasperado, suspiró. "Terminad de recoger estas tazas y quedaos en las cocinas el resto del día".

"Sí, señor."

Le pasó un trapo rápido a la mesa y estaba a punto de seguir a Monsieur Claude a las cocinas cuando se detuvo de repente. Las puertas del hotel se abrieron de par en par y todas las miradas se volvieron hacia un hombre alto y moreno, vestido con un traje negro de diseño de corte caro, que cruzó el vestíbulo del hotel con decisión, sin mirar a derecha ni a izquierda. Una falange de funcionarios le seguía, con sus blancos trajes relucientes bajo la brillante luz de las arañas de oro y cristal.

"¿Quién es?" murmuró Sophie.

Claude la miró. "Nadie, a ti. Lleva esa bandeja a la cocina, ahora mismo".

"Sí, señor". Pero continuó mirando al desconocido. Quienquiera que fuese, con su físico atlético, su perfecta estructura ósea y sus penetrantes ojos azules, emanaba poder.

"¡Sophie!" Se giró para ver a Monsieur Claude, con la cara roja de ira. "Si pasaras tanto tiempo haciendo tu trabajo como mirando a nuestros invitados o por las ventanas, me alegraría de tus progresos. Pero, ¿sabe qué? No lo estoy. Si te pilló otra vez, estás fuera. ¡Ahora vuelve al trabajo!"

Sophie abrió de un empujón la puerta de la cocina y empezó a descargar su bandeja. ¡*Maldita sea!* Quería este trabajo. Necesitaba un cambio con respecto a su anterior carrera en informática y este trabajo ocasional le venía como anillo al dedo: sin ataduras, sin responsabilidades, sólo

unos meses de trabajo aquí, unos meses allá y vuelta a empezar. Tras seis años prácticamente encerrada en casa cuidando de su madre enferma, ya fallecida, estaba decidida a conocer mundo. La mejor manera de superar el duelo era mantenerse ocupada. Mantenerse en movimiento. Y así lo haría. Haría lo que fuera necesario, pensó sombríamente, mientras cargaba el lavavajillas con la vajilla sucia.

EL PRÍNCIPE HEREDERO Malek ibn al-Abdullah de Sumaira consultó su reloj: faltaba media hora para el espectáculo. Media hora hasta que comenzara la reunión y tuviera que dar la actuación de su vida. El futuro de su país dependía de que obtuviera el apoyo de los otros reyes del desierto, los líderes de cuatro reinos unidos por la geografía y la cultura. Pero ahí acababan las similitudes. Su propio país, Sumaira, era con diferencia el más grande y *el* más vulnerable.

La reunión fue un intento de estrechar los lazos entre sus países. Esa unión les daría fuerza para resistir la implacable amenaza política, económica y militar de los grandes países fronterizos.

Tenían una larga agenda que cumplir, pero había un punto que no estaba en la agenda, un punto que, él sabía, estaba en la mente de todos: ¿sería capaz, tras ser coronado Rey de Sumaira, de mantener el control de su otrora gran país, de mantenerlo fuerte frente a la siempre presente amenaza exterior del este?

Comprobó de nuevo su reloj y se acercó a su asistente ejecutiva, Maryam, que le miró ansiosa. La mujer había sido el EA de su padre, para el que sólo se habían exigido conocimientos informáticos básicos, y esos conocimientos se estaban poniendo a prueba en ese mismo momento.

La eficacia no le había importado a su padre, que era un emblema adecuado para su país: grande, carismático, discutiendo y totalmente disfuncional. Los sistemas informáticos, la diplomacia, la estrategia... nada de eso significaba nada para su padre. Había gobernado por pura fuerza de personalidad, dejando un desorden impío cuando murió. Un lío que su EA ciertamente no era capaz de resolver.

Había sido capaz de ocultar su inexperiencia mientras estaba en casa, con la ayuda de sus colegas y un enfoque suave y seguro. Pero ahora, al verse obligada a manejar los problemas por sí misma, su falta de conocimientos era evidente. Y, al parecer, sus otros asesores tenían escasos conocimientos informáticos. Era el que más sabía del grupo, y eso no era decir mucho.

Ahora le miraba con ojos aterrorizados. Pero no le ablandaron, sólo le enfurecieron. Ella era un síntoma de todo lo que iba mal en su vida. Nerviosa, sacudió el ratón, miró la pantalla en blanco y volvió a pulsar el teclado.

Con las manos en las caderas, Malek se quedó mirando expectante la pantalla vacía. Pero seguía en blanco. "¡Maryam! Sube la presentación. Quiero comprobarla una vez más antes de empezar".

"Su Alteza..." Arrugó su hermosa frente. "Lo intento. Pero..."

"¿Pero?", rugió. "No debe haber 'peros'. ¿Cuál es el problema?"

"Parece que no lo encuentro".

"¿Qué?" Miró por encima de su hombro. "Lo actualizamos anoche".

"Lo sé... Es que..."

"¿Sólo qué?"

"No está ahí."

"¡Ridículo! Déjame ver!" Pero después de hacer una búsqueda básica pudo ver que no había ninguna versión de su presentación fechada el día anterior. Se levantó y se paseó por la sala, intentando contener la lívida ira que de repente le invadió ante la incompetencia de su EA. "¡Tú!" Señaló a uno de sus empleados que trataba infructuosamente de hacerse invisible. "Llama al informático del hotel. Trae a alguien. *Alguien* que pueda solucionar esto". El hombre se quedó inmóvil. "¡Ya!" Luego se volvió hacia su EA, que había vuelto a sentarse frente al ordenador y pulsaba tímidamente teclas al azar.

"¿Qué demonios le ha pasado?"

"Creo, creo... que debo haberlo borrado".

"¿Tú qué?"

Maryam estaba a punto de llorar. "No dejabas de decirme que debía tener las cosas más ordenadas en mi ordenador, ser más eficiente, así que...".

"¿Así que has decidido borrar la presentación que voy a dar en, veamos" -miró su reloj- "veinte minutos?".

"Fue un accidente".

La sangre le rugió en las venas. Se pasó los dedos por el pelo corto y se retorció. No serviría de nada descargar su ira contra aquella mujer. Estaba fuera de sí: él lo sabía, ella lo sabía y su padre lo habría sabido si no se hubiera acostado con ella. "Fuera del camino. Déjame ver".

Mientras algunos de sus empleados corrían por el hotel tratando de encontrar a un técnico, y otros rondaban cerca, silenciosamente nerviosos, Malek se sentó ante el ordenador y trató de averiguar dónde había ido a parar el documento. Pero no aparecía por ninguna parte. Gruñó de frustración. Parecía que su EA era bueno en algo, y eso era hacer desaparecer sin dejar rastro el documento más importante de su vida.

Se levantó y se acercó a la ventana. Lo último que quería era que su país, que ya era el eslabón más débil de la alianza de los Reyes del Desierto desde la muerte de su padre, fuera visto como un hazmerreír poco profesional e ineficaz.

Se volvió una vez más hacia su EA, que había vuelto a golpear las teclas como si fuera a conjurar algo. "Si no puedes arreglar este problema, busca a alguien que pueda. De inmediato". Miró a su alrededor. "Y consigue a alguien que limpie estas tazas. ¿Tengo que supervisarlos todo aquí?"

Abre de golpe las ventanillas. El rugido del tráfico de París llenaba el aire, pero no ayudaba a contener su creciente impaciencia. ¿Estaba rodeado de idiotas?

Otra mirada le hizo darse cuenta de que lo era. El número de personas se había duplicado mientras se rascaban la cabeza y hablaban voluble e irritadamente por sus teléfonos.

"¿Dónde está el técnico informático del hotel?"

Se encogieron de hombros. Se volvió hacia la joven que estaba ordenando las tazas de café. "¡Tú! ¿Dónde está el informático?"

La mujer miró detrás de ella antes de aclararse la garganta. "No está aquí, señor. Quiero decir... Su Alteza Real... señor". Se sonrojó por la confusión.

Él entrecerró la mirada y ella apartó la vista y siguió ordenando las tazas. Qué raro. Alguien tan hermosa como esta joven, que podría haber sido modelo, era una sirvienta.

"¡Su Alteza Real!" llamó uno de sus hombres.

Olvidándose de la mujer, se volvió hacia su hombre y se acercó. "¿Lo has arreglado?"

"Sí, creo que sí".

Todos los ojos estaban puestos en la pantalla cuando apareció un documento. Hubo un

suspiro general de alivio por parte de todos... excepto Malek.

"Esa no es. Es una versión anterior. No hay tiempo para reescribirla. Si se borra, todavía estará en el disco duro. ¡Encuétralo!"

Hubo una pausa seguida de un incómodo carraspeo mientras el más valiente de sus ayudantes se preparaba para dar la noticia. "No creo que podamos, Alteza Real. Es imposible".

"No es imposible", dijo una voz desde atrás. "Puedo encontrarlo por ti".

La voz, con su fuerte acento inglés, era tan suave que no se habría dado cuenta si no fuera por la mirada de burla de su personal mientras miraban al criado que recogía la mesa. Siguió su mirada combinada e incrédula.

"Si quieres, puedo echar un vistazo", dijo tímidamente.

Uno de sus hombres le hizo un gesto despectivo con la mano. Pero había algo en su tranquila compostura que hizo que Malek se detuviera.

Le hizo un gesto con la cabeza. "A ver qué puedes hacer".

Sus mejillas estaban teñidas de color, lo que hacía que sus ojos marrones parecieran más rojos, casi leonados, observó mientras ella se acercaba al ordenador.

Se sentó en la silla libre y miró la pantalla unos instantes.

"¿Cómo se llama el documento?"

Introdujo rápidamente una serie de comandos mientras recibía la respuesta de uno de sus asistentes. Pasó rápidamente de una pantalla a otra. "Y... ¿se actualizó anoche?". Se dirigió a él y no a uno de sus ayudantes, como si comprendiera lo idiotas que eran.

"Así es. Anoche", confirmó.

Hizo doble clic en un icono y se levantó cuando el documento que le faltaba apareció en la pantalla. Hubo un grito ahogado y un gruñido colectivo mientras su personal se hacía a la idea de que un sirviente había hecho algo que ellos no podían hacer.

Ladró órdenes a sus hombres, que se dispersaron y volvieron a sus puestos cuando se abrieron las puertas y entraron los demás reyes y sus séquitos.

Malek miró a la mujer, que se apresuraba a terminar de limpiar la mesa y recoger las tazas usadas; su larga coleta oscura se balanceaba mientras se movía.

Sus ojos se detuvieron antes de asegurarse de que el resto de las presentaciones de la tarde estaban en orden. Cuando volvió a levantar la vista, ella ya se había ido.

Se volvió hacia Maryam, que ahora estaba sentada en la cabina audiovisual. "La quiero en mi equipo inmediatamente".

Su hermoso ceño se frunció. "Pero no necesitamos otro limpiador".

"Como mi nuevo asistente ejecutivo. Considérate despedida".

SOPHIE ni siquiera había tenido tiempo de meter las tazas sucias en el lavavajillas cuando apareció Monsieur Claude, con cara de más acosado que antes, si eso era posible.

"¡Sophie!"

"Lo siento. Pero querían la sala despejada, y no había nadie más aquí así que..."

"Sophie. Estate quieta. Deja eso. Y vuelve a la sala de juntas. Te necesitan allí".

"Pero... Pero... ¿Por qué?"

"Dímelo tú", dijo sombríamente, mirándola de arriba abajo. "Al parecer, impresionaste al príncipe heredero, y ahora te quiere... en un cargo u otro".

Sophie se sentó como si una mano la hubiera empujado hacia abajo.

"Pero... no lo entiendo".

"Y yo tampoco. No nos pagan para entender. Sólo hacemos lo que nos dicen. No sé por qué te buscan, no pregunté. Lo que el Príncipe Heredero de Sumaira quiere, lo consigue."

Hubo algo en la forma sarcástica y sugerente en que Monsieur Claude dijo esto que la hizo levantar la vista, repentinamente indignada. "Le ayudé con un problema informático que tenía. Nada más".

"Bueno, fuera lo que fuera, quedó impresionado y su personal me ha dicho que te quiere en la sala de juntas inmediatamente". Me tendió un teléfono móvil de última generación. "Aparentemente está todo aquí".

"¿Qué hay aquí?"

"¿Cómo demonios voy a saberlo?" Le puso el móvil en las manos. "Quítate ese delantal y vete. ¡Ya! Uno de sus oficiales te espera en la suite real".

Sophie se desató el delantal, Monsieur Claude se lo arrebató y la empujó hacia la puerta. Caminó deprisa hacia la suite real, pero una vez ante las puertas dobles adornadas con la corona dorada, dudó. Respiró hondo, se alisó el vestido y llamó a la puerta.

"¡Entren!"

Un funcionario vestido con túnica tradicional y el ceño muy fruncido abrió la puerta. "Siéntese ahí" -señaló un asiento frente a un ordenador- "y complete estas comprobaciones y pruebas".

"¿Cheques?"

"Seguridad".

Empezó a leer la pantalla. "¿Sólo por una tarde de trabajo?"

El funcionario ignoró su pregunta. "Una vez cumplidas las formalidades, comprueba el móvil. Allí se detallan tus obligaciones. Volveré enseguida y te llevaré a la sala de reuniones. Su Alteza Real desea que prepares una presentación a partir de algunas de sus notas". Miró su reloj. "Volveré en diez minutos".

Antes de que pudiera hacer más preguntas, él había desaparecido. Se encogió de hombros y empezó a rellenar los formularios. ¿Qué le importaba? No tenía nada que ocultar y esto era mejor que lavar vajillas sucias y fregar superficies mugrientas.

DURANTE EL RESTO de la tarde, trabajó sola en una pequeña habitación contigua a la sala de reuniones principal. De vez en cuando alguien entraba y le entregaba un lápiz de memoria, y ella oía el zumbido de las voces mientras continuaba la reunión. Después, la puerta se cerraba con un clic y volvía a quedarse sola para trabajar en lo que le habían dado y comprobar el teléfono en busca de más instrucciones sobre qué hacer con él.

Ya era tarde cuando se levantó y giró los hombros, haciendo automáticamente los ejercicios que había aprendido que eran vitales cuando trabajaba desde casa con ordenadores. Se acercó a la ventana y la abrió de un empujón, necesitaba sentir el aire fresco de la noche en la cara.

La puerta volvió a abrirse. "Déjalo en el escritorio", dijo con un suspiro. Apoyó los codos en el alféizar y estiró la espalda, apoyó la barbilla en las manos y respiró hondo, esperando a que el hombre sin nombre se marchara, como de costumbre, sin dirigirle la palabra.

Pero el clic no llegó. "¿Dejar qué? ¿Crees que he traído refrescos?"

Se levantó de un salto, alejándose a trompicones de la ventana, casi tropezando al darse cuenta de que era la voz del mismísimo príncipe heredero.

"Lo siento, señor..."

"Su Alteza Real".

"Pero...", dijo ella, repentinamente confusa.

"Así es como puedes dirigirte a mí". Entró en la habitación y se acercó a la ventana. "¿Y qué es lo que es tan absorbente fuera de la ventana?"

"Nada señor... Su Alteza Real. Sólo aire fresco".

Se asomó a la ventana abierta y ella habría jurado que parte de la tensión de su rostro se relajó un poco. Luego la miró. "Mi visir mayor me dice que, además de trabajar en las tareas que te he encomendado, has ofrecido sugerencias para el rediseño de los sistemas de flujo de trabajo".

"Antes eran un poco toscos".

"Torpe".

"En cualquier caso, los ajusté un poco. Ahora funcionarán mejor".

"¿Tú... los *manipulaste*? ¿Y cómo fuiste capaz de burlar nuestros sistemas de seguridad?"

"No fue duro. Lo siento, no quería hacerte daño". Se encogió de hombros. "Es sólo que no soporto ver una programación poco elegante".

"¿Sabe cuánto pagó mi padre por este "torpe" diseño?"

"No, pero puedo adivinarlo".

No dijo nada por un momento, sólo la miró de esa forma suya tan inescrutable. "No necesito que lo adivines. Lo que *necesito* es su ayuda. Si tiene planes para los próximos meses, señorita..."

"Brown". De repente se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

"Señorita Brown, cáncélelos. Los próximos meses son críticos para mi país. Nada puede salir mal. *Nada*. Necesito lo mejor. Y cuando se trata de TI, aparentemente usted lo es. Vas a trabajar para mí".

Príncipe heredero o no, su orden perentoria la irritó. "¿Lo soy?"

"Sí. Mi personal resolverá los detalles de su contrato".

"Tengo un trabajo aquí. Tendré que avisar".

"No, no lo harás."

"¿No?"

"No. Mi familia es dueña del hotel".

De repente se dio cuenta de que estaba fuera de sí. Ese hombre era más poderoso de lo que había imaginado. La idea le produjo un escalofrío. "Mis deberes... ¿cuáles serán?"

"Lo que yo requiera".

Respiró hondo, temblorosa, tratando de ignorar los latidos acelerados de su corazón, el chisporroteo de atracción en sus entrañas y, lo más desconcertante, una instintiva bajada de la mirada hacia los labios de él. No eran labios carnosos, pero sí sensuales. Luego se curvaron ligeramente. Levantó los ojos hacia los de él, consciente de repente de lo que estaba haciendo.

"¿Supongo que no tienes ningún problema con eso?", continuó.

Él lo sabía. Había visto su reacción instintiva hacia él. No había duda de que podía pasar por encima de todos, usando su aspecto y su poder. "En realidad, sí. La descripción del trabajo es un poco demasiado amplia para mí".

"¿De verdad? ¿Y por qué?" Desapareció cualquier signo de diversión. Su voz era dura, fría e inflexible como el acero. Igual que sus ojos.

Sacudió la cabeza, intentando desesperadamente pensar con claridad y hablar con diplomacia. "Porque vivimos en el siglo XXI, donde la gente tiene descripciones de trabajo... y

cosas así".

"Y cosas parecidas", repitió él, con un tono frío que le produjo escalofríos. "¿Temes que te obligue a hacer algo desagradable?". Se acercó y Sophie inmediatamente deseó que no lo hubiera hecho. Ella era de estatura media, pero él era alto... Levantó la vista cuando él se acercó... Muy alto. Y la forma en que la miró de arriba abajo... le hizo algo muy extraño en el estómago, y más abajo.

Se encogió de hombros con toda la despreocupación que le permitían los latidos acelerados de su corazón y el aumento de adrenalina. "Probablemente no. Pero creo que es justo que lo sepa, que se me informe de mis obligaciones por adelantado".

Estaba tan cerca que pudo ver un músculo de su mandíbula crispado, como si hubiera cierta tensión interna, como si no fuera tan frío como parecía. Su mirada recorrió brevemente su rostro. "¿Y qué, me pregunto, es lo que te hace tan diferente de los demás de mi equipo?".

Ella tragó saliva bajo su mirada. "Lo dudo. Seguro que quieren saber a qué están accediendo".

Sacudió la cabeza una vez. "No. No si hay dinero de por medio. Parece, señorita..."

"Marrón", dijo una vez más.

"Que eres diferente. Y yo no tengo nada que objetar". Sus vivos ojos azules brillaron a la luz de una multitud de lámparas de mesa. "Durante los próximos seis meses, trabajarás en mis sistemas informáticos personales y en otros proyectos que se requieran. No hablarás de tu trabajo con nadie. Me informará directamente a mí. Lo que quiero, Srta. Brown, es que se asegure de que mi vida funcione sin problemas. Que haga todo lo necesario para que así sea".

"¿Lo que haga falta?", repitió.

"Creo que no me has entendido. Te quiero por tus conocimientos informáticos, tu eficacia organizativa y tu capacidad de investigación".

"¿A?"

"Ir un paso por delante para no encontrarme nunca en una situación como la de hoy. ¿Te convienen estos términos?"

Ella no pasó por alto el sarcasmo de su tono, pero asintió con la cabeza, con el corazón aún acelerado por su proximidad y por la intensidad de su mirada.

"Excelente. Y también estarás disponible en cualquier momento. Residirás en el palacio. Y no tomarás ninguna licencia durante este tiempo. Excepto si estás enfermo, por supuesto".

"¿No hay vacaciones?"

"Puedes tomarte el permiso que quieras una vez concluido tu trabajo. Tendré los papeles preparados para tu firma".

"No."

"¿No?" Frunció el ceño, como si no estuviera acostumbrado a esa respuesta.

Se aclaró la garganta. "No. Estoy viajando. No me quedaré en un lugar más de unos meses".

Suspiró. "Seis meses trabajando para mí y habrás ganado suficiente dinero para irte a donde quieras, a hacer lo que quieras".

Se mordió el labio mientras su mente se agitaba. Había tenido que recurrir a una agencia para poder trabajar desde casa, y la agencia la había engañado. Necesitaba dinero. Y no tenía muchas opciones. Él tenía razón. "De acuerdo. Estoy de acuerdo."

"Bien. Quiero que termines lo que estás haciendo y vengas al bar a las diez de la noche para reunirte con mi visir. Tiene algunas cosas que repasar contigo".

"Sí, por supuesto".

Abrió la puerta, se detuvo y se volvió hacia ella. "Y... gracias".

Levantó la vista y no pudo evitar una sonrisa. No parecía el tipo de hombre que reconoce el servicio, más bien el que lo espera.

"Parece sorprendida, Srta. Brown."

"Bueno, un poco".

"Estoy satisfecho con tu trabajo. Me alegro de que me hayan salvado la cara. Estoy contento porque ya no tendré que preocuparme de sistemas 'toscos'."

"Oh... estoy, estoy contenta... de que estés contenta..." tartamudeó.

Sus ojos se entrecerraron. "Se está sonrojando, Srta. Brown. ¿Recibe cumplidos tan raramente?"

Se encogió de hombros torpemente. "De la realeza, al menos".

Por un breve instante creyó ver que torcía ligeramente los labios antes de salir de la habitación. Se quedó mirando la puerta cerrada, preguntándose si lo que había visto era una sonrisa... preguntándose si había hecho lo correcto... preguntándose si acababa de cambiar su libertad por el encarcelamiento.

Sophie volvió a mirar el reloj. Las diez en punto. Salió del ascensor con una confianza que no sentía. Si le daban un ordenador, estaba en su elemento, pero mezclarse con extraños - y extraños de la realeza- le hacía un nudo en el estómago y se le secaba la boca de miedo.

Puedes hacerlo, murmuró en voz baja. Pero con cada chasquido de sus tacones sobre el suelo de mármol, Sophie sentía que su confianza disminuía. Cuando llegó a la entrada del bar, estaba a punto de dar media vuelta. ¿Qué le había inducido a ponerse un vestido rojo tan ajustado? Sí, con su largo por encima de la rodilla y su cuello alto era bastante discreto, pero lo que no había tenido en cuenta era el hecho de que había engordado un poco en el último mes, y ahora dejaba muy poco a la imaginación.

Nerviosa, intentó apartar el fino material de sus curvas mientras echaba un vistazo al interior del bar. Estaba lleno. Inspiró profundamente y se irguió. Sabía por qué se había puesto el vestido. El mismo instinto que la había llevado a pintarse los labios de rojo intenso. Tenía que demostrar a todo el mundo, y no sólo a sí misma, que no había puesto en peligro su libertad al aceptar este trabajo.

El bar estaba discretamente iluminado, cosa que Sophie agradeció cuando se deslizó en la sala detrás de un nutrido contingente de invitados del príncipe heredero de Sumaira. Cogió un par de canapés y una copa de vino de la mesa y se deslizó sin ser vista hasta un rincón oscuro. Desde allí podía ver a todo el mundo y esperar a que apareciera el ministro.

"¿*Mademoiselle Sophie*?"

Levantó la vista y vio que el encargado del bar, Antoine, había aparecido con una bandeja de vino, agua y varios platos con tapa.

"¡Vaya! Esto huele delicioso". Olfateó agradecida, de repente consciente de lo hambrienta que estaba. "Gracias. Eres muy amable".

Levantó una ceja. "No fui yo, Sophie, me pidieron que te trajera unos refrescos". Dejó el contenido de la bandeja y quitó las tapas de los platos.

"Um", suspiró agradecida, de repente consciente de lo hambrienta que estaba. "¿Fue el primer visir quien lo envió?". Miró al otro lado de la barra. El príncipe heredero hablaba con un grupo de personas, sin reparar en ella. "¿Quién es? Tengo que encontrarme con él".

"No el primer visir, Sophie. Sólo el príncipe heredero en persona". Sonrió y guiñó un ojo.

Tomó un bocado y masticó pensativa mientras miraba al príncipe heredero. ¿Podría haberlo hecho? No, Antoine debía de estar equivocado. Se encogió de hombros. "Sea quien sea, esto está

muy bueno".

Vio a Antoine volver a la barra y dejó que su mirada se desviara hacia el príncipe heredero. ¿De verdad había pedido esa comida para ella? Era poco probable. Por el trabajo que había realizado durante toda la tarde y hasta bien entrada la noche, comprendió que aquella reunión era muy importante para él y para su país. Desde la desaparición de su hermano y la repentina muerte de su padre, apenas unas semanas antes, había tenido que asumir un papel para el que, como hermano menor, no había sido preparado. Apenas habría tenido tiempo de pensar en otra cosa. No, Antoine debía de estar equivocado.

Siguió comiendo y observando, aprovechando la oportunidad para evaluar a la gente con la que iba a trabajar, el mundo en el que estaba a punto de entrar. Un mundo tan ajeno a ella como nada podía serlo.

Parecía que no era la única persona que había trabajado hasta tarde. Se hizo el silencio en la sala cuando un grupo de seis hombres entró en el bar, todos vestidos con trajes de corte occidental, todos impresionantes de diferentes maneras. Los reconoció por los breves vistazos que les había echado en la sala de reuniones y por algunas búsquedas que había hecho en Internet.

El primero fue el rey Zahir, de aspecto adusto y serio. Sophie sabía que, al haber sido rey y combatiente durante gran parte de su vida, era muy respetado por sus conocimientos políticos y de defensa. Aunque no lo fuera, pensó Sophie, bastaba con mirarlo para hacerse respetar. Caminaba junto a su hermano menor, que no había estado en la reunión. Más delgado que el rey y menos imponente, parecía un poco perdido, pensó Sophie. Pero al lado del rey Zahir cualquiera parecería perdido.

Justo detrás de ellos venían los miembros de la realeza de Sitra: el rey y sus dos hijos. El hijo menor, Razeen, pensó Sophie, parecía más a gusto en el hotel parisino. Paseaba la mirada por el bar con una sonrisa llena de encanto con la que sólo podía competir el hombre con el que charlaba. Ese hombre era Sahmir, el hermano menor del reino de Ma'in. Sus dos hermanos, el rey Tariq y el príncipe heredero Daidan, completaban el poderoso grupo conocido informalmente como los "Reyes del Desierto".

Malek se levantó para saludarles. Entre Sophie y el grupo estaban los guardaespaldas y los funcionarios. Ninguno de ellos era mujer, observó. Tanta testosterona en una habitación podía marear a una chica.

Se concentró en terminar su cena, que, tenía que admitir, era la mejor que había comido en mucho tiempo, cuando de repente fue consciente de que alguien estaba de pie junto a ella.

"*Bonsoir, mademoiselle!*" Levantó la vista hacia un rostro aún más apuesto de cerca. El príncipe Sahmir de Ma'in estaba ante ella.

"*Bonsoir*", respondió automáticamente, intentando pensar mentalmente qué honorífico debería haber añadido.

"¿Eres inglés?", dijo volviendo al inglés.

"¿Tan malo es mi acento?" No pudo evitar sonreír. Sahmir era, con diferencia, el más accesible de la realeza.

"No, no está mal. Encantadoramente inglés", dijo. "¿Puedo acompañarte?"

A Sophie no se le pasó por la cabeza la idea de decir "no". "Claro".

Se sentó y le sirvió una copa de champán de la botella que tenía en la mano y otra para él. Luego acercó su copa a la de ella. "Vamos a beber".

Levantó su copa. Había algo tan alegre, encantador e irresistible en él que no pudo evitar

responder. "¿Por qué brindamos?"

"Pues a la mujer más guapa de la sala".

Sophie miró a su alrededor y se rió. "¿Quizás podríamos brindar también por 'la única mujer de la sala'?"

"¿Por qué no? Ambos son correctos. Pero estoy seguro de que aunque la sala estuviera llena de mujeres, el primer brindis seguiría siendo correcto".

El acalorado rubor recorrió su cuerpo cuando las copas tintinearón y ella bebió un sorbo de su champán. Sahmir era guapo y muy atractivo, de eso no cabía duda, pero como no estaba acostumbrada a tanta atención, deseó haber tenido el valor de rechazar su oferta de compañía. Miró a su alrededor, esperando ser rescatada de aquel encantador empedernido con el que estaba irremediabilmente fuera de sus casillas. Captó brevemente la intensa mirada del príncipe heredero Malek antes de que Sahmir atrajera de nuevo su atención.

"¿Y qué hace una rosa inglesa en París? ¿De vacaciones?"

"Trabajando".

"¿De verdad? ¿Eres modelo?"

El rubor se acentuó y Sophie negó con la cabeza. "No, no lo soy. Definitivamente no soy modelo".

"Entonces, ¿qué es lo que haces?"

"Trabaja para mí", respondió una voz profunda y firme.

Ambos levantaron la vista y vieron a Malek de pie junto a ellos.

Sahmir no perdió el ritmo. Se levantó. "Ah, debería haberlo adivinado". Malek no miró a Sophie, sino que lanzó una mirada desafiante a Sahmir.

"¿En serio?"

Sophie miró a uno y a otro. Percibió cierta tensión subyacente entre ellos. El rostro devastadoramente apuesto de Malek no mostraba buen humor, a diferencia del de Sahmir.

"Por supuesto". Los labios de Sahmir se curvaron en una sonrisa que Sophie sintió que escondía algo más. "Y dime, ¿cómo está el juez Vignon?"

La mirada de Malek era fría e inescrutable. "No podría decírtelo".

Sophie notó que Sahmir entrecerraba ligeramente los ojos, como si estuviera provocando a Malek. "¿En serio? Una dama encantadora, conocida por sus amigos como Veronique. Y tú eres su amigo, creo".

"Como figura pública, el juez Vignon tiene muchos amigos", respondió Malek con evasivas.

Sahmir enarcó una ceja y resopló, como si de pronto comprendiera algo. Se levantó, cogió su vaso y miró inquisitivamente a Malek. "No me había dado cuenta...". Sahmir miró a Sophie y su sonrisa se ensanchó. "Ha sido un placer conocerte, Sophie, aunque haya sido brevemente".

"Y tú", murmuró, lamentando haberse dejado llevar por su necesidad de parecer superconfiada y haberse puesto el vestido rojo. Ahora se sentía más vulnerable que segura.

Malek vio marcharse a Sahmir y se volvió hacia Sophie, mirándola directamente a los ojos, a diferencia de Sahmir, cuyos ojos se habían detenido en su figura. "¿Estás bien?"

"Sí, gracias. La cena fue encantadora". Hizo una mueca de dolor. Parecía algo débil para decirle a un Adonis que preguntaba por su bienestar.

"Bien." Se alejó. "Pensé que tendrías hambre después de trabajar hasta tan tarde."

Debió de mostrar su sorpresa, porque sus labios se torcieron sutilmente, lo que ella comprendió que era lo más parecido a una sonrisa. "Te dejo con el postre". Señaló con la cabeza el elaborado postre que la había tentado. "¿Mi personal le ha informado de sus planes de viaje

para mañana?"

"Sí. Gracias."

"Bien". Se alejó antes de darse la vuelta. "¿Y la señorita Brown?"

"¿Sí?"

"Gracias por intervenir con tan poca antelación. Te lo agradezco". Se apartó, sin dejar de mirarla. "Mi visir estará libre para verte en breve".

Miró su bebida para ocultar el rubor. Se sintió como si la hubiera acariciado, no como si le hubiera agradecido su trabajo. Contrólate, se dijo a sí misma con severidad.

No fue hasta después de terminar el postre cuando el visir le hizo señas para que se acercara. Se levantó -exótico y fuera de lugar en el hotel de París- para saludarla con una muestra de respeto a la antigua usanza. A pesar de la imponente túnica y la espesa barba, sus ojos eran amables en un rostro desgastado por la intemperie.

"Por favor, siéntese". Ella se sentó en la silla de enfrente como él le había indicado. Él la observó en silencio y ella miró a su alrededor, incómoda. El príncipe heredero hablaba con los demás reyes y nadie les prestaba atención. "Has hecho un buen trabajo esta tarde para el príncipe heredero y para los demás reyes del desierto. Todos apreciamos tu trabajo".

"De nada".

"¿Y estás listo para salir con nosotros mañana?"

"Sí. Viajo ligero".

"Bien. Preséntese primero en el vestíbulo con su equipaje y luego Su Alteza Real, el príncipe heredero, requerirá su asistencia".

"Por supuesto". Hizo una pausa, esperando saber por qué quería verla. Pero él no dijo nada, simplemente siguió mirándola de forma evaluadora. "¿Algo más, señor?"

"No. Simplemente deseaba verte en este entorno".

Ella frunció el ceño. "¿Oh?"

Pero él ignoró su pregunta implícita y la despidió con una sonrisa amable. "Puedes irte".

Se levantó, confusa. No tenía ni idea de por qué había querido verla, o lo que acababa de suceder, en todo caso. "Gracias".

Pero en lugar de salir por la puerta principal, por impulso se dirigió al bar y se escabulló por la parte trasera para reunirse con Antoine y los demás camareros y pinches de cocina que había llegado a conocer. Alguien abrió una botella de vino y se sirvieron copas.

"Por Sophie. Arrasada por un rey".

Ella sonrió y aceptó el vaso. "No soy un rey. Todavía no".

Una copa se convirtió en otra y ya era más de medianoche cuando volvió a mirar el reloj. "Tengo que ir a hacer las maletas. Nos vamos mañana. Buenas noches a todos".

Sin pensarlo, salió por donde había venido, hacia el bar, que ahora parecía desierto. Se detuvo de repente, consciente de que dos hombres seguían hablando en la barra. Era Malek, sentado pensativo, escuchando a su primer visir. Malek levantó la vista cuando Sophie entró en la sala. Intercambió unas breves palabras con el otro hombre y luego se levantó y se acercó a ella.

"¿Quieres un gorro de dormir?"

Estaba a punto de decir que no, pero algo en sus ojos, algo más real de lo que había visto en ellos en todo el día, la hizo asentir. "Sí, eso estaría bien".

Pidió la bebida y le dirigió una rápida mirada de soslayo. Intercambió miradas con su visir, que los observaba pensativo, antes de volverse hacia ella. "Creo que trabajaremos bien juntos,

señorita Brown".

"Sophie, por favor."

"Sophie."

Un escalofrío la recorrió al ver sus labios sensuales pronunciar su nombre, como un susurro de deseo.

"Sophie". Lo dijo otra vez. Esta vez, hizo algo más. Ella respiró hondo, tratando de controlar su cuerpo traicionero. "La sabia", añadió. "Y tengo la sensación de que tú lo eres". Por primera vez, la barrera dura y fría desapareció de sus ojos. Aunque sus labios no se movieron de su posición fija, sus ojos azules se llenaron de una calidez que resultó aún más poderosa por su brevedad y brusquedad, por el contraste con su frialdad habitual. Y se dio cuenta de lo mucho que ocultaba al mundo.

Ignoró una breve tos de su visir cuando el camarero nocturno salió con su bebida. Golpeó su vaso contra el de ella con un tintineo. "A su salud". Pero antes de que pudiera dar un sorbo, sonó un teléfono y su visir lo llamó. Miró a su alrededor y, cuando volvió a mirarla, la brecha en su guardia había desaparecido. Volvía a ser de la realeza.

"Debo irme. Hasta mañana".

Se retiró a un rincón sombrío con la bebida que, de repente, se dio cuenta de que no quería. En ese momento, el rey Zahir entró en la sala. Su figura alta y ancha parecía dominar la barra vacía. Sophie percibió una tristeza en su paso que no había notado antes.

Todavía al teléfono, Malek reconoció a Zahir, que se acercó a la barra, pidió una copa y se quedó pensativo.

Entonces, una rubia alta, elegante y hermosa entró vacilante en el bar, con un ajustado vestido negro sobre su cuerpo largo y esbelto, sutiles zapatos de tacón bajo y joyas. El bar era privado, así que la mujer debía de ser miembro del contingente de los Reyes del Desierto, pero Sophie no la había visto antes. Debía de haber llegado más tarde que los demás.

La mujer miró a su alrededor como si buscara a alguien; su rostro se desencajó. El rey Zahir la vio y pareció como si la hubieran electrificado. Zahir tenía la misma expresión en el rostro. Se enderezó y ella caminó hacia él, como impulsada por una fuerza externa.

Sophie no podía apartar los ojos de ellos. Permanecieron separados sin hablarse. Sophie frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando? Entonces él le ofreció una copa y un asiento en la barra que ella aceptó. Apenas hablaban, pero sus miradas y sus gestos los delataban. Poco a poco se fueron acercando. Sophie pensó que si había sido posible hacer el amor sin hacer el amor, nunca había visto nada más parecido. Los dos prácticamente se devoraban con la mirada. Entonces él le cogió la mano y hundió sus dedos en los de ella. Apretaron los puños y, sin decir nada más, dejaron las copas en la barra y salieron juntos, ajenos a todo lo que les rodeaba. Los ojos de Sophie los siguieron hasta el ascensor. Entraron y, antes de que se cerraran las puertas, se habían besado con pasión.

La excitación invadió a Sophie en esa fracción de segundo en la que los había visto unirse. Sintió un hormigueo en la piel, su respiración se entrecortó y sintió una palpitación entre las piernas. Tragó saliva y se movió un poco antes de apartar la mirada, directa a los ojos de Malek. Ojos azules. Ojos intensos. Ojos excitados, como debían ser los suyos.

Su cara ardía de deseo sexual y vergüenza. Cogió su bolso y se levantó. Sin mirarle, caminó, consciente del contoneo sexual de sus caderas con los zapatos altos, hacia el vestíbulo y el ascensor que la llevaría a su habitación, sintiendo los ojos de él clavados en ella todo el tiempo.

¿En qué estaba pensando? ¿En lo mal que se comparaba con la hermosa rubia con la que,

obviamente, el rey Zahir estaba a punto de pasar una noche apasionada? Sin duda alguna. Pero aún así... esa mirada en sus ojos. Ella no podía, no *debía*, pensar en eso.

Entró en el ascensor vacío y pasó la tarjeta que la llevaría a las dependencias del personal. Lo único en lo que podía pensar era que había conseguido exactamente lo que había planeado y esperado: viajar sin ataduras emocionales. Nada ni nadie que la atara más allá de unos meses. Y al final de esos meses sería libre para seguir adelante y tendría el dinero para hacerlo. Pero lo que no podía prever era el calor que palpitaba en su interior, la sensación que le recorría la columna vertebral y la llevaba directamente a partes en las que había pasado años *sin pensar*, cada vez que Malek la miraba. Eso, definitivamente, no formaba parte de su plan.

Una visión del caos recibió a Sophie al salir del ascensor al día siguiente, agarrada a la elegante bolsa del portátil que tanto contrastaba con su antigua y maltrecha maleta. Había gente por todas partes, dando órdenes y menos gente disponible para cumplirlas.

Miró ansiosa su reloj. Le habían ordenado presentarse en el vestíbulo. Se acercó a uno de los hombres que había reconocido el día anterior.

"Excusez-moi". ¿Dónde debo ir? ¿Dónde pongo mi maleta?"

Fue recompensada con una mirada de fastidio. "¡Aquí no! Esto es para los pasajeros del autocar". Hizo un gesto despectivo con la mano.

"Entonces, ¿dónde?"

"Viajarás con el príncipe heredero. Eres su nuevo asistente, ¿no?"

Ella asintió.

"Entonces, por supuesto, viajarás con él. Váyase. Su oficina se encargará de tus cosas".

"¿El príncipe heredero?" Hizo una pausa mientras intentaba controlar los extraños revoloteos en su estómago que se habían agitado al oír su nombre. "¿Viajo con el príncipe heredero?"

El hombre frunció el ceño. "¿Cuestionas sus órdenes?"

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza. "No, claro que no. Gracias". Se dirigió hacia las habitaciones donde sabía que encontraría al hombre cuyo nombre le hacía palpar el corazón.

Llamó a la puerta de la suite y esperó. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar y un hombre de aspecto apresurado abrió la puerta. Murmuró algo ininteligible al verla y la hizo pasar con impaciencia, cerrando la puerta tras de sí.

"¡Date prisa! Su Alteza Real ha estado preguntando por ti".

"Pero no me dijeron..."

"¿Hay que contártelo todo? Ahora estás al servicio del Príncipe Heredero de Sumaira. Tu tiempo no es tuyo".

Frunció el ceño. ¿En qué demonios se estaba metiendo? Pero antes de que pudiera responder, se abrió una puerta lateral y salió una hermosa mujer de unos treinta años. No vio a Sophie. La mujer cerró la puerta tras de sí, se detuvo y respiró hondo. Miró al suelo y Sophie vio cómo una lágrima rodaba por su mejilla. Se la quitó rápidamente, se irguió, sacó un teléfono móvil y empezó a dar instrucciones en francés a alguien que, obviamente, era su subalterna. Sin dejar de hablar, se alejó por la escalera privada, el epítome de la elegancia y la sofisticación.

¿Quién era? Quienquiera que fuese, había sido capaz de contener sus emociones con la

misma facilidad con la que se acciona un interruptor.

Justo en ese momento, el asistente, de aspecto atormentado, dobló la esquina. "¡Ahí está! Esa entrada no, esa es la entrada privada de Su Alteza Real. Por aquí". Hizo un gesto con la mano y Sophie le siguió a través de una antesala, encontrándose de pronto ante el príncipe heredero, que la miraba con el ceño fruncido.

"Llegas tarde."

"Mal-" se detuvo justo a tiempo de decir el nombre con el que había estado pensando en él. "Quiero decir, señor..."

"Es Su Alteza Real", dijo suavemente, con aire resignado.

"Lo siento, señor... Su Real..."

Hizo un gesto con la mano. "No importa. Me han retenido".

Sophie no pudo evitar pensar que "ser retenida" no *le* había arrancado ni una lágrima. "¿Qué quieres que haga?"

"Siéntate y empieza a trabajar". Miró su reloj. "Tenemos media hora antes de partir y mucho que hacer".

Abrió el portátil que le habían dado el día anterior y empezó a anotar las instrucciones que Malek le daba. Podía percibir tensión en su voz, pero no en sus palabras. ¿Quizá se había equivocado? Quizá la mujer le *había* afectado y estaba tan controlado como ella.

"¿Algún email más?"

Sophie escudriñó el último y dudó.

"¿Sí?"

"Ha llegado uno del primer visir. Te recuerda que tienes que..." No se atrevió a transmitir la sugerencia del visir.

"¿A qué?"

Ella miró su rostro serio y adusto. "Para sonreír cuando aterricemos en Sumaira".

Él gruñó, le sostuvo la mirada un momento.

"Mi primer visir cree que me falta encanto".

"Oh", exhaló, pensando que sólo otro hombre podría pensar que un hombre tan guapo necesitaba encanto.

"Aparentemente no sonrío lo suficiente. Y parece que necesito sonreír para ganarme a mi gente". Hizo una pausa, escrutando su rostro. "¿Estás de acuerdo con su apreciación?"

Sacudió la cabeza antes de tener tiempo de formular una respuesta meditada.

"¿No? Interesante. ¿No crees que mis rasgos son demasiado duros para evocar sentimientos cálidos de mis compatriotas... y mujeres?"

De nuevo, negó con la cabeza.

"Puedes hablar con franqueza, Sophie. Valoraré tu opinión, sobre todo si es contraria a la de mi visir. No estoy dispuesto a transformarme en un tonto sonriente. Entonces... ¿crees que mi expresión necesita ser enmendada?"

Ella pudo percibir en su tono que realmente quería saber.

"No". Miró las líneas de su mandíbula y sus pómulos. Eran suaves, fuertes e inflexibles, pero no duros. Se aclaró la garganta. "Seguramente..." Dudó sobre la mejor forma de expresarse. "Un rey debe ser fuerte, y tú tienes una cara fuerte. No duro". ¿Cómo podía su ministro no ver la pasión y la energía que contenía? Estaba ahí, en sus ojos, en sus labios...

Se miraron durante largos segundos y luego él se levantó y caminó alrededor del escritorio. Ella se ocupó del portátil. Pero sintió su presencia cuando se acercó a ella.

"Así que tal vez puedo ignorar el consejo de mi visir, por una vez."

Asintió con la cabeza, mirando fijamente el portátil.

Sintió su mano en el brazo, cerró los ojos y aspiró con fuerza.

"Gracias por su honestidad. I..."

La puerta se abrió de golpe y una mujer de unos sesenta años irrumpió en la sala seguida de un aluvión de guardias de seguridad que intentaban detenerla. La mirada imperiosa de la mujer detuvo sus esfuerzos con más eficacia que un golpe físico.

"Lo siento, Alteza Real...", balbuceó el asistente.

Sophie miró a Malek, cuyo rostro había cambiado repentinamente a una expresión que Sophie no podía calificar de dura.

"Dejadnos", ladró Malek a los guardias. Los guardias se marcharon rápidamente y Sophie también se levantó para irse. "Quedaos", gruñó Malek sin mirarla. "La señora no tardará en llegar".

Sophie miró a la mujer, cuyo rostro ardía de ira.

"¿Qué demonios está pasando?", dijo la mujer en voz baja e insistente. Su traje de diseño se ajustaba a su esbelta figura como un guante. Se movía con la gracia consciente de una mujer acostumbrada a ser admirada. Se detuvo frente al escritorio y se cruzó de brazos, con las uñas cuidadas tamborileando sobre la seda azul noche de su brazo. "Me has engañado". Su voz era aún más amenazadora por su tranquilidad.

Malek se levantó, rodeó el escritorio y se colocó junto a ella, aparentemente sin sentirse intimidado en lo más mínimo por aquella magnífica mujer.

"No hice nada de eso".

"La cumbre estaba prevista para la *próxima* semana".

Malek se encogió de hombros. "Se cambió".

"No me lo dijiste. No me avisaste de los cambios".

"No era necesario".

"Sabías que quería asistir".

"No era necesario".

"Fue a mí. Lo hiciste a propósito, ¿no?"

"Lo hago todo a propósito. La cumbre era demasiado importante para que alguien piense que la dirección de nuestro país está dividida."

"¡Mejor estar dividido que débil!" Ella resopló. "Eres como tu padre. Mira en qué lío nos metió su reinado".

Sophie aprovechó la brusquedad del diálogo para levantarse discretamente del escritorio y bordear a la pareja que discutía. Pero la mujer se volvió hacia ella y Sophie retrocedió ante su aguda mirada.

"¿Y quién es éste? *Eres* como él, ¿verdad? Recogiendo amantes mientras tu cama aún está caliente de la anterior. Pensaba que te habías tomado a pecho las sugerencias del Primer Visir Mohammed sobre casarte. Es un hombre sabio, el mejor amigo de tu padre, y también será el tuyo. Te sugiero que hagas lo que te dice y te cases".

"Y te sugiero que te vayas."

"Me voy. Vuelvo a Sumaira. Y te veré allí. Este no es el final. Puede que me haya perdido la cumbre pero no pienso ver como alguien tan inexperto como tú toma el control de mi país."

"*Nuestro* país", corrigió Malek. "Y no voy a dejar que te acerques ni un centímetro a ningún poder real. Esos días se han ido".

"El país necesita que su rey sea fuerte y toda esta diplomacia, todo este dar vueltas hablando, no nos va a llevar a ninguna parte, no va a hacer que desaparezca la amenaza del este".

"Quiero que te vayas. *Ahora mismo*. No puedo arriesgarme a que el Acuerdo de los Reyes del Desierto sea socavado por tu influencia".

La mujer negó con la cabeza, con una expresión tan férrea como la de Malek. "Ojalá tu hermano estuviera aquí. Haría lo correcto. Estaría de acuerdo conmigo". Miró a Sophie. "Y no andaría con gente como ella. Seguiría adelante con el matrimonio. *Eso* es lo que no entiendes. No sacrificarás nada por tu país".

El corazón de Sophie latió rápidamente cuando Malek se acercó a la mujer. La mujer no se inmutó. Debía de tener nervios de acero, porque Malek parecía realmente peligroso. "Lo sacrificaré todo. Lo *he* sacrificado todo. Te sugiero que te vayas, *ahora*, antes de que haga que mis guardias te escolten fuera del local".

"Me iré. Pero volveré. No aquí en París, sino en Sumaira. Este no es el final del asunto."

La enemistad entre los dos electrizó el aire. Cuando la mujer salió de la habitación y la puerta se cerró, Malek se volvió hacia Sophie, y ella vio la profundidad de su ira y frustración en su mirada.

Se dirigió a su escritorio, recogió sus papeles y cerró el portátil. Se detuvo un momento antes de volverse hacia ella, con expresión controlada una vez más. "Pido disculpas por la intrusión".

Sophie se sorprendió de que se disculpara por algo. "No pasa nada. No entendí..." Se interrumpió.

"¿Entiendes de qué se trataba? No me sorprende. Es complicado".

Abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor.

"¿Tienes una pregunta, Sophie?"

Ella asintió.

Suspiró y se apoyó en el escritorio. "Puedes preguntarme una, y luego debemos irnos".

"¿Por qué dejaste que te hablara así? ¿Y por qué no te llamó 'Alteza Real'?"

Enarcó una ceja. "De todas las preguntas que pensé que me harías, no era ésa. Sin embargo, en respuesta a tu pregunta más apremiante, no, está en su derecho de no llamarme 'Alteza Real'..."

"¿Por qué? ¿Seguro que todos sus súbditos deberían?"

"Tú no".

"No, pero..." De nuevo trató de evitar decir lo que pensaba. Pero él inclinó la cabeza, como animándola a continuar. "Pero yo no soy tu súbdito. Bueno, sólo durante los próximos seis meses".

"¿Y crees que eso te da dispensa para no llamarme por mi título?"

"Lo siento, Su Real..."

"Creo que estamos un poco más allá de eso ahora. *Señor* está bien ya que es todo lo que parece recordar. Ahora, si todavía quieres trabajar para mí, sugiero que nos vayamos. Tenemos que coger un avión".

Se estremeció ante su paso en falso. Odiaba que cuestionaran su memoria después de haber vivido con la demencia de su madre. Sabía que la enfermedad de su madre no era hereditaria, pero aun así el miedo persistía.

Pero no se movió. "¿Y tú?"

"¿Perdón?"

"¿Todavía quieres trabajar para mí?"

Una parte de ella quería decir que no. Decir que la escena que acababa de presenciar la había asustado mucho era quedarse corto. En su pequeño mundo, había pocas discusiones y cualquier desacuerdo entre amigos o familiares se olvidaba pronto. Lo menos dicho, lo más pronto arreglado, era el lema de su madre. Y también el de Sophie. Pero había una mirada en los ojos de Malek que la llamaba. Sus ojos aún contenían un destello de ira, que delataba lo difícil que le resultaba contener la pasión que se escondía bajo aquel exterior impasible.

"Sí."

Su ceño se frunció ligeramente. "Entonces debemos irnos ahora."

Cogió su bolso mientras su ayudante abría la puerta.

Malek le miró. "¿Está todo preparado?"

"Sí, Su Alteza Real."

"Pues vete". La puerta se cerró tras su ayudante y se quedaron solos. "Me alegro de que hayas aceptado el trabajo. Como puedes ver, hay mucho trabajo por hacer. Y necesito personal de confianza. Gente en la que pueda confiar". Se acercó a la puerta abierta. "Y puedo confiar en ti, ¿no?"

"Sí". Hizo una pausa, deseando desesperadamente saber más sobre la extraña escena, pero reacia a preguntar. Pero tenía que preguntar. Necesitaba saber todo lo que pudiera sobre lo que se estaba jugando. "¿Pero cómo se le permitió a esa mujer entrar en su despacho? Seguramente sus guardias podrían haberla detenido".

Echó un vistazo a la ordenada habitación y le indicó que le precediera, lo que la sorprendió. Pero se trataba de un hombre que nunca había sido preparado para ser rey y, supuso, las viejas costumbres no morían.

"En el futuro, los guardias la detendrán. Pero yo no había dado órdenes de que la detuvieran".

"¿Por qué no? Obviamente está en tu contra".

Cerró la puerta tras ellos y salieron al vestíbulo, donde las luces parpadeaban mientras los paparazzi se agolpaban para conseguir la mejor foto del hombre que iba a ser coronado Rey de Sumaira, junto a una mujer.

"En efecto, lo es. Pero, Sophie..." Atravesaron las puertas batientes hacia la limusina que les esperaba. Una puerta se abrió y ella entró. "No es una mujer poderosa y ambiciosa cualquiera". La puerta se cerró tras ella y él se sentó al otro lado. "Es mi madre".

Mientras las calles de París se deslizaban, Sophie agarraba con fuerza la bolsa de su portátil. Miró por la ventana, intentando controlar la mezcla de rabia y confusión -y más que eso-, una profunda, profunda tristeza. ¿Cómo había funcionado? La madre a la que adoraba había muerto. Y ahí estaba Malek, con una madre vivita y coleando, y ambos se odiaban claramente.

EN CUANTO LLEGARON AL AEROPUERTO, les acompañaron directamente al Learjet, que se puso en marcha de inmediato. Malek se dirigió a la espaciosa cabina delantera. Sophie empezó a seguirle, pero uno de los auxiliares de vuelo le cerró la puerta en las narices. "Bien", pensó mientras la llevaban hacia la parte trasera del avión, donde estaban sentados los demás.

Dudó al sentir que todas las miradas se posaban en ella, desconfiadas y curiosas, y luego siguió las señas del azafato hasta el asiento indicado. Sintió cómo le ardían las mejillas al abrocharse el cinturón, justo cuando el avión en rodaje daba vueltas en lo alto de la pista. Sus motores rugieron y aceleró por la pista.

Los edificios del aeropuerto, los bulevares, la mezcla antigua y moderna de París se hacían

más pequeños a medida que ascendían sin cesar. A Sophie le escocían los ojos mientras seguía contemplando la ciudad que desaparecía lentamente bajo sus pies. Entonces el avión se inclinó bruscamente y París desapareció. No había nada más que un vacío azul debajo de ella.

Cerró los ojos. Debería sentir miedo al sumergirse en lo desconocido, pero no lo sintió. El zumbido de nervios en su estómago era de excitación, no de miedo. Se sentía libre por primera vez en años. Libre para explorar, libre para vivir una vida sola, lejos de la tristeza que la había rodeado durante tanto tiempo.

Y se sentía culpable por sentirse así. Pero sabía que su madre habría querido que hiciera lo que estaba haciendo. Antes de caer enferma, su madre siempre la había animado a correr riesgos, a ver la vida como una aventura. Hablaban de las cosas que Sophie haría cuando saliera de la universidad, cosas, como la universidad, que nunca se habían hecho realidad. No, su madre no quería que se sintiera culpable. Quería que viviera. Que *viviera*, plena y felizmente.

Sophie abrió los ojos y miró a su alrededor. Pero, ¿cómo vivir en un lugar tan diferente a su mundo, un pequeño pueblo de los Cotswolds? ¿La modesta casa de campo en la que la mayoría de las cosas habían sido heredadas de sus abuelos, y de sus padres antes que ellos? No sabía nada del mundo de lujo que la rodeaba ahora. Desde los asientos de cuero color crema en los que apoyaba las manos hasta la tenue iluminación que hacía brillar los detalles dorados de las lámparas y los adornos de los asientos y las ventanas. Incluso los hombres que hablaban en grupos alrededor de los pupitres parecían exóticos y extraños, con sus tonos de piel caoba en contraste con el blanco brillante de sus túnicas y el árabe que hablaban. Un mundo diferente. Y, al menos durante los próximos meses, iba a ser su mundo.

En cuanto se apagó la luz del cinturón de seguridad, un asistente salió de la parte delantera del avión y se acercó a ella.

"Su Alteza Real desea verla, Srta. Brown."

"Claro. Tanteó con el cinturón y se levantó, metiendo la mano bajo el asiento de delante para coger la bolsa del portátil.

El hombre le hizo una seña impaciente. "¡Vengan! A Su Alteza Real no le gusta que le hagan esperar".

El hombre llamó a la puerta y ella oyó una respuesta amortiguada. Empujó la puerta y, con la cabeza gacha, se la abrió. Entró en el despacho de moqueta gruesa y, de un solo vistazo, se percató del amplio lujo del despacho y de que el primer visir la miraba con intenso interés. Se levantó de su asiento frente al escritorio para dejar ver a un Malek ceñudo detrás de él.

"Ah, Sophie", dijo el visir, con sus penetrantes ojos fijos demasiado intensamente en ella. "Por favor, toma asiento. Me marchó". Señaló con la cabeza a Malek, que aún no había saludado a Sophie. Con una mirada a Sophie y una sonrisa, el visir abandonó la sala.

Sophie fue a sentarse frente a Malek -que mantenía la vista fija en unos papeles que tenía delante- y abrió el portátil que había estado utilizando.

Levantó la vista, con las cejas fruncidas por la irritación. "¿Qué haces?"

"¿A punto de empezar a trabajar?"

Sus ojos parpadearon hacia los de ella y se apartaron. De repente se sintió incómoda. Las veces anteriores que habían estado juntos, él la había mirado fijamente. Algo había sucedido. Algo que le incomodaba.

Suspiró. "Es trabajo. Pero no requiere un portátil".

Ella frunce el ceño. "¿Qué quieres decir? Si él iba a intentar algo -aunque a ella le gustara como un loco-, de ninguna manera en este mundo iba a soportarlo.

Sus labios se movieron un poco. "Quiero decir que deseo hablar. Hay asuntos que discutir. Asuntos que tratar. Pero nada que requiera un portátil". Sus labios se crisparon una vez más ante la respuesta de ella, que frunció el ceño. "No se preocupe. No es lo que piensas. Conmigo estás a salvo". Y de nuevo, la mirada incómoda. Esta vez se levantó y cruzó la habitación hasta el armario donde estaban los marcos de fotos. Cogió uno y lo miró antes de dejarlo en el suelo. Lo señaló con la mano. "Mi padre. Mi familia".

Ella asintió lentamente, tratando de entender lo que él intentaba decirle. "¿Deseas hablar de tu familia?"

"En cierto modo, sí. Necesitas... saber cosas... Cosas que te ayudarán a entenderme a mí, a mi país, el papel que tienes que desempeñar". Esta vez la miró, y su mirada era firme. "Ven aquí."

¿Qué demonios estaba pasando? Se levantó y caminó hacia él, pero se detuvo a un brazo de distancia. Podía oler su aftershave, masculino y tentador. Esperó a que hablara. Él cambió una foto de sitio, sin mirarla. Luego suspiró y la miró.

"Somos iguales, Sophie, tú y yo."

Estaba tan sorprendida por su afirmación que no pudo evitar una media carcajada/media tos. "¿De verdad? ¿En qué sentido?"

Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en el escritorio, con una expresión en la mirada distinta a la que ella había visto antes. No había autoridad, ni ira ni irritación, sólo un aire de resignación y, por primera vez, curiosidad. Por ella.

"Eres una joven guapa e inteligente que nació en un mundo donde no se apreciaba tu talento".

Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño. "No, te equivocas". Dudó, insegura de cómo responder a aquel repentino interés por ella.

Levantó una ceja. "¿Lo estoy?"

"Sí, nací en una familia cariñosa. Me apreciaban".

Su sonrisa se relajó un poco. "¿Y eso es suficiente?"

"Para mí, lo era. Y aún lo sería. Pero..."

"¿Pero qué? ¿Por qué estás aquí ahora? Me doy cuenta de que sé poco de ti, aparte de lo que he aprendido de tu currículum".

De repente se sintió avergonzada. ¿Cómo había pasado de repente del trabajo a las cuestiones personales? "¿Por qué *deberías* saber algo?"

Se encogió de hombros. "Si vamos a trabajar... *estrechamente el* uno con el otro, sería una buena idea. Háblame primero de tu trabajo. La agencia dijo que trabajabas desde casa por motivos personales. ¿Puedo preguntar cuáles eran?"

"Sí", respondió vacilante, preguntándose hacia dónde se dirigía la conversación. "Para poder estar con mi madre. Estaba enferma. Demencia".

Malek parecía realmente sorprendido. "¿Cuidaste de tu madre? ¿Solo?"

"Mm, sí, para empezar. Hasta que gané lo suficiente para pagar una enfermera durante el día. Entonces podría trabajar. No podía dejarla, no podía meterla en una institución. Verá, se lo había prometido".

La sorpresa se transformó en un ceño intenso y confuso. "¿Estabas dispuesto a sacrificarte por tu madre?"

"No hubo ningún sacrificio", dijo indignada. "Ahora, ¿había alguna razón por la que querías saber esto?"

Malek cogió un papel y le echó un vistazo, luego otro, antes de arrojarlos sobre el escritorio. "Siento ser entrometido, pero necesitaba saber algo más sobre ti". Siguió mirándola y Sophie

olvidó la irritación que le producían sus preguntas. Le ardían los ojos. No quería apartar la mirada. No *podía apartar la mirada*, aunque quisiera. Todo el poder de su autoridad y personalidad estaba en esa mirada y algo más... un calor de atracción que ella había vislumbrado antes pero que él ahora no intentaba disimular. "Sophie... tengo una propuesta para ti."

El corazón le palpitó incómodo y quiso que el calor que su mirada había despertado no subiera a sus mejillas. No podía ignorar su respuesta a él, que era primitiva y fuerte. Pero tampoco podía ignorar las señales de alarma de su cerebro. ¿Había esperado a que ella estuviera atrapada en su avión para descubrir la verdadera razón por la que quería emplearla?

"¿Una proposición?" Su voz era extrañamente ronca. Se aclaró la garganta. "¿Qué... tipo de proposición?"

Como si fuera consciente de sus repentinas dudas y temores, Malek se bajó del escritorio, caminó hacia el otro lado y se sentó. "Una propuesta de negocios". Le indicó que también se sentara.

Lo hizo con cautela. Se cruzó de brazos, nerviosa. Estaba sola con el todopoderoso Príncipe Heredero de Sumaira en un avión, y cada minuto la alejaba más y más de su hogar. "¿Y si no estoy de acuerdo?"

"Puedes tomar el primer vuelo a París, Londres, donde quieras ir. Tu vuelo estará pagado y recibirás una recompensa más que adecuada por el trabajo que has hecho. Y... las molestias".

Asintió nerviosa. "Y esta proposición, ¿supongo que es algo adicional a los deberes que ya has esbozado?"

Su mirada era firme e invasiva, y ella no tenía ni idea de lo que estaba pensando, pero fuera lo que fuese, lo estaba considerando muy cuidadosamente. "Sí". Se movió en su asiento y apoyó los antebrazos en el escritorio, entrelazando los dedos y juntando las manos sobre el escritorio. Su boca estaba sombría. "Ya se habrá dado cuenta de que mi país está en plena crisis. Nos amenazan desde el este y mi madre está preocupada por el vacío que ha dejado la repentina muerte de mi padre y desea conservar todo el poder que pueda. Pero eso no es posible. Está dividiendo el país. Mohammed, mi primer visir, ha sugerido un plan mediante el cual distraigo la atención siendo visto con una mujer que mi pueblo no considerará material para esposa. Una extranjera. Ninguna amenaza. Un rumor de que tengo un interés amoroso me permitirá hacer dos cosas. En primer lugar, hará que la gente imagine que me parezco más a mi padre. Mi padre, como sugirió mi madre, tuvo numerosas aventuras. Mi pueblo admiraba a regañadientes sus proezas".

"Bien..." Sophie dijo lentamente, tratando de pensar a dónde quería llegar.

"Y en segundo lugar, me permitirá continuar con los importantes asuntos de dirigir el país y... resolver algunos otros detalles necesarios para mi futuro como rey".

"Vale..." Sophie volvió a decir despacio, preguntándose cuándo iba a ir al grano.

"Pero será una cortina de humo, por supuesto".

"Por supuesto".

"Entonces... ¿estás de acuerdo con esto?"

Se sentó en su silla, con las cejas fruncidas, tratando de entender de qué demonios estaba hablando. Con quién saliera el príncipe heredero no era asunto suyo. Vale, puede que estuviera mínimamente enamorada de él -quizá más que mínimamente-, pero eso no era asunto suyo. "Claro.

"Bien". Malek se sentó. Su alivio era palpable.

"Así que, si no tienes nada más, me pondré a trabajar". Señaló el portátil, con el ceño

fruncido, mientras repasaba lo que él había dicho, tratando de encontrarle sentido.

Malek puso cara de sorpresa. "Creo que deberíamos repasar algunos detalles del nuevo acuerdo. Por supuesto, hay que tener en cuenta tu vestuario".

Sophie miró su soso traje. Esperaba no tener que gastar dinero en ropa más adecuada. Parece que no. "Me compraré ropa cuando llegue. Si pudieras, bueno, darme un pequeño adelanto de mi paga, claro".

"Eso no será necesario".

"Bueno, creo que podría ser. Si pudieras ver mi cuenta bancaria te darías cuenta..."

"¡Sophie! Te abriré una cuenta en la tienda que prefieras. El dinero no será un problema".

"Pero no puedo dejar que pagues por ellos. No estaría bien. Parecería..."

"Como si fueras una mantenida. Creo que ese es el punto".

Se levantó de un salto tan brusco que la silla se cayó. "¿Qué punto?"

"Si vas a *aparecer como* mi amante ante todo mi país, ante el mundo, es justo que yo cubra tus gastos".

"¿Tu... señora?"

"*Aparentar* es la palabra clave aquí, Sophie. Debes *aparentar* ser mi ama, como te he explicado".

"No has explicado nada de eso. Pensé que..." Cerró los ojos cuando comprendió el verdadero significado de sus palabras. Los abrió lentamente. "Creía que hablabas de otra persona. No de mí".

Caminó hacia ella. "Como mi visir me ha sugerido, eres perfecta. Eres hermosa, inteligente, extranjera, sin amenazas ni conexiones. Y... estás aquí".

"Así que, *conveniente* también".

"Conveniente. Estaremos juntos de todos modos, trabajando en los deberes que había esbozado anteriormente". Se pasó una mano por el pelo. "Y simplemente seguiremos juntos por las tardes y en otros momentos en los que la prensa esté presente".

"Para proporcionar la cortina de humo de la que hablabas".

"Correcto". Le sostuvo la mirada perpleja antes de negar con la cabeza. "Todavía no lo entiendes, ¿verdad?"

"Creo que no".

"Una relación con alguien como tú recordará a la gente los buenos tiempos en que mi padre era rey. Él -digámoslo así- *disfrutaba de* la compañía de muchas mujeres y, aunque algunos lo desaprobaban, la mayoría lo tomaba como señal de un hombre vigoroso, un gobernante potente. Y esto me dará tiempo".

"¿Para hacer qué?"

Suspiró. "Para que trabajes en la última tarea que aún no te he mencionado. Verás... mi madre tenía razón en una cosa".

"¿Y eso fue?"

La miró con extrañeza. "Y esa es la última tarea que tienes que hacer para mí. Trabajar con mi asesor".

"¿Qué pasa?", dijo roncamente. No sonaba como ella. No se *sentía como ella*. Ella pensó, en ese momento, que haría cualquier cosa que él le pidiera. *Cualquier cosa*.

No apartó sus ojos de los de ella. "Mientras fingimos ser amantes quiero que me encuentres una esposa".

Oyó lo que decía, reconoció las palabras, pero no las entendió a la primera. "Tú..." Tragó

saliva.

"Mi madre se equivocaba al decir que no sacrificaría nada. Haría cualquier cosa por mi país. Pero tenía razón sobre mi necesidad de una esposa. Con nuestra relación como cortina de humo, tengo dos meses para encontrar una esposa. Dos meses antes de mi coronación. Dos meses para fortalecer mi posición". Empujó un montón de papeles sobre su escritorio. "Esta es la lista larga. Revísala y hazme una lista corta".

Se lamió los labios mientras intentaba contener el pánico por haberlo entendido todo tan mal. "¿Quieres que lo haga yo? ¿No te importa que lo decida otra persona?"

"Es mejor que decida otro. No hay lugar para la emoción en esto. Tienes una mente lógica. Quiero que evalúes las opciones y las analices como has hecho con los otros proyectos. Análisis de sistemas, análisis de esposas. Lo mismo".

"Bien". Se levantó de un salto y recogió los papeles, manteniendo la cabeza gacha para ocultar su rostro ardiente. "Bien, voy a empezar". Se dirigió hacia la puerta y alargó la mano para abrirla.

"¡Sophie!" Su voz estaba más cerca de ella de lo que había imaginado. En su prisa por escapar, no había oído sus pasos sobre la alfombra espesamente apilada. "No puedo confiar esto a nadie más. Todo el mundo tiene segundas intenciones. Pero tú... Mírame, Sophie".

Ella negó con la cabeza. Levantó la mano como si fuera a tocarla, pero volvió a dejarla caer a su lado. Ella suspiró aliviada y... arrepentida. Su contacto habría sido inapropiado; habría estado mal, y no debería haberlo deseado... pero lo hizo.

Volvió sus mejillas ardientes hacia él, segura de que entendería lo que vería.

"¿Harás esto por mí? ¿Harás todo lo que hemos hablado?"

No *tenía* que preguntarle. Ella era su empleada. Pero él se lo *había* pedido, y no había manera de que ella pudiera negárselo. "Sí, por supuesto."

Salió de su despacho, cerró la puerta tras de sí y se aferró a ella un momento, sin querer unirse a todos los demás y sus miradas suspicaces. Sin duda, los rumores ya habían empezado a circular. Y eran rumores que ella tenía que avivar, no desechar. A ella. Sophie Brown. Una don nadie. Una don nadie que era tan obviamente inadecuada para casarse con él que era seguro tener una aventura con ella. Aunque, una imaginaria.

Respiró hondo, volvió a entrar en la cabina principal y tomó asiento. Sentía los ojos clavados en su espalda. Tendría que acostumbrarse. Tendría que acostumbrarse a muchas cosas, pensó. Sobre todo, a que el hombre más sexy que había conocido la quería por una única razón: encontrarle una esposa adecuada.

La mayoría de la gente, pensó Sophie, se vuelve menos atractiva al conocerla. Pero no más. Malek frunció el ceño mientras escuchaba atentamente a alguien al otro lado del teléfono, antes de sacudir la cabeza, levantarse y hablar mientras se paseaba por el pequeño despacho del avión.

Dos de las siete horas de vuelo habían transcurrido en una serie de intensas reuniones. Malek había insistido en que permaneciera en la sala durante todas las reuniones. Quería que se enterara de lo que estaba pasando. Y quería que empezaran los rumores.

Cada momento que pasaba con él era un momento en el que llegaba a conocerle mejor: su aguda inteligencia, su determinación de cumplir con su deber para con el país que amaba y su desapego de su familia. No podía entenderlo.

Pero no se trataba sólo de comprender. Se trataba de querer. Mientras veía a Malek pasarse los dedos por el pelo corto, mostrando su frustración en el movimiento, pero no en su voz controlada, no pudo evitar querer aliviar los músculos tensos de su antebrazo. Imaginó el tacto de su piel bajo la palma. Ella flexionó los dedos como para que se dieran cuenta de que en realidad no le estaban acariciando el brazo, y de repente captó su mirada.

Se llevó el dorso de la mano a la mejilla, deseando que transfiriera un necesario escalofrío a su piel enrojecida, y miró el portátil que tenía delante. Pulsaba teclas al azar como si estuviera ocupada haciendo algo.

Se aclaró la garganta y se sintió aliviada cuando él continuó hablando por teléfono. Quizá no se había dado cuenta. ¿Y a él qué le importaba? Ella no era nada para él. Nadie excepto una ayuda con los ordenadores, una ayuda para encontrar a su futura esposa, una ayuda para proporcionarle una cortina de humo tras la que esconderse. Abrió otra carpeta de mujeres adecuadas y hojeó el breve expediente. Se había vuelto experta en leer detrás de las breves notas. Notas a las que ella debía añadir detalles.

Suspiró mientras leía el expediente y echaba un vistazo a la lista de requisitos, agradeciendo al cielo que Malek hubiera tachado el requisito de que su esposa fuera virgen. No tenía ni idea de cómo habría podido *confirmarlo*. Pero las otras cosas de la lista eran más fáciles de evaluar. Malek había dejado claro que quería a alguien capaz e inteligente, además de guapa y con buenos contactos. A juzgar por el historial de esta mujer en particular, Malek la aniquilaría en una conversación en cuestión de minutos.

Pasó a otra página. Hm, esto estaba mejor. El rostro de la mujer era distante, superior y

hermoso. Y, a medida que Sophie escudriñaba las notas sobre ella, se daba cuenta de que probablemente tenía derecho a ser superior. Sus calificaciones académicas sólo eclipsaban sus contactos familiares y tribales. Volvió a mirar la cara de la mujer. Era todo lo que Sophie no era. Sería perfecta para el papel de Reina de Sumaira.

"¿Cómo va tu trabajo?"

Sophie dio un respingo. No se había dado cuenta de que Malek se acercaba. Miró la foto de la mujer y cerró rápidamente el portátil. Esta mujer podría ser perfecta sobre el papel, pero de alguna manera quería mantenerla en secreto por el momento. Hay que investigar más, se justificó. Mucho más.

Sophie levantó la vista. "Bien."

Entrecerró los ojos al mirarla y tiró el teléfono sobre su escritorio. "Espero que sea mejor que el mío". Miró enfadado el teléfono.

"¿Puedo ayudarte en algo?"

resopló. "Ojalá fuera tan fácil como pulsar unos botones de ordenador".

"¿Fácil? Si fuera tan fácil, no habrías tenido que contratarme". Hizo una mueca. Parecía tan natural estar con él que se olvidaba de sí misma. "Lo siento, no debería haber dicho eso..."

Él gruñó divertido e hizo un gesto despectivo con la mano. Ella miró hacia otro lado, por la pequeña ventana del camarote, pero no había nada que ver. Aún era de noche. No había nubes, ni un cielo anaranjado que rompiera la vasta extensión de negro tinta salpicada de estrellas.

Siguió su mirada. "Tenemos varias horas más de vuelo. Deberías descansar".

"Estoy bien."

Una leve sonrisa aún jugaba en sus labios. "¿Ah, sí? ¿O te preguntas *dónde* deberías descansar? ¿Te preguntas qué te espera al otro lado?"

Apretó los labios en una mueca breve y avergonzada. "Todo lo anterior".

"Lo que le espera al otro lado es inimaginable para usted, creo. Te bombardearán con atenciones. Será más fácil lidiar con ello si estás descansado".

"Bien."

"Y el único lugar para descansar será mi dormitorio. Todo el resto del espacio está lleno de mi personal, cuya curiosidad probablemente no sea menor que la de los medios de comunicación que te esperan". Levantó la mano y sonrió, obviamente reaccionando a su mirada. "Te prometo que tu virtud estará a salvo conmigo. Vete, ahora". Indicó la puerta de la parte trasera del avión.

A Sophie le dolían los huesos de cansancio. El trasnochar y el estrés de los últimos días le habían pasado factura. Lo que Malek decía tenía sentido. "¿Estás segura de que no quieres usarlo?"

"No. Descansa ahora, porque habrá mucho que hacer cuando lleguemos".

"Claro". Esbozó una breve sonrisa insegura y se dirigió a la puerta. Sabía que él la estaba observando. No se volvió. Ni cuando abrió la puerta ni cuando la cerró. Pero lo sabía. Lo sentía con la misma certeza que si él le hubiera recorrido el cuerpo con las manos. Cerró la puerta y se tumbó en la cama -su cama- y se preguntó en qué demonios se había metido.

"SOPHIE". Su nombre le llegó a través de las brumas del sueño, como el susurro de alguien olvidado hace tiempo. Giró la cabeza hacia un lado de la almohada blanca como la nieve. "Sophie". El nombre volvió. Luego un toque. Con los ojos aún cerrados, inmersa en el recuerdo de los sueños, sonrió ante la breve caricia, tan suave. Gimió ligeramente y se retorció de placer.

Entonces la mano se movió, los dedos acariciaron brevemente su antebrazo antes de retirarse. Fue la ausencia de contacto lo que la hizo finalmente consciente del bajo rugido del avión, de las voces apagadas del exterior y del fino lino bajo su mejilla. Abrió los ojos y vio por la ventanilla de la cabina los primeros hilos rojos en el cielo, y de repente se dio cuenta de dónde estaba. Se giró asustada. Malek estaba allí de pie, con las manos en los bolsillos, mirándola.

"Te pido disculpas, pero era necesario despertarte". Empezó a levantarse de la cama, pero él la detuvo con un toque de su mano. "Por favor, sigue descansando. Pero mi consejero ha sugerido sabiamente que nos conozcamos un poco mejor si queremos convencer a los demás de que... de que tenemos una relación. Y no tenemos mucho tiempo. Aterrizaremos en breve".

Sophie levantó las piernas de la cama y se pasó los dedos por el pelo. "Me siento incómoda en la cama. Con... un extraño presente".

"Y por eso estoy aquí. Debemos conocernos para no sentirnos incómodos en compañía del otro. Debemos ser convincentes".

Temblorosa, se sirvió un vaso de agua, bebió un sorbo, se serenó y se volvió hacia él. "¿Qué necesitas saber?"

Se apoyó en la pared del dormitorio. "Tus gustos, tus aversiones. Tu temperamento, puedo adivinarlo".

Le miró sorprendida. No creía que le hubiera prestado la menor atención, y mucho menos que tuviera idea de su temperamento.

"¿De verdad? ¿Necesitas saberlo?"

Sonrió y agitó un trozo de papel. "Oh, sí, incluso me han dado una lista". Se la tendió.

Lo cogió y lo escaneó. "¿Algún esqueleto en el armario?", leyó en voz alta. Luego le miró. "No.

"¿Ninguna en absoluto? Porque necesitaremos saberlo para estar preparados".

"No, ninguna".

"Vamos, eres hermosa. ¿Ningún novio del que deba saber?"

"No." Ella no dio más detalles. Le dejó creer simplemente que no había novios de los que necesitara estar al tanto. No necesitaba saber que nunca había habido novios, *nunca*. Además, ¿quién iba a creer que había cumplido veinticuatro años y seguía siendo virgen?

Levantó las cejas. "¿En serio?"

"No sabía que tenía que revelártelo todo cuando acepté fingir ser tu novia".

"No formaba parte del acuerdo, pero sin duda haría el ejercicio más convincente".

"¿Ejercicio?"

"¿Cómo lo llamarías si no?"

Se encogió de hombros.

"De todas formas" -miró la lista- "sé que trabajabas desde casa como analista de sistemas. Y estás seguro de que no has tenido relaciones de las que debamos estar al tanto?".

Empezaba a sentirse irritada y le miró con determinación. "Bastante".

Tiró los papeles. "Una mujer misteriosa. Bien. Puedes guardarte los detalles para ti..."

"Gracias". No pareció darse cuenta de su sarcasmo.

"Siempre y cuando realmente no haya nada que yo deba saber. No quiero que toda esta farsa se vuelva contra mí".

Ella negó con la cabeza. "No. Le aseguro que los periodistas tendrían que tener una imaginación muy viva para hacer mi vida interesante".

Frunció ligeramente el ceño y apretó los labios como si se impidiera hablar. "Que así sea.

Entonces estaremos de acuerdo en que nos conocimos en París en las recientes conversaciones y hemos sido inseparables desde entonces".

"Pero... el personal del hotel sabrá lo contrario".

"Les han pagado para que no difundan tu trabajo allí".

"¡Oh! Supongo que está todo cubierto entonces." Se puso los zapatos y se dirigió hacia la puerta. "Así que si hemos terminado voy a recoger mis cosas."

"Aún no hemos terminado". Se acercó a la cama, cogió un trozo de seda y se acercó a ella.

Permaneció de pie ante él, con la barbilla levantada, tratando de regular la respiración, intentando acallar el temblor de atracción que le sobrevenía cada vez que estaba cerca de él. Tragó saliva y se concentró en el suave plano de sus pómulos, no en sus ojos. Se perdería si le mirara a los ojos.

Le tocó la mano. "Estás temblando. ¿Te he dado tanto miedo?"

"No tengo miedo".

"Entonces, ¿qué es?" Ella negó con la cabeza e intentó darse la vuelta. Pero él la detuvo. "Dímelo."

Ella se movió incómoda, todavía concentrada bajo sus ojos. "No estoy acostumbrada a..." Estaba a punto de continuar, pero él le inclinó la barbilla con el dedo, tan suavemente que no debería haberla hecho moverse. Pero lo hizo. Le miró a los ojos y lo que vio allí la dejó sin habla. Estaba interesado en ella. Y no sólo interesado. Sus ojos contenían una sexualidad contenida que estuvo a punto de deshacerla.

Volvió a tragar saliva y negó con la cabeza. "Por favor". Su rostro estaba sombrío, pero de repente salió el sol y una chispa de fuego se disparó a través de sus ojos. Apenas se había dado cuenta de cómo había llegado hasta allí, pero se quedó de pie cerca de él, respirando rápidamente, sintiéndose enfadada por sus preguntas intrusivas. Pero más que eso, con cada respuesta, sintiendo lo totalmente inadecuada que era, lo fuera de su alcance que estaba. Y lo peor de todo, lo mucho que deseaba estar a su altura. "No puedo hacer esto". Se apartó de él.

Sus manos se posaron brevemente antes de que sus dedos se plegaran alrededor de los brazos de ella. Ella cerró los ojos e inspiró.

"Sí, puedes. Y lo harás". ¿Se movió para apoyarse en él o él se acercó más a ella? No sabría decirlo. Pero fuera como fuese, se encontró apoyada en su fuerza, con la espalda en contacto con su pecho, su cálido aliento en la cara cuando se volvió para mirarle. Lentamente, él levantó el trozo de seda y se lo puso sobre los hombros. "Un hiyab para cubrirte la cabeza cuando entremos en Sumaira". Pero su tacto no sirvió para calmarla. Debió de confundir su reacción con miedo, porque se apartó. "Ven, Sophie, no será tan malo".

Recuperó el equilibrio y caminó hacia la cama, afanándose, poniéndose el reloj, recogiendo las cosas que se había quitado para meterse en la cama. "No, claro que no. Estaré bien". Le dedicó una rápida sonrisa antes de mirar a su alrededor. "Soy Taurus, testaruda. Soy inglesa hasta la médula. Soy dura".

"Eso sí que *no* me lo creo". Abrió la puerta. "Es hora de que nos preparemos para el aterrizaje."

Entró en el camarote principal, tomó asiento y se concentró con determinación en la vista del exterior, bañado por el rojo resplandor de un glorioso amanecer. Le pidió que la dejara en paz, que buscara a sus consejeros. Respiró hondo cuando él tomó asiento a su lado. Agachó la cabeza y siguió su mirada hacia el paisaje inmutable de tierra blanca y pedregosa, sólo interrumpida por arenas movedizas.

"¿Y qué te parece Sumaira?". Indicó la vista, las lejanas montañas dentadas que rompían el horizonte. El otro lado era llano hasta donde alcanzaba la vista, y la luz brillaba en el horizonte.

"¿Sumaira? ¿Ya estamos aquí?"

"Llevamos media hora en el espacio aéreo de Sumaira. Y aún falta otra hora para que aterricemos. Sumaira es un país grande".

Volvió a bajar la mirada. "No tenía ni idea..." Se interrumpió, de repente avergonzada por su ignorancia de este vasto país.

La miró con astucia. "No. Estoy seguro de que no. La mayoría de la gente no lo hace. Es una tierra turbulenta, Sophie. Una tierra llena de contradicciones, riqueza y pobreza, una tierra... difícil de gobernar".

Mientras él miraba con rostro adusto hacia la desalentadora tierra, ella aprovechó para mirarle también de cerca. Y por primera vez, sintió algo más que atracción física. Sintió lástima por él.

"Y eso es lo que harás después de ser coronado rey".

"Sí. Tengo dos meses antes de la coronación. La coronación que debería haber visto coronado a mi hermano mayor".

"¿Príncipe Jaish?"

"Has hecho tus deberes. Sí, mi hermano fue preparado para gobernar pero ha desaparecido en el interior de Australia".

"¿Sin dejar rastro?"

"No. Eso sólo pasa en los cuentos, creo. Sabía dónde estaba antes de que mi padre muriera. Pero no se sabe nada de él desde entonces. Ni siquiera estoy seguro de que sepa que está muerto". Se encogió de hombros. "Sin embargo, cuando se marchó dejó claro que no deseaba volver. Mi hermano y yo no nos parecemos", añadió, como si eso lo explicara todo. Aunque no sirvió de mucho para aclarar a Sophie por qué el hermano de Malek había decidido desaparecer en el interior de Australia.

Observaron en silencio cómo la tierra crecía cada vez más bajo el avión, ambos perdidos en sus propios pensamientos. Sophie se preguntó qué pensaría Malek mientras miraba su tierra con tanta atención. Con su rostro tan cerca del de ella, iluminado por la luz rosada que entraba por la pequeña ventanilla, Sophie podía verle como nunca antes le había visto. Su piel, no tan oscura como la de sus compatriotas, y sus ojos, de un azul deslumbrante. Era el hombre más guapo que había visto nunca. Pero no fue eso lo que la hizo querer inclinar su cabeza hacia la de él. Era otra cosa. La línea inflexible de su mandíbula, la firmeza de su boca. Era fuerte, y su fuerza la atrajo hacia él como una polilla a la llama. Después de años de ser la fuerte, la idea de estar en los brazos de ese hombre era seductora.

De repente, Malek se volvió hacia ella y sus ojos azules la miraron a la cara como en busca de respuestas. "Por alguna razón, me resulta más fácil hablar contigo que con mi personal. Vienes sin antecedentes de querer algo de mí o de mi país". Estudió su rostro y frunció el ceño. "Supongo que, a pesar del poco tiempo que hace que te conozco, confío en ti".

"Y puedes... confiar en mí, quiero decir".

"Bien. Porque lo necesito". Miró por la ventana. "Mira, estamos cerca de la ciudad ahora."

Sophie apartó los ojos de él y miró por la ventana. Apenas podía distinguir las formas de las casas, del mismo color que el terreno circundante. "¿Esta es la ciudad?" No era en absoluto como se la había imaginado. ¿Dónde estaban las relucientes torres y las amplias avenidas de Dubai?

Malek la miró con severidad. "Las afueras. La capital de Sumaira no es moderna, Sophie.

Tampoco" -se sentó hacia delante, enfatizando su argumento- "es pobre. ¿Ves los muelles de abajo? Solían estar muy concurridos, pero desde que nuestras exportaciones se agotaron, están prácticamente vacíos. Pero ahora que se ha firmado el Acuerdo de los Reyes del Desierto, podemos volver a Sumaira con un mandato sólido y fuerte para hacer frente a la amenaza del este y renegociar acuerdos comerciales que revitalicen nuestro país. Pero esto no sucederá si la gente no confía en su rey. Y aquí es donde entras tú".

"¿Yo, haciéndome pasar por tu novia?". A pesar de que Sophie sabía que se trataba de una farsa, el mero hecho de pronunciar las palabras le produjo un estremecimiento de intimidad.

"Sí. Debo confesar que no fue idea mía. Mohammed trabajaba para mi padre, de hecho era su mejor amigo desde la infancia. Confío en su experiencia y sus consejos. Él me convenció de que podía funcionar".

Sophie frunció el ceño, preguntándose cuánto había que persuadir a Malek. O si habría accedido tan fácilmente como ella.

"Confío en que no hayas cambiado de opinión, Sophie."

Le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. "No, nunca faltó a mi palabra".

Asintió lentamente. "Bien. Todo lo que tienes que hacer es actuar como una novia mimada". Su mirada se intensificó y ella lo sintió en cada parte de su cuerpo. "Supongo que no te resultará demasiado oneroso".

"No lo sé. Nunca me han consentido. No parece que tenga que hacer mucho".

Una sonrisa se dibujó en sus labios. "Tendrás que sonreír. Sé que puedes hacerlo. Pero tendrás que practicar para que tus sonrisas sean menos tentativas".

"¿Son provisionales?"

"Como si no estuvieras seguro de que son bienvenidos".

"Supongo que *no estoy* seguro".

"Tus sonrisas *son* bienvenidas, créeme. Tengo suficientes caras sombrías a mi alrededor, suficientes sonrisas obsequiosas, para que las genuinas sean bienvenidas. No importa lo fugaces que puedan ser".

Sophie estaba demasiado ocupada intentando regular los rápidos latidos de su corazón como para responder.

"Y usted debe ser capaz de comprar, por supuesto. Pero supongo que eso no es ninguna dificultad. Parece ser un sentido innato en la mayoría de las mujeres que he conocido".

"Esta mujer no".

Malek enarcó una ceja, sorprendido. "No tendrás que *ir* a las tiendas; te *los traerán*, por supuesto". Entornó la mirada hacia ella. "Te das cuenta de que no podrás salir de palacio, ¿verdad?"

Era la primera vez que Sophie lo oía. "¿No puedo salir del palacio? ¿Ni siquiera para hacer turismo? ¿Ni siquiera en mi día libre?"

Sacudió la cabeza. "No tendrás un día libre, Sophie. Ni para hacer turismo, ni por ningún motivo. Durante los próximos seis meses -desde ahora hasta la coronación y algunos meses más hasta que tenga la confianza del país- estarás a mi disposición en cuanto te avise. Una vez transcurrido ese tiempo, podrás dejar Sumaira e ir donde quieras. ¿Puedes hacerlo?", añadió con más suavidad.

¿Podría quedarse en el mismo sitio, día y noche? Claro que podía. Después de todo, eso era lo que había estado haciendo los últimos seis años. No corría ningún riesgo de echar raíces. Vale,

no era la libertad que esperaba, pero había aceptado, y una mirada a la ciudad que se acercaba le recordó que era demasiado tarde para cambiar de opinión.

"Haré lo que he acordado hacer. No me echaré atrás en el acuerdo. Tendrás mis servicios durante los próximos seis meses".

"Y luego te irás con dinero suficiente para hacer lo que quieras, *donde* quieras".

Le sostuvo la mirada como si tratara de entender algo más que sus palabras. Pero antes de que pudiera hablar, uno de sus ayudantes se inclinó junto a ellos. Llevaba una bolsa en alto.

"Su Alteza Real", dijo, inclinándose una vez más. "Esto es del Primer Visir Mohammed bin Matraf para la señorita Brown. Algunas cosas que necesitará después de que aterricemos".

Mientras la asistente retrocedía, Sophie abrió la bolsa. Encima de una abaya pulcramente doblada había unas gafas de sol que, al mirar el sol implacable, se dio cuenta enseguida de que le serían útiles.

"Para protegerse de los paparazzi".

"¿No es el sol?"

"Eso también. Pero cualquier nerviosismo, cualquier duda, quedará oculta por las gafas".

Los cogió y se los puso, contenta de la protección que le proporcionaban, sobre todo de los ojos invasivos de aquel hombre sentado a su lado.

Indicó la abaya. "Ya tienes un hiyab para ponerte sobre la cabeza y los hombros. Pero también deberías llevar esta abaya". Miró su traje pantalón. "Los pantalones y la chaqueta están bien y son respetuosos con nuestra cultura, pero al menos en público" -su mirada se detuvo en el pelo que le caía por los hombros- "es mejor no dejar nada a la imaginación".

"Por supuesto".

"¿No te importa?"

"No, ¿por qué debería? Es tu país, tu cultura, y yo soy un extraño aquí".

"Mi país, mi cultura...". Devolvió la mirada a la vista que empezaba a cambiar, los edificios cada vez más altos, las construcciones de adobe intercaladas ahora con torres más modernas que brillaban bajo la intensa luz del sol, a medida que se acercaban al aeropuerto central de la ciudad. Él se volvió hacia ella con una expresión irónica en el rostro que ella nunca había visto antes. "Entonces, ¿por qué yo también me siento tan extraño aquí?", añadió en voz baja.

"¿Su Alteza Real? Es hora de tomar asiento para el aterrizaje", dijo el mismo obsequioso asistente.

"Por supuesto", dijo Malek secamente, como si lamentara su lapsus, como si no hubiera pronunciado aquellas chocantes palabras. Se levantó y regresó a su despacho. Sophie observó cómo la tierra se acercaba cada vez más y se preguntó cómo dos extraños podían influir en el futuro de un país que parecía tan completamente ajeno a ambos.

EN CUANTO EL avión hubo aterrizado, todos se movieron con precisión militar, recordando a Sophie que el país que estaba a punto de pisar no se parecía a ninguno de los que había leído.

El visir le chasqueó los dedos. "¡Ven!"

Se quitó el cinturón, cogió su bolso y se acercó a él.

Todos los demás permanecieron sentados mientras los dos se dirigían a la suite real. "¿Está listo, Alteza Real?", preguntó.

Malek miró a Sophie y asintió.

"Bien. En cuanto se abran las puertas" -el visir se volvió hacia Sophie- "Su Alteza Real se

dirigirá a lo alto de la escalinata y se detendrá allí para que le tomen fotografías".

Intentó tragarse el miedo.

El visir suspiró y sacudió la cabeza, preocupado. No era el único que se preguntaba cómo iba a arreglárselas. "Y luego quiero que te pongas detrás de él. Él te mirará y tú le seguirás. Sigue todos sus movimientos, pero *no te le adelantes*".

"Bien. Entendido."

Cuando terminó de hablar, los peldaños se colocaron contra el avión y se aseguraron. El personal se quedó a la espera de la orden de abrir las puertas. Estaba tan nerviosa que se preguntaba si sería capaz de moverse.

Miró a Malek y vio la misma ligera contracción muscular en la mandíbula apretada. Parecía que no era la única afectada por los nervios. Se apretó las manos brevemente e hizo una seña al empleado para que abriera las puertas.

Un torrente de calor y luz entró en el avión. Sophie estuvo a punto de retroceder. Se puso las gafas, agradecida de repente por la consideración del visir.

El consejero hizo una seña a Malek, que salió a la luz cegadora. Afuera parecía el caos. Vítores y gritos de "¡Alteza Real, por aquí!" llenaban el aire. De repente, Sophie se sintió totalmente fuera de sí. Una cosa era hablarlo y otra muy distinta era representarlo ante un público real. De repente sintió un pequeño empujón y se colocó justo detrás de Malek.

"Ponte derecha", siseó el visir. Ella se irguió, sus ojos en línea directa con los anchos hombros de Malek. Con su túnica, era otra persona, transformado en alguien exótico y extraño. Se agarró el hiyab, que se había enrollado alrededor de la cabeza y los hombros con la ayuda de un ayudante. Podía hacerlo.

Entonces Malek se movió y ella también. Dio un paso hacia abajo y reveló el caos que había debajo de ella. Habría huido de no ser porque el visir se acercó justo detrás de ella, con su mano empujándola firmemente hacia delante.

Con la mano agarrada a la barandilla -no quería salir volando hacia la espalda de Malek-, caminó con el mayor cuidado posible hacia el asfalto sobre el que brillaban olas de calor. Intentó contener el impulso de jactarse. El contraste entre el aire acondicionado del avión y el calor de la pista era espectacular.

Sophie se concentró en su respiración y se centró en Malek, intentando mantener a raya el pánico que amenazaba con consumirla. Puedo hacerlo, se dijo. Después de seis meses significará la libertad para mí. Y eso era lo que quería, ¿no? En ese momento, Malek se hizo a un lado y Sophie se enfrentó a una avalancha de flashes, cámaras de televisión apuntando hacia ella y un aluvión de preguntas. Por un instante se quedó paralizada, pero entonces sintió el contacto de una mano en su manga y miró a Malek. Por primera vez desde que lo conoció, se olvidó de que era de la realeza, a punto de convertirse en rey de un gran país. Era simplemente un hombre, que se acercaba a ella, comprendía su pánico y la calmaba, todo con un solo toque. Pero era más que el tacto, estaba en sus ojos, íntimos y comprensivos. Al instante, la multitud de la prensa desapareció de su conciencia. Incluyó la cabeza hacia ella. "¿Estás bien?", le dijo en voz baja, sólo ella podía oírlo.

Ella apretó los labios temblorosos y asintió.

"Bien".

Intercambiaron otra mirada cómplice y él se dio la vuelta, apartando lentamente la mano del brazo de ella mientras una miríada de cámaras volvía a parpadear. Y de repente se dio cuenta de por qué lo había hecho. No era porque estuviera preocupado por ella. Era por las cámaras. Para

que todo el mundo supiera que él, el príncipe heredero Malek de Sumaira, tenía una amante. Era un hombre de sangre roja que no se casaría con alguien tan obviamente inapropiado, pero que sería un buen partido para cualquiera de las hijas de las principales familias y tribus de Sumaira.

Malek siguió alejándose de la multitud hacia la entrada VIP y otro oportuno empujón del visir hizo que ella le siguiera de cerca.

Pronto superaron las formalidades del aeropuerto y se pusieron en camino hacia el palacio. Sophie se sentó al lado de Malek mientras el visir se sentaba delante con el chófer. Malek no hablaba, pero miraba a su gente, que se alineaba en la carretera, y los saludaba de vez en cuando. Sophie centró la mirada por encima de la gente, observando los edificios que se amontonaban unos encima de otros, mientras subían la colina alejándose del aeropuerto y del mar hacia la cresta que se elevaba sobre la ciudad, a lo largo de la cual se alzaba una enorme fortaleza.

El sudor seguía brotando de su piel a pesar del aire acondicionado del coche. No podía apartar los ojos de la fortaleza, que se iba ampliando a medida que se acercaban, hasta convertirse en un palacio de tamaño considerable construido sobre toda la cresta. Su inquietud iba en aumento. Miró nerviosa a Malek, que debió de notar su malestar.

"¿Te preguntas en qué te has metido?", dijo sin mirarla.

"Sí, para ser sincero. ¿Es ese el palacio?"

Miró hacia la cresta. "Así es. Comenzó como una fortaleza del siglo V".

"¿Y es ahora?"

"Una fortaleza del siglo XXI".

"Oh, sólo ha cambiado la fecha".

Soltó una carcajada sin gracia cuando las enormes puertas se deslizaron tras ellos. Pero Sophie no se rió. El rechinar de las puertas al deslizarse sobre la piedra que las rodeaba le produjo un escalofrío.

"No es tan malo como parece", dijo Malek, sin mirarla. "Cualquier brisa que sople del mar o del otro lado de las montañas queda atrapada en la cresta y la hace muy poco fortificada".

Cuando atravesaron los muros del palacio, los vítores de la multitud cesaron y fueron sustituidos por algo que Sophie no se esperaba en absoluto.

"Dios mío, esto es precioso". Los árboles eran verdes y vivaces aquí arriba, atrapando la brisa, tal y como Malek había descrito. Pequeños arco iris se cernían sobre las fuentes, donde el agua salpicaba desde la ornamentada mampostería en estanques que corrían de uno a otro, a lo largo de riachuelos de aguamarina que marcaban la antigua mampostería blanca como una cuadrícula.

Incluso los edificios del palacio, una vez dentro de los muros de la fortaleza, eran hermosos. Las ventanas eran arqueadas, grandes y acogedoras.

"Aquí no ha cambiado mucho desde hace siglos. Pero a mis antepasados les gustaba su comodidad y sus lujos, así que dudo que lo encuentres demasiado rústico".

Sophie no pudo evitar que se le escapara una breve carcajada de sorpresa. Era evidente que Malek no tenía ni idea de cómo vivía la gente corriente. Intentó convertirla en una tos pero, a juzgar por la expresión de Malek, fracasó. "Seguro que tienes razón".

"Se le mostrará su suite de habitaciones. Estaré ocupado las próximas horas con reuniones, pero nos veremos en la cena".

De repente, Sophie volvió a sentir pánico. La única persona que conocía en todo el país -a pesar de su visir- estaba a punto de desaparecer en aquel inmenso palacio.

Pareció percibir su pánico. "El palacio puede parecer un laberinto al principio, pero tu doncella personal se asegurará de que no te pierdas. Tiene instrucciones de enseñarte algunas de nuestras costumbres. Escúchala bien".

Bajó del coche ante una hilera de escalones poco profundos y vio alejarse a Malek, rodeado de funcionarios. Miró a su alrededor y se encontró con una criada que se inclinaba ante ella, esperando a que le permitiera levantarse.

"Por favor..." dijo Sophie. "De pie."

La mujer sonríe. "Me llamo Raisa".

"Y la mía es Sophie".

La mujer hizo otra reverencia nerviosa. "Bienvenida a Sumaira".

Sophie sonrió. A pesar de la recepción de alto nivel, nadie le había dado la bienvenida a este

extraño país todavía. "Gracias. Espero que pueda mostrarme los alrededores".

La mujer asintió insegura. "¿Le gustaría ir a sus habitaciones?"

La idea de encontrar consuelo por su cuenta, en su propio espacio, de repente se hizo muy atractiva. "Sí. Gracias."

Malek tenía razón. Era un laberinto, un laberinto de resonantes pasillos de baldosas, jardines amurallados, sombríos pasillos enclaustrados sostenidos por antiguas columnas y techos de piedra tallada bajo los cuales el aire era más fresco. De vez en cuando, Sophie vislumbraba la ciudad y el mar a un lado, y las montañas al otro. La posición del palacio no sólo era cómoda, sino que dominaba la tierra que lo rodeaba.

Un último giro y Raisa abrió una puerta para Sophie. "Ésta es tu habitación". Raisa siguió a Sophie al interior, mostrándole el lugar. "Y aquí está tu armario". Raisa no pudo contener su emoción mientras se lo abría a Sophie.

Había vestidos, del color y el brillo de las joyas, trajes de pantalón femeninos y ropa más informal. "¿De quién son?"

"Son tuyos, por supuesto. El primer visir lo ordenó".

"Pero, ¿cómo sabías mi talla?", dijo mientras pasaba los dedos por las preciosas telas.

"Lo estimó y nos dijo tu colorido, y nos tomamos la libertad de conseguirte algunas cosas. Mañana, por supuesto, vendrá la gente y podrás elegir tu propio vestuario. Pero para esta noche" -Raisa sacó un vestido largo de satén del armario- "pensamos que éste sería el más apropiado".

Sophie se lo quitó a Raisa y lo expuso a la luz. El vestido de satén carmesí era el epítome del lujo. "¿Apropiado, para qué?" Miró a la mujer, alarmada.

"Para el banquete". Raisa se alejó. "Te dejaré descansar y volveré para ayudarte a prepararte en unas horas".

En cuanto se cerró la puerta, Sophie empujó las ventanas francesas y salió al patio privado. Protegida del viento seco del desierto por tres lados, el cuarto daba al azul profundo del océano, a través de los tejados desiguales de la ciudad. Unas brillantes enredaderas en flor de colores naranja, escarlata y rosa enmarcaban la vista y se movían con el viento, como si quisieran sentirse más cómodas.

Respiró profundamente el aire perfumado y trató de comprender cómo demonios había pasado de ser una pobre cocinera libre a esta prisión de lujo en veinticuatro horas. Entró en casa, se desnudó y se quedó mirando el ventilador del techo, que zumbaba lentamente.

Pero sabía cómo había llegado hasta aquí. Por primera vez en su vida había sido seducida por un hombre apuesto con una mente convincente. Mientras el jet lag la vencía y cerraba los ojos, sus pensamientos se centraban en un hombre cuyos ojos indagaban en lo más profundo de ella, cuya voz la acariciaba y cuya presencia le hacía olvidar todo lo que había creído querer.

"SEÑORA". Otra vez el susurro. Esta vez un toque. "Es la hora."

Sophie gimió al volver de sus sueños seductores y abrió los ojos. Su criada, Raisa, estaba de pie ante ella, con la preocupación grabada en el rostro. "Lo siento, señora, pero si lo deja más tiempo llegará tarde. Y eso no debe ocurrir".

Sophie levantó las piernas de la cama y trató de deshacerse de la sensación de dolor de cabeza que la invadía cada vez que dormía durante el día. Se levantó. "¿Cuánto tiempo tengo?"

"Sólo tienes dos horas".

"¿Dos horas?" Sophie se rió. "Vale. Iré a ducharme y quizás podrías..." Por su vida que no podía pensar lo que Raisa iba a hacer. Hizo un gesto con la mano. "Haz lo que creas que hay que hacer".

Cuando Sophie salió de la ducha, se sorprendió al ver que Raisa la había seguido hasta el lujoso cuarto de baño de mármol.

Sophie le arrebató la toalla. "No pasa nada. Puedo arreglarme sola".

Raisa parecía herida. "Pero, señora", empezó a protestar. "Tengo que ayudarla a prepararse para esta noche". Levantó una bandeja de lociones. "Un masaje le ayudará a recuperarse de sus viajes".

Sophie sacudió la cabeza con decisión. "Saldré en un momento, ¿y quizá serías tan amable de peinarme?". Raisa aún parecía un poco dudosa. "Por favor, disculpe mis modales occidentales. No estoy acostumbrada a tanta atención *personal*. Pero le agradecería que hiciera algo con mi pelo".

Raisa inspeccionó su pelo como si estuviera evaluando un problema y asintió con seguridad antes de salir del baño.

Sophie suspiró. No creía que fuera a acostumbrarse nunca a esto.

RAISA LE DIO una última vuelta al pelo con las planchas, comprobó que los pequeños botones de satén del vestido estuvieran bien abrochados y se alejó con un gesto de satisfacción. "Ahora puedes mirar".

Desde sus tímidos comienzos, Raisa se había vuelto rápidamente muy mandona con el aspecto de Sophie. Sophie se acercó al espejo y miró su reflejo. Luego frunció el ceño y apartó la mirada, casi esperando que la imagen reflejada permaneciera inmóvil. Pero la imagen en el espejo seguía sus propios movimientos. "¡Vaya!" Se sacudió el pelo por la espalda desnuda. Le hacía cosquillas en la piel, estimulándola de un modo deliciosamente sensual. "Has hecho un trabajo increíble. Apenas me reconozco".

"Hice muy poco, señora. Está usted muy guapa". Raisa se acercó, se puso a su lado y se encontró con la mirada de Sophie en el espejo.

"¿Estás seguro de que está bien que me vista así?"

"Dentro del palacio se puede llevar ropa occidental. Pero fuera debes llevar una abaya y el hiyab sobre la cabeza y los hombros. Así". Colocó el hiyab a juego alrededor del pelo y los hombros de Sophie. Raisa se apartó y sonrió con aprobación.

Sophie se sintió avergonzada por el intenso escrutinio de Raisa. "¿Debería irme ya?"

"No, tienes media hora."

"Bien. Iré a tomar el aire. Por lo que has descrito, estaré atado a la formalidad el resto de la tarde".

"Y no olvides que cuando te presenten a alguien, debes mirar hacia abajo. Es de muy mala educación mirar a alguien a los ojos".

"Pero eso es contrario a la forma en que me educaron", protestó Sophie.

Raisa ajustó el tirante del nuevo vestido de noche de Sophie. "Ahora no está en su país, señorita Sophie. Está en Sumaira".

¿Cómo podría olvidarlo? "Gracias. Ya puedes irte".

"Esperaré fuera, señora. Nunca encontrarás el camino por tu cuenta".

Eso hizo que Sophie se sintiera peor. Como un ratón atrapado en un laberinto. Un ratón disfrazado, pensó miserablemente. Pero indicó que estaba de acuerdo antes de salir al patio.

Ya era tarde. La luz del día había dado paso de repente a una oscuridad sofocante. No había un largo crepúsculo como en Inglaterra o Francia, ni un cambio imperceptible entre el día y la noche. Aquí, mucho más cerca del ecuador, la noche caía como el remolino de un manto púrpura tachonado de estrellas, robando luz al mundo pero dotándolo de su propio brillo celestial.

No sólo era hermoso, pensó Sophie, estirando el cuello para mirar las estrellas, sino también más cómodo. El calor del día seguía irradiando de la piedra de la terraza y las paredes, pero la brisa se había acelerado, moviendo el aire caliente, facilitando la respiración y aliviando su piel.

Inhaló el aire perfumado y, por primera vez en el día, sintió que podía hacer frente a lo que le esperaba. Después de todo, ¿no había afrontado ya lo peor que la vida podía arrojarle? La trágica enfermedad y muerte de su madre.

Lanzó un pequeño grito y se dio la vuelta bruscamente, como si tratara de evitar los recuerdos, aún demasiado recientes para revivirlos sin dolor. Caminó hasta la fuente y se sentó en su borde, sin poder resistirse a sumergir la mano en el agua, haciéndola girar de un lado a otro. Perturbó el reflejo de las estrellas, viéndolas cambiar de forma, mientras intentaba en vano contener las lágrimas que distorsionaban aún más la luz.

Su madre estaría orgullosa de ella. Estaba haciendo lo que siempre había querido: viajar y experimentar cosas nuevas. Miró al cielo una vez más. Había oído una vez que no se podía llorar mirando hacia arriba. Su mano se detuvo sobre el agua, con los dedos extendidos como si la calmara y la devolviera a su estado reflexivo. Suspiró una vez más. Parecía funcionar. Las lágrimas habían desaparecido y, cuando miraba al agua, las estrellas reflejaban todo su esplendor.

Entonces levantó la vista de repente. ¿Qué era aquello? Se quedó inmóvil, escuchando atentamente. Había imaginado que este patio era privado. Pero ahora, cuando miró más de cerca a través de la trama verde, pudo ver una luz que venía del otro lado. Se levantó en silencio. La piel se le erizó. Se sintió observada. ¿La observaban? ¿Había visto alguien sus lágrimas? Sintió pánico al pensarlo. Nunca se derrumbaba en público. Sus sentimientos, sus heridas, eran suyas, no las compartía. No quería compasión.

Caminó en silencio hacia la luz, con el único sonido del roce de su vestido de satén contra los adoquines. Apartó una hilera de enredaderas con flores y miró hacia el edificio del fondo. Las ventanas estaban abiertas; una lámpara de gran tamaño junto a un sofá era la fuente de luz. Era el salón de alguien. Pero ¿de quién? Sintió curiosidad y se acercó, preguntándose si sería un despacho o el cuarto de la criada, queriendo saber de quién eran esas habitaciones tan cercanas a la suya.

No fue hasta que se acercó a las puertas abiertas que olió la mezcla de aromas. Supo de quién era la habitación. Era imposible confundir el café fuerte con el aftershave masculino con notas de ámbar gris y cuero. El olor se enroscó en su interior y tiró de ella.

"¿Sophie?"

Sophie se dio la vuelta. Malek estaba de pie entre las sombras de los árboles, vestido con un traje de etiqueta, con una expresión ilegible en la oscuridad.

"¿Esperando a alguien más? ¿Tienes alguna otra chica inglesa escondida por aquí?"

Salió de entre las sombras. "No, no tengo muchas chicas inglesas escondidas en este momento". Hizo una pausa, con los ojos fijos en ella. "¿Te han atendido bien? ¿Todo ha sido de tu agrado?"

Asintió con la cabeza. "Todos han sido muy atentos. Pero sobre todo he dormido. Raisa me va a llevar a la recepción en breve".

"Ah, la recepción. Será aburrida, sin duda, pero será una oportunidad para que aparezcas a mi lado en una recepción de Estado".

"¿Hay algo que necesite saber?"

"Evita mencionar tu trabajo para nosotros en el hotel. No es un desastre si lo haces, pero quedará mejor si te ciñes a la historia que ha creado mi primer visir".

"Claro". Sophie apartó la mirada. Odiaba el engaño.

"¿Sophie?"

Se volvió hacia él. Estaba más cerca de lo que imaginaba, su mirada era más cálida de lo que había visto antes. Se acercó un paso más y ella juraría que dejó de respirar.

"Estás preciosa". Su voz era suave, casi maravillada, y ella sintió en lo más profundo de su ser el vicioso latido del deseo.

Instintivamente, abrió la boca para negar sus palabras, pero un fuerte golpe en la puerta interrumpió el momento y el visir entró en el patio.

Malek frunció el ceño. "¡Mahoma! ¿Querías algo?"

El Primer Visir Mohammed juntó las manos e inclinó la cabeza, pero cuando se irguió, Sophie pudo ver en sus ojos que no se consideraba servil en modo alguno. "La señorita Brown debería volver a su habitación, Alteza Real. Su sirvienta se está poniendo ansiosa. Ella debe proceder a la recepción en breve".

Malek hizo una mueca, evidentemente irritado por la interrupción. "Tiene razón, Sophie. Deberías irte".

"Por supuesto". Se alejó y luego, acordándose de sí misma, se detuvo e hizo una especie de reverencia que esperaba que satisficiera a ambos. Pero a juzgar por la sonrisa irónica de Malek y el ceño fruncido del visir, lo dudaba.

Recogió su larga bata y se alejó rápidamente hacia su habitación. Sólo cuando llegó a las puertas abiertas se detuvo y miró hacia atrás. Ya no podía ver ni a Malek ni al visir, pero oía sus pasos hacia la habitación de Malek y el tono sonoro del visir. Se preguntó brevemente qué habría pasado si el visir no hubiera llegado en ese momento. Entonces oyó la profunda voz de Malek dirigiéndose a su visir antes de que se retiraran a su habitación, y se olvidó de todo excepto de cómo la hacía sentir su voz.

Femenino. Completamente femenino. Su voz se coló en lo más profundo de su ser y le aceleró el corazón y le hizo palpar el sexo. Parecía tener una conciencia sobrenatural de su presencia. Incluso cuando no podía verlo, cada sentido de su cuerpo vibraba con una aguda conciencia de él. Lo deseaba de la forma más primitiva posible. Y aunque no podía tenerlo, no podía dejar de desear volver a verlo.

Entró en su habitación y Raisa descendió inmediatamente sobre ella con una brocha de maquillaje y un spray de perfume, sin duda regañándola en su propio idioma. Pero Sophie no le hizo caso, estaba pensando en Malek. No estaría mucho tiempo en Sumaira. No estaría mucho tiempo en presencia de Malek. Pero mientras estuviera allí, podría disfrutarlo, disfrutarlo *a él*. Porque, le gustara o no, se sentía irrevocablemente atraída por él.

"¿Y TÚ ERES DE?"

Sophie apartó la mirada de Malek, que estaba sentado a poca distancia de ella. No habían tenido ocasión de hablar, pero ella había estado al tanto de todos sus movimientos, de todas sus miradas hacia ella. Al parecer, todos los demás también.

Se volvió hacia la persona que le había hecho la pregunta: el jeque y líder de la tribu beduina dominante en Sumaira, los boqom.

"Inglaterra", respondió. Vio que Malek se movía, atento a su respuesta, y sonrió para sus adentros.

El viejo jeque asintió. "*Eso sí que lo* había deducido".

"Los Cotswolds, en el centro-sur de Inglaterra. ¿Has estado allí?"

"No. He estado en Londres, por supuesto, y en Oxford para visitar a unos amigos. Pero no en los Cotswolds. Y... ¿conociste a Su Alteza Real allí?"

Sacudió la cabeza y frunció el ceño, esperando no haber dicho algo equivocado. "No, en París".

"Hm", dijo el anciano pensativo, mirándola atentamente. "Y vosotros dos sois..." Hizo una pausa, mientras intentaba encontrar una forma educada de preguntar. Se encogió de hombros. "¿Estáis juntos?"

Sophie se sonrojó. "Yo, bueno, es...", balbuceó.

"Lo siento. Fui poco delicado. Por supuesto, no puedes -ni debes- decirlo. Es sólo que tu presencia ha despertado la curiosidad de todos los aquí presentes. El propio Malek siempre ha sido un enigma. No es como su padre, que nunca ocultó su amor por las mujeres. Y no es como su hermano mayor, que era muy parecido a su padre. Deben entender que ese machismo es admirado en nuestro país".

Sophie acusó recibo de sus palabras, con los ojos firmemente fijos en su plato de delicias a medio comer. Apretó los labios. Estaba decidida a no decir nada por si se equivocaba. Su silencio no pareció preocupar al viejo jeque. Estaba acostumbrado a que las mujeres fueran vistas y no escuchadas. Miraba a Malek.

"Hm." Le devolvió la mirada y sonrió. "Me disculpo por ser poco delicado. Ahora, hálame de estos... Cotswolds. ¿Es agradable allí?"

Sophie se sintió aliviada de poder hablar de algo que conocía. No tenía ni idea de las maquinaciones políticas de las que formaba parte, pero estaba en terreno seguro al hablar de su antiguo hogar.

"Mucho. Si te imaginas una imagen de Inglaterra como una caja de bombones, todo casitas de paja, casas señoriales georgianas e iglesias medievales".

"¿Y vivías en una casa tan señorial?"

Sophie casi se atraganta con el agua. Sacudió la cabeza. "No. ¡Mi casa no es nada de eso!"

"Sophie no es nada si no es modesta sobre su educación".

Tanto ella como el viejo jeque se giraron sorprendidos al ver a Malek de pie detrás de ellos, con una mano agarrando con propiedad la silla de ella.

"¡Malek!", exclamó el anciano. "Esta encantadora joven me estaba hablando de su casa".

Malek miró a Sophie. "Y siendo característicamente modesto al respecto, también, por lo que he oído".

"Muy loable", respondió el anciano. "Ojalá mis propias hijas tuvieran tanta modestia".

Una sonrisa se dibujó en los labios de Malek. Evidentemente, era el eufemismo del año.

"Pero mi nieta, Alteza Real, ha sido bien educada por sus tutores", continuó el viejo jeque.

"¿Shamma?"

"En efecto. Mi nieta mayor ya tiene dieciocho años", dijo, con los ojos entrecerrados mientras miraba a Malek con atención. "Y en edad de casarse", añadió, como si su significado no hubiera quedado del todo claro.

Malek asintió, y su rostro volvió a volverse inescrutable. "¿Y está estudiando, tengo entendido?"

"En París en este momento. Pero debe estar aquí para la coronación. Si no antes".

Sophie hizo una nota mental para comprobar los archivos sobre quién podría ser esta chica. Si era candidata o no. Su abuelo obviamente consideraba que lo era. Luego miró al viejo jeque. Parecía bastante agradable. Pero, como estaba aprendiendo rápidamente, nada era lo que parecía en Sumaira.

Malek se sentó y el viejo jeque siguió hablando dejando a Sophie sentada mirando... y soñando despierta.

MALEK PERMANECIÓ sentado entre Sophie y el viejo jeque el resto de la velada, obviamente deseoso de echar más leña al fuego de las habladurías. Su presencia tenía además la ventaja añadida de que podía guiar la conversación para que Sophie no pudiera incriminarlos. Debería haberse sentido utilizada, pero ¿cómo iba a hacerlo cuando la presencia de Malek tenía un efecto tan placentero en ella? Era como si alguien le respirara en el cuello o le mordisqueara la oreja; el mero hecho de estar cerca de él le producía escalofríos de placer. Y mientras su cuerpo respondía a su proximidad, escuchaba sus historias sobre las personalidades de alto nivel con las que había trabajado como abogado internacional en algunos de los casos más importantes de la década. Era inteligente. Pasaba de las anécdotas entretenidas a las ideas serias con facilidad, evitando los temas polémicos, andando con cuidado. Puede que no quisiera gobernar, pensó Sophie, pero era un político consumado.

Era medianoche antes de que concluyera la cena. Salieron todos juntos al vestíbulo para despedir a los invitados. Desde el vestíbulo, un balcón privado daba al paseo circular y a una zona vallada que se había habilitado para los periodistas, dentro de los altos muros exteriores del castillo.

Malek se acercó a las puertas y miró hacia ella. "¡Sophie! Ven, ellos también querrán verte".

El primer visir hizo un gesto alentador. "Tendrás que llevar tu hijab".

Sophie se colocó el largo trozo de seda sobre la cabeza y alrededor de los hombros desnudos, y el visir sonrió con aprobación.

Se acercó a Malek y se detuvo insegura. Él le puso la mano en la cintura y la empujó hacia delante. Cuando ambos salieron y saludaron a los invitados que se marchaban, se oyeron gritos y flashes de cámaras en la zona cerrada.

Era irreal. Las luces y el clamor de los periodistas, el calor y la fragancia de la noche subiendo al balcón desde abajo. Estaba a años luz de cualquier cosa a la que hubiera estado acostumbrada y tembló bajo la intensa mirada de la multitud.

Malek inclinó la cabeza hacia ella. "¿Estás bien?", murmuró, y sus dedos se extendieron por su espalda en una breve caricia que la distrajo inmediatamente de sus nervios.

Se dio media vuelta y sonrió. "Algo así. Esto no se parece a nada que haya hecho antes".

"No se nota. Te ves hermosa y equilibrada. Eres natural". De nuevo, otra breve caricia que hizo que Sophie se sintiera muy natural. "Sólo falta una cosa". Su aliento era caliente contra su

cuello y ella se arqueó involuntariamente contra él.

"¿Hm?" fue todo lo que pudo decir.

"Tienes que saludar, Sophie."

"¿Ola?" Ella le miró, roto el hechizo. "¿Por qué querrían que yo, de entre toda la gente, les saludara?"

"Porque estás conmigo, y eres hermosa. Esas son razones suficientes".

Su mente se detuvo en "hermosa" y, vacilante, levantó la mano. No la agitó de un lado a otro, simplemente la levantó e inmediatamente unas cámaras brillaron en la oscura noche, haciéndola parpadear y retroceder... retroceder contra el fuerte cuerpo de Malek.

Sobresaltada, fue a apartarse, pero él levantó la mano, se la puso en el brazo e inclinó la cabeza hacia ella como si susurrara algo seductor. Su mirada no se apartaba de los fotógrafos. "Tu sonrisa ha desaparecido. Dales otra, otro saludo, dales lo que quieren y se irán".

Quiso que su confusión se convirtiera en sonrisa y miró a las cámaras. Otro estruendo de obturadores recibió su mirada.

"Tenéis vuestros tiros", dijo el visir, dando un paso adelante para dirigirse a la multitud. "Así que ahora, por favor, permitan que Su Alteza Real y"-miró a Sofía-"la señorita Brown terminen su velada en paz".

El visir hizo un gesto a los guardias de seguridad, que se adelantaron para escoltar a los fotógrafos y periodistas fuera del palacio.

Malek y Sophie se retiraron al vestíbulo del palacio. Él se detuvo bajo las sombras de un arco. "Lo has hecho bien esta noche. No debe haber sido fácil".

Sophie pensó un momento y le miró, su rostro ensombrecido, ya no era el príncipe heredero. "¿Fácil? No. Me pareció surrealista. Pero tampoco fue difícil. No con..." Se detuvo justo a tiempo. No estaba acostumbrada a censurar lo que decía. Tantos años sola, nunca había tenido que asegurarse de decir lo correcto, de hacer los ruidos correctos, de jugar a otro juego que no fuera el suyo. Pero ahora sí.

Sus ojos se clavaron en los de ella. "¿No con?", preguntó. "¿Qué ibas a decir?" Sus palabras eran bajas, dirigidas sólo a ella. Ella las sintió como una caricia, y eso la liberó de la cautela.

"No contigo a mi lado".

Su expresión no cambió. Inclinó la cabeza hacia un lado como si tratara de entenderla. "Bien", susurró, sus labios se abrieron suavemente.

Se lamió los labios.

"Alteza Real", llamó el visir. Malek suspiró y se apartó de Sophie.

"¿Sí?"

Sophie se apoyó en uno de los pilares que se alzaban en las alturas del vestíbulo y observó cómo Malek escuchaba a su consejero hablar con él. Debería irse. Volver a su habitación. Pero aunque conociera el camino, necesitaba tiempo para recuperarse. El corazón se le aceleraba y sentía las piernas débiles. Viendo a Malek hablar con su consejero, volvía a ser el todopoderoso gobernante de Sumaira, y ella se preguntaba cómo demonios había podido ocurrir la intimidad de los últimos momentos. Entonces el visir se marchó. Malek se pasó los dedos por el pelo corto, se dio la vuelta y la miró.

Esto era una locura. Se empujó del pilar. Tenía que escapar. Abrió la puerta más cercana, pero el personal la miró con curiosidad.

"¡Lo siento!", dijo cerrando rápidamente la puerta.

"Sophie, por aquí", dijo Malek, mientras le abría una puerta.

Respiró hondo y se acercó a él, incapaz de mirarle a los ojos.

"¿Estás bien?", preguntó.

"Sólo cansado".

"No me sorprende. Han pasado muchas cosas en los últimos días". Abrió la puerta y dio un paso atrás. "Después de ti."

Miró a su alrededor buscando a su criada. "Le pediré a Raisa que me lleve a mi habitación".

"No hace falta. Te acompaño".

Caminaron en silencio por un pasillo desierto que Sophie reconoció vagamente. La luz de la luna se filtraba por las altas ventanas, haciendo brillar el mármol blanco. Era algo sacado de un cuento de hadas. Entonces Malek se detuvo de repente. "Tomaremos un atajo por los jardines".

En unos instantes, Sophie pudo ver por qué. Estos jardines estaban en un lado más antiguo del palacio y tenían un aspecto más salvaje. Las trepadoras crecían alrededor de los pilares con abandono y con la mínima interferencia de los jardineros. El resultado era exuberante y sensual.

"Esto es precioso". Sophie se sintió atraída hacia una vista abierta de la ciudad, enmarcada por el crecimiento desenfrenado. "¿Cómo es que lo han dejado tan salvaje?"

Malek señaló con la cabeza un edificio de tejado plano que daba al jardín. "Era la suite de mi abuela. Ella apreciaba la naturaleza e insistía en que sus jardines se mantuvieran así. Murió hace poco y aún no me he animado a cambiar nada".

Aquellas palabras atrajeron la mirada de Sophie hacia su rostro por primera vez desde que habían salido del Gran Comedor. Fue como si se hubiera abierto una pequeña ventana a su alma, algo real, algo oculto y algo con lo que ella podía identificarse.

"La echas de menos".

Sonrió. "Estaba más unida a mí que mis propios padres. Siempre estaban demasiado ocupados con la política, con azuzarse unos a otros, con hacerse daño, como para prestar mucha atención a su segundo hijo."

"Es una pena. Debió ser duro para ti crecer".

La miró. "No. No los eché de menos. Me alegré de estar fuera de eso. Mi hermano siempre estaba en el centro de todo, le gustara o no. Y la mayoría de las veces, no le gustaba".

"Tal vez por eso se fue."

Malek la miró bruscamente antes de volver la vista al paisaje. El silencio se hizo más largo y Sophie empezó a arrepentirse de haber dicho lo que pensaba.

"Lo siento", dijo. "Probablemente me equivoque. Es sólo que podría imaginar que alguien... con esa cantidad de presión, podría simplemente querer escapar".

Malek se apoyó en una columna y la miró directamente. Ella luchó por permanecer quieta bajo su intensa mirada. "No hace falta que te disculpes, Sophie. Tienes razón. Claro que tienes razón. No he querido admitirlo; he estado demasiado ocupada sintiéndome enfadada con él. Pero tenía que escapar".

"¿Va a venir a casa?"

Malek negó con la cabeza. "No lo sé. Sólo he hablado con él una vez y no fue bien. No. Nuestro país no puede esperar a ver si cambia de opinión. Tengo que seguir adelante, suponiendo que se haya ido para siempre". Se apoyó en el parapeto de piedra y miró a través de la ciudad hacia el mar. "Pero, sabes, en cierto modo, me alegro de haber vuelto. He pasado demasiado tiempo fuera. Había olvidado..."

Sophie sentía curiosidad. El rostro de Malek tenía un aire lejano mientras miraba a través de las luces de la ciudad hacia el negro tinta del mar.

"¿Qué habías olvidado?"

Guardó silencio unos instantes. "El olor de la tierra. Está en mis huesos y casi lo había olvidado. Y los colores. Mira..." Le hizo señas para que se pusiera delante de él.

Ella hizo lo que él le ordenó y miró hacia fuera, por la línea de visión de su dedo. "Ves aquí..."

"¿La luz intermitente?"

"Sí, el faro. Fue un faro constante en mi vida, mientras crecía. Podía verlo desde aquí, el palacio de la ciudad, y desde el palacio de la montaña, donde pasé gran parte de mi juventud. Conectaba mis dos mundos". Hizo una pausa. "Solía tejer cuentos a su alrededor. Era una especie de salvavidas". Se encogió de hombros y suspiró. "Supongo que piensas que es una locura viniendo de un miembro de la familia real".

"Todo el mundo necesita un salvavidas de vez en cuando. Todo el mundo tiene algún tipo de faro en su vida. Incluso los reyes".

Sonrió. "Incluso los reyes", repitió en voz baja.

Sus caras estaban cerca, y cuando él levantó la mano hacia su mejilla, ella empezó a apartarse. Era una locura. ¿Cómo demonios había permitido que ocurriera? Entonces él apartó la mirada de repente, y su boca se endureció en una línea. "Lo siento. Pensé que la sesión de fotos de esta noche sería suficiente. Pero parece que algunos paparazzi empedernidos están al acecho en los tejados cercanos".

Se giró para mirar, esperando ver las cámaras apuntándola. "No veo..."

"No lo harás. Conozco esta vista como la palma de mi mano. Las luces de la ciudad nunca brillan en los tejados de adobe... a menos que haya cámaras con zoom. Y las hay esta noche".

"Pero eso es terrible. ¿No se te permite tener intimidad?"

"Por supuesto que no. No ahora que seré rey". Buscó sus ojos con compasión. "Lo siento, Sophie. Pero ahora estás en esto. Espero que lo entiendas. Por favor... quédate donde estás... dales tiempo. Ellos te querían. Y apreciarán estas fotos de nosotros juntos. Podrán venderlas con grandes ganancias. Funcionará para ellos. Y funcionará para nosotros. Así que quédate... por favor."

No podría haberse movido aunque hubiera querido. La expresión de sus ojos le impedía pensar y moverse. Le apartó el pelo del hombro, se lo recogió en una mano y se lo colocó sobre el otro hombro. "Hueles muy bien".

"No tienes que decir eso para la cámara", murmuró. "A menos que también tenga un micrófono de larga distancia". Ella sintió su sonrisa cuando sus labios rozaron su cuello y jadeó mientras inclinaba la cabeza contra su hombro. Tragó saliva. "De verdad quieres que esta vez tengan una foto convincente, ¿verdad?"

Le rodeó la cintura con la mano y tiró de ella contra su cuerpo. Ella volvió a jadear al sentir su erección dura contra su espalda. "Hay cosas que la cámara no verá. Algunas cosas", murmuró contra su mejilla, "sólo tú las sabrás".

Debería haber gritado. Debería haber salido corriendo allí mismo. Ella no había firmado para esto.

Se apartó. "Pero no te preocupes. Esto no es algo que vaya a hacer. No puedo evitarlo. Eres una mujer hermosa y seductora. Tendría que ser de piedra para no sentirme afectado por ti".

Temblaba de pies a cabeza. Se retorció entre sus brazos. "No puedo seguir haciendo esto. No más esta noche, al menos".

Asintió con la cabeza. "Lo siento. Intenté prepararte antes, decirte que empezaríamos la farsa

esta noche, pero nos interrumpieron. Y no había previsto que yo, que nosotros..."

"Tengo que volver a mi habitación", dijo rápidamente.

"Por supuesto. Te llevaré allí".

Abandonaron la amplitud de la terraza y se adentraron en los laberínticos muros del palacio. Estaba oscuro y sombrío bajo las columnatas. Ella era consciente de él, de cada uno de sus movimientos, de cada sonido de sus pisadas y del vaivén de su vestido de raso sobre la vieja piedra. Llegaron demasiado rápido a su habitación. Ella lo miró con curiosidad.

"Gracias por llevarme a mi habitación. Podría haber llamado a Raisa, ya sabes".

"Lo sé.

Apenas se atrevía a respirar, preguntándose si él estaría pensando lo mismo que ella. Apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad del patio.

"Pero no fue ningún problema". Sonrió. "Buenas noches."

Volvió a respirar con fuerza cuando él dio un paso hacia ella... y luego pasó de largo, antes de volverse hacia su propia habitación.

No le devolvió la mirada. Abrió la puerta y entró. Por supuesto que no miraría atrás. ¿Por qué iba a hacerlo? A pesar de toda la intimidad, seguía siendo el príncipe heredero y estaba fuera de su alcance.

Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella, cerrando los ojos. Se sentía tremendamente atraída por aquel hombre tan diferente a ella como las estrellas. Pero no podía marcharse sin más. Tenía que trabajar con él... y fingir que eran los amantes que nunca podrían ser.

Las primeras semanas transcurrieron en un torbellino de trabajo y compromisos de cenas formales. Las mañanas las pasaba en el despacho trabajando en las tareas que Malek le había encomendado, en reuniones con los consejeros del rey y, en general, familiarizándose con los anticuados sistemas informáticos del palacio, para los que Sophie ya tenía nuevas ideas. El trabajo que más le disgustaba era investigar y reducir la larga lista de mujeres que serían una reina adecuada para Malek. Para eso siempre tenía menos tiempo.

Vivía para las tardes y las noches. Desde el momento en que, después de comer, recibía la llamada del despacho de Malek para atenderle, su corazón latía un poco más deprisa.

Ella no sabía adónde iban de un día para otro. Un día asistirían a la inauguración de la nueva ala de la universidad, ella -a cierta distancia detrás de él- formando parte de la compañía, pero no tan cerca como para resultar impropio. Al día siguiente, podrían asistir a un almuerzo formal, ofrecido por uno de los muchos grupos que intentaban influir en el hombre que pronto sería su rey. Una vez más, Sophie se sentaría a cierta distancia de Malek, por razones de propiedad, pero aun así todos sabrían que estaba allí por y para Malek.

En esas ocasiones, hablaba educadamente con los demás invitados y observaba a Malek. Se estaba acostumbrando a cada matiz de su expresión. Desde el ligero entrecerramiento de los ojos cuando estaba disgustado, hasta el tic apenas perceptible en las comisuras de los labios cuando algo le divertía. Pero fuera lo que fuese lo que le ocurría por dentro, siempre se mostraba justo, diplomático y vigilante. Era un hombre asediado, pero nunca lo dejaba traslucir.

Al menos no en compañía. Sólo con ella, por las tardes, cuando después de aquella primera noche él se aseguraba de que tuvieran tiempo a solas, independientemente de la función a la que tuvieran que asistir. Eran esos momentos, cuando la oscuridad les rodeaba en su patio privado, donde la mesa estaba preparada con comida y bebida, los que ella más disfrutaba. No se repetía la intimidad física de su primera noche juntos. Simplemente hablaban y se relajaban.

Y esta noche no fue diferente. Mientras Malek le pasaba a Sophie un vasito de té de hierbas y ella se sentaba entre los cojines, experimentó una sensación de alivio al ver que el trabajo y la formalidad del día habían terminado y que disponían de un rato de tranquilo respiro juntos. Dos personas que, por diferentes motivos, se sentían inadaptadas en este extraño país.

Cuando acercó su copa a la de ella, sonrió. No un tirón en los labios, sino una sonrisa plena que iluminó su rostro, creando calor, bajo en su estómago. Él la había atrapado y ella no podía hacer nada para evitarlo. Se había enamorado de él, a pesar de su cautela. Dejó el vaso y suspiró.

"¿Por qué ese gran suspiro, Sophie?"

Parecía que él también estaba empezando a conocerla. Se encogió de hombros. "Supongo que ha sido un día largo. Constantemente bajo el ojo público. No estoy acostumbrada".

Malek dio un sorbo a su vaso y la consideró. "Unas largas semanas también. Lo siento, sé que estás acostumbrada a tu independencia, pero no puedes salir sola de palacio, por desgracia. Como te he explicado, el paro es alto, ha habido incidentes... y no puedo garantizar tu seguridad".

"No pasa nada. Pensé que me sentiría atrapado, pero no ha sido así. Supongo que disfruto con lo que hago".

"Entonces, ¿por qué el suspiro?"

Sacudió la cabeza. "En realidad, nada".

"Creo que ya sabes que puedes confiar en mí, Sophie".

¿Cómo podía decirle que estaba triste porque su tiempo con él estaba pasando y que pronto ella se iría y él sería rey, comprometido para casarse con un extraño?

"Dime", repitió.

La forma en que le ordenaba hablar enfatizaba el hecho de que él pronto sería rey y ella su súbdita, y que siempre sería así. Sacudió la cabeza y se concentró en dar otro sorbo a su bebida. "No. Prefiero que no".

Pero en lugar de ofenderse, cuando miró a Malek, sus labios se curvaron en esa media sonrisa suya. "Le pido disculpas. Obviamente me he acostumbrado demasiado a hablar con gente que responde mejor a las órdenes. Te lo preguntaré de nuevo. Por favor, dime qué te preocupa". Se levantó de la mesa y caminó hacia ella.

Colocar el vaso sobre la mesa sin dejar ver su mano temblorosa fue todo un reto. Un reto que temió perder cuando levantó la vista y vio que la mirada de Malek seguía su mano temblorosa. Entonces él la miró a los ojos y ella supo que era ella la que estaba perdida.

Le cogió la mano con las dos suyas y le pasó el pulgar por el dorso, recorriendo con la mirada el movimiento de sus dedos sobre su piel. Sophie cerró los ojos y aspiró con fuerza, tratando de controlar el fuego instantáneo que surgió en su interior al sentir su mano contra la suya. Cuando volvió a abrirlos, vio una nueva expresión en su rostro. "Sophie", dijo con un susurro. "Creo que sé lo que estás pensando".

"¿Y cómo lo sabes?", dijo Sophie con una voz ronca y sensual que apenas reconoció como suya.

"Porque yo pienso lo mismo".

"Yo... lo dudo". Sería imposible. Porque, ¿cómo podría Malek, a punto de ser rey de una nación tan poderosa, sentir una fracción de lo que ella sentía por él?

"Sólo hay una forma de averiguarlo. Dime, cuando entro en mi despacho ¿sabes qué es lo primero que busco?"

"¿Tu café?"

"Sophie", advirtió Malek. "Inténtalo de nuevo."

"¿Cómo podría? No puedo presumir de conocer la mente del príncipe heredero".

"Pero *puedes* presumir de conocer la mente de un hombre."

"Ah, eso es algo muy diferente. Pero aún así no estoy seguro de conocer mejor la mente de un hombre, que la mente del príncipe heredero."

"Inténtalo".

Otra orden. Pero no había otra salida que responder. "Buscas algo, o a alguien, que necesitas

para pasar el día". Ella levantó la vista de repente hacia los ojos de él, que se habían agrandado por la sorpresa. Había dado en el clavo. Le dio confianza. "Algo o alguien que te recuerde la vida fuera del deber". Se lamió los labios. ¿Seguía? "¿Es una cosa o una persona?"

"Tú. Sabes que eres tú".

Sacudió la cabeza con incredulidad.

"Te habrás dado cuenta. Estaré en una reunión con mis asesores, estarán discutiendo como niños sobre lo que hay que hacer por la monarquía, el país, por la diplomacia con nuestros vecinos. Hay disensiones por todas partes. Algunos días siento que me ahogo en ella. Y entonces te veo de reojo al pasar y es como si una suave brisa entrara en la habitación y lo pusiera todo en perspectiva. Respiro profundamente mientras intento inhalar tu perfume, llenándome de tu calma, y entonces te vas. Pero sigues conmigo y puedo seguir adelante".

"Y cuando estoy trabajando con los demás", dijo Sophie. "Intentando dar sentido al desorden, intentando ignorar el calor del día y el caos de voces a mi alrededor, te veo a ti y sé que puedo arreglármelas".

Malek le llevó las manos a los labios y se las besó suavemente. Rozó su piel con los labios y la miró a los ojos. Ella quería que sus labios sustituyeran a sus manos. Quería tenerlo pegado a ella, quería sus labios en los suyos, quería rodearlo con sus brazos y no soltarlo nunca. ¿Podría? ¿Podría olvidar que no tenían futuro, vivir el presente y hacer realidad sus sueños? ¿Podría decirle lo que sentía? Sólo necesitaría una señal de él.

"Sophie", respiró contra su piel. "Estas últimas semanas sólo han sido soportables gracias a ti. Y por eso te lo agradezco desde el fondo de mi corazón".

El corazón de Sophie se hundió. Estaba agradecido, eso era todo. Le apartó la mano y trató de ignorar la fugaz mirada de dolor en sus ojos. "De nada. Me pagas bien por ello". Le dolió ver cómo su rostro se contraía. Pero no tenía elección. Sentía por él cosas que no eran ni podrían ser recíprocas. Tenía que sobrevivir, tenía que protegerse.

"Por supuesto". Su ambigua respuesta podía significar muchas cosas. Pero por su mirada vio que lo había entendido.

"La próxima semana debemos comenzar el proceso de selección de tu nueva esposa".

"Mi nueva esposa", dijo Malek, con una amargura que agrió el ambiente. Se apartó, cruzó el patio y se quedó mirando las luces de la ciudad, con las manos metidas en los bolsillos. Su camisa blanca brillaba bajo la luz mortecina. "¿En qué demonios me he metido, Sophie? Un país en el que no vivo desde hace una docena de años, una familia de la que me distancié hace años, gente que desconfía de mí en el mejor de los casos, y me odia en el peor, y un matrimonio construido sobre nada más que política".

Los jirones de autoprotección a los que Sophie había intentado aferrarse se disolvieron al instante al ser testigo de su profundo sentimiento de impotencia y frustración. Se acercó a él y le tocó el hombro. Él se giró al instante como electrizado. Le agarró la mano y la miró con urgencia.

"¿Cómo puedo hacer esto, Sophie? ¿Cómo puedo fingir ser esta persona que no soy?"

Ella negó con la cabeza. "No puedes fingir, Malek. Pero puedes ser el hombre que eres. Ese hombre está más que preparado para ser rey. Y cuando muestres ese hombre al mundo, te querrán y te respetarán, y podrás ser el rey que quieres ser".

La atrajo suavemente hacia él. Tenía las palmas de las manos calientes en la espalda. "Sophie", murmuró, justo antes de besarla.

El beso no se parecía en nada a lo que Sophie había imaginado durante aquellas largas y

calurosas noches en vela pensando en Malek. No podía concebir cómo la intensidad de su personalidad podría haberse expresado tan vívidamente en el beso; no podía imaginar cómo esa intensidad podría haberse atemperado con una sensibilidad que la llamaba al corazón mismo de ella, desatando su pasión con más eficacia de lo que cualquier demanda podría haberlo hecho.

El beso se volvió más apasionado cuando la lengua de él pasó por sus labios, que ella separó para permitirle un mayor acceso. Ella gimió cuando él la estrechó contra su duro cuerpo. La sensación de su mano moviéndose bajo la blusa contra su piel caliente no hizo más que aumentar su necesidad. Con la otra mano le pasó los dedos por el pelo para inclinarle la cabeza. Ella cerró los ojos mientras su boca se movía de la cabeza a la garganta y más abajo.

Un repentino destello de luz hizo que ambos se quedaran inmóviles.

"¿Qué demonios?", murmuró Malek. Hubo otro destello de luz delator. Murmuró un improperio y le tiró de la camiseta por encima de la piel. La cogió de la mano y tiró de ella hacia la intimidad del patio. "Maldita sea, ¿en qué demonios estaba pensando?"

"Ninguno de los dos estaba pensando", dijo Sophie, mientras se ajustaba la ropa. "¿Paparazzi?"

Suspiró. "Sin ninguna duda. ¿Qué demonios he hecho?", repitió. "Coquetear es una cosa, pero eso era un asunto completamente distinto". La miró. "Lo siento, Sophie, no pretendía arrastrar tu nombre por el barro".

Ella soltó una carcajada insegura. ¿"Barro"? Fue un beso. Creo que haría falta más que un beso para arrastrar mi nombre por el barro".

"No lo entienden. Han estado esperando algo como esto. Esperando que perdiera el control. Y casi lo hice. Lo siento. Miró a su alrededor, agitado. "Deberías irte."

Ella asintió. Pero no se movió. ¿Terminaría así su intimidad?

"Buenas noches", le dijo, mientras se apartaba de ella como si pudiera hacerle daño. Ella ahogó una respuesta y prácticamente corrió hacia su habitación, sin detenerse hasta que estuvo dentro con la puerta cerrada. Corrió las cortinas de seda blanca y se sentó en la cama, mirando a ciegas las cortinas, como si pudiera ver a través de ellas, como si pudiera ver a Malek, que seguía de pie en el patio mirándola con esa expresión en los ojos que la hacía derretirse por dentro. Pero él no estaría. Aquel momento había pasado, fulminado por el flash de la cámara del paparazzi.

Intentó regular la respiración pero, con las puertas, ventanas y cortinas bien cerradas, sentía que no podía respirar, a pesar del aire acondicionado. Se sentía claustrofóbica sin la sensación de que Malek estaba con ella, consciente de ella, deseándola.

Pero no iba a ser así. Lo había dejado claro. Quisiera lo que quisiera, sintiera lo que sintiera, no tenían futuro juntos. Sophie se arrastró hasta la cama sin desvestirse, cerró los ojos y se aferró al recuerdo de su beso, sabiendo que sería lo único que tendría de Malek después de dejar a Sumaira.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando Malek entró en su despacho, fue recibido por su visir, que tenía el ceño profundamente fruncido. "Alteza Real", dijo con una reverencia. Pero eso no engañó a Malek. Sabía cuándo Mohammed no estaba contento.

Suspiró y se sentó. "¿Qué pasa?"

El anciano señaló la pantalla del ordenador. "*Estas. Fotos*". La ira habitaba en cada sílaba

fuertemente inflexionada. "¿Qué...?"

"¿En qué estaba pensando?" respondió Malek, mientras se sentaba en su escritorio para mirar más de cerca. "Creo que es bastante obvio. Estaría claro para cualquiera que mirara estas fotos que Su Alteza Real el Príncipe Heredero Malek de Sumaira estaba a punto de hacer el amor con una hermosa mujer".

"Las fotos están por todas partes", dijo fríamente el visir.

Malek suspiró y pasó foto tras foto en una secuencia casi de fotogramas de sus bocas acercándose, de las manos de él bajo la ropa de ella. En lo que Malek se detuvo no fue en su propia pérdida de control, sino en la de Sophie. Estaba absolutamente hermosa y asombrosamente sexy. La sostenía entre sus brazos como si necesitara apoyo, con la cabeza despeinada apoyada en su mano mientras le saqueaba -era la única palabra que describía adecuadamente lo que estaba haciendo- la boca. Y sus caderas, inclinadas hacia él en una evidente pose de disposición sexual. Malek levantó los ojos hacia su visir. "Más de lo mismo. Creía que éste era el plan. ¿Cuál es el problema?" Sabía cuál era el problema, pero quería que se lo dijera su consejero.

"Su pueblo quiere ver a un príncipe heredero digno, disfrutando de la compañía de bellas mujeres, sin perder el control, no a punto de tener sexo con ellas. Eso, Su Alteza Real, es inapropiado".

"Fue un beso, Mohammed. Sólo un beso. Algo que la gente hace en todo el mundo. Incluso *tú lo habrás* hecho alguna vez", añadió secamente.

Su asesor lo miró con rabia, volviendo a su antigua relación de tutor y alumno. "No trivialices esto, Malek". Se acercó a la ventana desde la que podía ver el despacho en el que trabajaba Sophie. "La señorita Brown es encantadora, muy inteligente, muy guapa. No hay duda de ninguna de esas cosas". Se volvió de repente y miró a Malek. "Pero no es Sumairan, así que no te dejes llevar".

Malek se levantó y se paseó por la habitación, repentinamente furioso por el recordatorio de que nunca volvería a ser libre. "¿Como si yo pudiera hacer eso! He hecho todo lo que has dicho, Mohammed. Lo he dejado todo por este país. ¿No se me permite algo de diversión en el proceso?"

"El propósito de este ejercicio es confirmar tu estatus de soltero heterosexual elegible. A diferencia de tu hermano, tu discreción ha hecho que la gente no te haya visto con una mujer. *Eso* es todo lo que estamos rectificando. Si hubieras sido más como tu hermano..."

"¿Más como mi hermano?" Malek replicó enfadado. "¿Quieres decir como la forma en que dejó este país en la estacada?"

"Sabes que no quiero decir eso. Nos conocemos desde hace mucho, Malek, y espero poder decir lo que pienso contigo".

"Y tu mente dice que debería ser más como mi hermano, querido por todos al parecer, a pesar de que nos abandonó".

El asesor extendió las manos, apaciguadoramente. "Lo que quiero decir es que si hubieras tenido relaciones de alto nivel, no tendríamos que hacer esto".

"Como muy bien sabes, he tenido una relación seria y duradera y por ser ella teníamos que ser discretos. Ella no podía ser manchada por el escándalo. Y he tenido que renunciar a ella por todo esto". Malek paseó la mano por la habitación, indicando los montones de papeles, las pantallas de ordenador, la lista de personas a las que tenía que ver ese día.

"¿Podemos darle publicidad ahora?"

"No. Es complicado".

"Seguro que sí".

El humor de Malek se ensombreció ante la insinuación de su consejero. "Estoy seguro de que sabes quién es. Tus espías están por todas partes. Te lo habrían dicho".

Su asesor le dedicó una enigmática sonrisa. "De todos modos", continuó con suavidad. "Simplemente recuerde que tiene un propósito. La señorita Brown nunca puede ser ni será más que una cortina de humo para los periódicos". Hizo una reverencia superficial y salió de la habitación. Vaciló en la puerta. "En público, al menos". Antes de que Malek pudiera responder, ya se había ido.

Malek sabía lo que decía. *Haz lo que quieras mientras nadie lo sepa y no te dejes llevar. Es lo que es y nada más.*

Malek miró por la ventana hacia donde Sophie estaba trabajando y suspiró. Fingir que eran amantes había estado bien en teoría, antes de conocerla mejor y darse cuenta de lo atraído que se sentía por ella. Ahora la idea de utilizarla de esa manera le repugnaba. Nunca había fingido, nunca había hecho nada sucio en su vida. Había renunciado a muchas cosas para convertirse en rey, pero que le condenaran si seguía utilizando a Sophie de esa manera. Podía parecer fría, profesional y capaz de manejar cualquier cosa, pero había una vulnerabilidad en ella que él se negaba a explotar.

Las fotos del día anterior tendrían que bastar. Ya no podía hacer esto. Además, necesitaba sus habilidades para poner en marcha los anticuados sistemas que había heredado de su padre. El suyo era un país que vivía en un mundo moderno -le gustara o no- y su estabilidad y prosperidad dependían de la información, dependían de que él estuviera en contacto con lo que ocurría. De no estar aislado de todo como lo había estado su padre. Necesitaba *saberlo* todo. Estar un paso por delante de sus adversarios políticos. Y necesitaba a alguien con las excepcionales habilidades de Sophie para ayudarlo.

Se volvió hacia su ayudante. "Dile a la Srta. Brown que venga a mi oficina".

SOPHIE RECOGIÓ SUS PAPELES Y LLAMÓ A LA PUERTA DE MALEK.

"¡Ven!"

Sophie entró y la sonrisa que tenía en los labios se le borró en cuanto vio a Malek, con la cara desenchajada y al teléfono. Se aclaró la garganta, manteniendo el portátil a la defensiva junto al pecho, se dirigió a su silla habitual y deslizó el portátil sobre el escritorio. Y esperó, intentando equilibrar la intimidad de la noche anterior con la distancia profesional de aquel momento.

"A por ellos". Malek frunció el ceño al terminar su llamada. Levantó la vista hacia ella, pero el ceño no se frunció, aunque sí lo hizo la expresión feroz de sus ojos. "Siéntate, por favor", añadió como una ocurrencia tardía.

Se sentó en el borde de la silla de respaldo duro y esperó, plenamente consciente de que no era Malek quien estaba ante ella, sino el príncipe heredero.

Él la miró desde debajo de una ceja baja, la miró de una manera que estaba a un millón de millas de cómo la había mirado la noche anterior. "Nuestro acuerdo, Sophie, terminará inmediatamente".

Ella tragó saliva, ganando tiempo para recuperarse de sus palabras. "Pero..." Sophie frunció el ceño. "No lo entiendo. ¿Quieres decir que quieres que me vaya?"

"No, no me refiero a eso. Tu trabajo aquí, en la oficina, continuará. Ese es tu lugar. Te

necesito para mejorar mis sistemas. Y..." Hizo una pausa como si tratara de encontrar las palabras adecuadas. "Y aún necesito que me encuentres una esposa". Al pronunciar la última palabra, su fría expresión se quebró un poco. Sólo un poco, pero lo suficiente para que Sophie entendiera lo que estaba haciendo.

"Oh. Así que lo de la novia, eso tiene que parar."

Frunció brevemente los labios y asintió.

"Así que... la misión se ha cumplido. Tienes las fotos que querías. ¿Trabajo hecho?"

"Trabajo *exagerado*. Las fotos de anoche, bueno, fuimos demasiado lejos. *Yo fui* demasiado lejos".

"Oh, ya veo." Se arrepintió. Se sorprendió de lo despojada que se sentía. Puede que él quisiera que el acuerdo terminara, pero ella se había pasado toda la noche repasando cada detalle de su tiempo con Malek, reviviendo cómo la había hecho sentir. Imaginando lo que podría pasar la próxima vez que se vieran. Se miró las manos en el regazo, frunciendo el ceño mientras intentaba concentrarse en otra cosa que no fuera el profundo dolor y la decepción que la inundaban.

Malek se levantó de la silla de un salto. "No estoy seguro de que lo sepas. No tiene nada que ver contigo. Nada que hayas hecho o dejado de hacer. Sólo siento..." Levantó las persianas de su despacho y miró hacia los jardines del palacio. Luego las dejó caer con un chasquido. "Siento que no es apropiado. Es..."

"¿Sí?"

"Mi país necesita la seguridad de que puedo aportar estabilidad y tradición a su liderazgo. No tengo más remedio que pensar primero en eso". Se aclaró la garganta. "Debemos mantener las distancias a partir de ahora. Tú seguirás trabajando en los sistemas informáticos de palacio y...". Se interrumpió.

"Nada más personal que eso", dijo Sophie con voz llana.

"En efecto. Entonces... es que..." De nuevo, se interrumpió con una incertidumbre poco habitual en él.

"Está bien", dijo entre dientes, tratando de contener su rabia, que por el momento enmascaraba su sentimiento de pérdida. Era evidente que él no había escuchado nada de lo que ella le había dicho la noche anterior. Se había convertido en un monarca de cartón. Ella sintió que la ira surgía en su interior. "¿Eso es todo?"

"Sí."

La habitación estaba caliente, el zumbido de los ventiladores de techo no parecía hacer nada para agitar el aire. Tenía que salir de allí. Se levantó y cogió su portátil.

"Una cosa más, Sophie."

Se detuvo pero no se dio la vuelta.

"Encuétrame una esposa. Rápido. Necesito la lista final de candidatas en mi escritorio mañana por la mañana".

"¿Candidatos?" Respiró hondo, pero no sirvió de nada para controlar el tumulto de emociones. Se dio la vuelta lentamente. "¿Candidatas?", repitió. "¿Te refieres a la lista de mujeres que deseas considerar para casarte?"

"Sí, por supuesto".

Algo en ella se rompió. "¡Malek! Hablas de una *esposa* como candidata, *odias a* tu madre, y estás cortando lo único real que te ha tocado, muerto como una piedra, antes de que tenga la oportunidad de vivir. Y eso está bien. Créeme, yo también tengo otras prioridades. Pero..." Hizo

una pausa, detenida por la fría mirada de él. Cerró los ojos contra el frío y recordó el calor de su pasión la noche anterior. Le dio valor para continuar, para decir la verdad. "Pero", repitió con más firmeza, abriendo los ojos una vez más. "No puedes seguir haciendo esto". Se mordió el labio. Esto era ridículo, ¿quién era ella para sermonear al príncipe heredero? "Lo siento, yo..."

"¿Haciendo qué?" Una mirada a Malek y pudo ver que estaba realmente perplejo.

"¿De verdad no lo sabes?"

"No, si no, no lo habría preguntado".

"Estás alejando cualquier cosa, a *cualquiera*", se corrigió, "que te toque, cualquier cosa que sea personal. Incluida tu familia. No es bueno para ti, y no es bueno para tu país".

"¿Es eso cierto? ¿Y qué consideras que debo hacer al respecto?" Sus palabras eran frías, pero ella no iba a detenerse ahora.

"Sí, *está* bien. Y deberías empezar con tu madre. Todos ustedes están corriendo asustados porque ella quiere aferrarse al poder que siempre ha tenido. Pero ella ama al país. Eso está claro por lo que ha estado diciendo públicamente. Y tú también. Así que, ¿por qué no trabajar juntos? Sanar la brecha. Compensarla. Ponla de tu lado".

"¿Llevas aquí un par de semanas y crees que sabes las cosas mejor que mi visir o que yo mismo?"

Levantó la barbilla desafiante. "Sí, lo hago. Soy analista, analizo cosas. A eso me dedico. Y soy *de* fuera y cuando estás fuera a menudo puedes ver las cosas con más claridad que cuando estás inmerso en ellas".

Malek apretó los dientes, pero no la contradijo. "¿Algo más que quieras aconsejarme ya que estás en racha? ¿Te importaría decirme que no debería aceptar un matrimonio concertado?"

"Sí, la verdad es que sí. Deberías casarte con quien te guste. Casarte con una mujer de una facción u otra sólo alienará a las demás. Cástate por amor, muéstrate como un hombre de verdad, con sentimientos de verdad, y la gente te querrá. Y con amor puedes hacer cualquier cosa".

"Incluso poner orden en un país sumido en el caos", dijo en tono jocoso. "Sophie, ojalá fuera tan fácil".

"Lo es. Empieza por arreglarlo con tu madre".

"¿Por qué estás tan preocupado por mi madre?"

Aspiró entrecortadamente y se acercó a la puerta, la rabia y la emoción y la falta de aire la hacían sentir como si se estuviera asfixiando. "Porque *tienes* una madre. Apréciala. Qué no daría yo por..." Se detuvo de repente, pues sus emociones amenazaban con desbordarla.

"¿Sophie?" Le oyó caminar detrás de ella.

Se volvió hacia él, incapaz de contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. "Lo que daría por tener a mi madre viva unos días más, unos meses más...". Sacudió la cabeza, incapaz de continuar, y abrió la puerta y salió rápidamente, pasando ante la mirada curiosa de su personal, acelerando el paso al oírle pronunciar su nombre una vez más.

Tenía que salir de allí. Sentía que no podía respirar en el palacio. Allá donde iba, alguien la observaba. Dondequiera que salía, oía el murmullo de voces que sin duda cotilleaban sobre ella, conjeturando sobre lo que hacía allí y con quién lo hacía. Sacudió la cabeza, tratando de librarse de esta nueva paranoia. Probablemente estaban hablando del tiempo. Miró al azul inmutable del cielo abrasado por el sol y sacudió la cabeza. El tiempo nunca variaba. No, no hablaban del tiempo... Hablaban de la mujer cuyo trabajo les ponía los pelos de punta, y cuya vida privada su hiperactiva imaginación había llenado sin duda de actos alejados de la realidad. A pesar de lo que su cuerpo traidor pudiera desear.

Abrió de un empujón la pequeña ventana que daba a la ciudad. Se sentía como Rapunzel atrapada en un edificio medieval sin nadie que la rescatara. Cerró las ventanas de golpe. Ella no era medieval. Nunca había sido una persona que se echara atrás a la hora de avanzar. Tenía iniciativa. Y la usaría. Se iría.

Abrió su armario y eligió una abaya y un hiyab.

Media hora más tarde, con las gafas de sol bien puestas, abrió la puerta sin hacer ruido y salió. Pasó por delante de la oficina abierta. Varias personas la saludaron con la cabeza, pero era evidente que no sabían quién era. Atravesó el palacio y salió al exterior.

MALEK SE PASEABA por el suelo de la oficina, frenético. El personal se arremolinaba a su alrededor, algunos gritando, otros hablando por teléfono, en voz alta y con urgencia.

"¡Encuéntrenla, sólo encuéntrenla! No puede haberse evaporado en el aire".

"Un guardia dijo que alguien de la estatura de Sophie acababa de salir, con abaya, hiyab y gafas de sol. Supuso que era..."

"¿De qué color era la abaya?"

"Azul oscuro".

Apartó la mirada para ocultar su reacción. Recordó que había encargado una abaya azul noche para Sophie.

"¡Encuéntrenla!" Salió a la terraza y se agarró a la piedra caliente. "Sophie, ¿dónde estás?", susurró, mientras sus ojos buscaban entre los tejados desiguales de la ciudad.

Sophie se escabulló del recinto del palacio, sin ser vista por el personal. No miró a derecha ni a izquierda, siguió caminando por la amplia avenida, animada por una mezcla de rabia y pena. ¿Cómo *podía* despedirla así de su vida, después de lo que habían vivido la noche anterior? *Aquello no había* sido maquillado por la multitud; había sido genuino. Ella lo sabía, lo sentía, en cada fibra de su ser. ¿En qué estaba pensando para confiar tanto en sus consejeros? ¿Tan desconfiado de sus propias emociones? ¿Qué demonios le había pasado para que no creyera en ellos?

Su abaya se enganchó en un trozo de piedra que sobresalía de un viejo edificio, lo que la hizo detenerse un momento. Cuando tiró de ella, miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? Se giró para ver el palacio que se alzaba sobre ella y, por encima, las montañas de color pardo que rodeaban la ciudad en semicírculo. A su derecha, el bullicioso caos de un bazar. Podía prescindir de eso. Pero a su izquierda había una carretera que se curvaba cuesta abajo. No podía ver adónde iba, pero lo sabía por el olor. Instintivamente, respiró hondo. El olor salado del mar se mezclaba con el polvo abrasador y el aroma picante de la comida que se cocinaba en los braseros del mercado situado a su derecha.

La calle por la que caminaba tenía altos muros detrás de los cuales se alzaban casas que, sin duda, habían sido hogares de ricos comerciantes, pero que ahora tenían un aire de dejadez y abandono. Por primera vez se dio cuenta de que la cal se estaba descascarillando y de que en los tejados asomaban nidos donde los pájaros se habían instalado. La ropa colgaba de los balcones y había carteles en árabe que informaban de lo que se podía encontrar en las improvisadas tiendas. Altas puertas arqueadas daban a patios en los que las mujeres trabajaban y los hombres jugaban a los dados y tomaban café. Un niño pequeño lanzó un balón medio inflado a la cuneta, derribando una cafetera ya rota a los pies de Sophie.

Sophie continuó rápidamente su camino. De alguna manera, la cafetera indeseada, las casas bonitas pero rotas, parecían representativas de este país. Antaño grandioso, ahora necesitado de dirección. Las únicas personas que parecían ocupadas eran las mujeres. Pasó por delante de un pequeño mercado en el que las mujeres -cubiertas de pies a cabeza con burkas negros y llevando niños pequeños- seleccionaban frutas, verduras y especias de vivos colores. Las impresiones de la que fue una gran ciudad pasaron por su mente como si estuviera viendo una película. Era incapaz de procesarlas, impulsada como estaba por la rabia: rabia por la intransigencia de Malek, rabia por la forma en que aún tenía a su madre, pero cómo se odiaban. Sólo unos meses más y

podría irse de aquí, abandonar este país de falsas esperanzas e ir adonde quisiera.

No fue hasta que llegó al final del camino, cuando se detuvo y se puso bajo un toldo, cuando se dio cuenta. No era rabia lo que sentía, era pena, pena de que él tuviera la madre que ella ya no tenía. Pensó que si corría y seguía corriendo, superaría el dolor de su amor y su pérdida. Pero seguía alcanzándola. Malek seguía recordándole lo que ella quería olvidar. Y más que eso, se había enamorado de él, y no quería enamorarse de nadie.

Sacudió la cabeza. Necesitaba seguir adelante, encontrar el aire fresco del mar. Miró a su alrededor y descubrió que el camino hacia el mar estaba bloqueado por un mercado en el que sólo parecía haber hombres. Al borde del mercado, los hombres bebían, fumaban y hablaban, pero parecían totalmente despreocupados. La llamaban al pasar, haciéndola caminar más deprisa.

A la derecha había una estrecha callejuela que desembocaba en el mar, así que se dirigió hacia ella. Estaba oscuro en la callejuela, pero podía ver el dique delante de ella, sobre el que salpicaba un rocío blanco en el cielo azul. Aceleró el paso. Pero entonces la luz se oscureció y las sombras oscuras de los hombres, fumando, sin hablar, se acercaron a ella. Recordó lo que Malek había dicho sobre el aumento del desempleo en los últimos años, que había dado lugar a disturbios y violencia. Se detuvo de repente, amenazada por su volumen y su silencio, se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos hasta la luz de la calle. Pero cuando salió vio que un pequeño grupo de hombres se separaba de los demás, sentados bajo una bruma de humo acre, y se dirigía hacia ella. Dio un paso atrás, en el camino de otros hombres. Giró en círculo y se encontró rodeada de hombres. No había ninguna mujer a la vista.

Se tapó la cara con el hiyab y bajó la mirada, recordando lo que Raisa le había aconsejado y esperando que se alejaran. Pero en lugar de eso, más gente parecía reunirse, los gritos aumentaron y alguien la agarró del brazo. Chilló y saltó, pero no tenía adónde ir.

"Assalamu alaykum", dijo, con la esperanza de que el cortés saludo islámico tuviera algo de influencia entre ellos, pero no hubo respuesta cortés, sólo risas. "Assalamu alaykum", repitió.

Entonces se oyó un grito y algunos policías se abrieron paso a empujones. La presencia de la policía debería haberla tranquilizado, pero no fue así. Parecían tan hoscos y desconfiados como los grupos de hombres que la miraban abiertamente.

Uno de los policías le ladró una pregunta en árabe. Era evidente que estaba al mando, pero ella no tenía ni idea de lo que le había preguntado.

"Lo siento..." Sacudió la cabeza.

Hubo un murmullo entre los hombres. El policía se acercó y le quitó las gafas de sol. "¿Qué haces aquí?", preguntó, esta vez en inglés.

"Sólo estoy paseando", dijo encogiéndose de hombros, tratando de parecer despreocupada.

"¿Caminando?" El oficial medio rió. "Nadie pasea por aquí, y menos una mujer occidental. Este zoco es sólo para hombres". Murmuró algo en árabe a sus colegas. Se rieron y ella retrocedió ante sus caras burlonas.

Con un brazo de sus gafas de sol, la agente apartó insolentemente el pelo de Sophie y le levantó la barbilla. Ahora estaba cerca, demasiado cerca. Sus gruesos labios estaban húmedos y ella podía oler el ajo en su aliento.

"Estás muy lejos de casa, *habibti*". Había algo en el tono más grave de su voz que penetró en su miedo y le hizo darse cuenta del aprieto en que se encontraba.

"Trabajo en palacio. Trabajo para Su Alteza Real, el príncipe heredero". Se irguió hasta alcanzar toda su estatura, pero aún así tuvo que mirar a aquel hombre.

Levantó sus pobladas cejas con incredulidad. "¿El príncipe heredero?" Dirigió un chorro de

árabe a sus colegas. Se rieron. Luego se volvió hacia ella. "Si trabajaras para el príncipe heredero, de ninguna manera andarías por aquí sola. A menos" -sus ojos se entrecerraron- "que deseara hacerte daño".

Sacudió la cabeza. Su corazón palpitaba de miedo. "No, te equivocas". De repente recordó su teléfono móvil. Metió la mano en la bata y lo sacó. "¿Ves, aquí?" Blandió el teléfono hacia él como un salvavidas. "Sólo tienes que llamar y él te lo dirá".

La miró por primera vez con una interrogación en los ojos. Cogió su teléfono y, retorciéndolo entre las manos, se lo mostró a sus colegas, que asintieron. "Tienes un teléfono de gama alta. ¿Esto es para impresionarme?". Ella intentó devolverle el teléfono, pero él apartó la mano.

"Tengo al príncipe heredero en marcación rápida".

Resopló entre carcajadas y pulsó la marcación rápida mientras se la tendía a los demás. "El príncipe heredero en marcación rápida", dijo en inglés, riendo. Entonces oyó la voz de Malek respondiendo a la llamada. "¡Sophie!"

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y, si Sophie no hubiera estado tan asustada, se habría reído.

Se llevó el teléfono a la boca y estaba a punto de hablar cuando Sophie oyó de nuevo a Malek gritar su nombre. "¡Sophie! ¿Dónde estás?"

Aún más alarmado que antes, el policía le puso el teléfono en las manos.

"Malek", empezó ella. Luego miró al policía a los ojos. "¡Señor! Quiero decir Su Alteza Real..."

"Sophie, ¿estás bien? ¿Dónde estás?"

Le oyó dar órdenes a la gente en árabe mientras esperaba su respuesta.

"Estoy en el casco antiguo, cerca de la mezquita. En una especie de zoco sólo para hombres".

"¿Estás solo?"

"Sí. Quiero decir que *estoy* por mi cuenta, pero la policía está aquí y un montón de hombres se agolpan alrededor..."

"Mis hombres estarán con usted en breve. Ahora, déjeme hablar con el policía a cargo".

Hizo lo que él le decía y entregó el teléfono al policía que la había interrogado. Se acercó al teléfono tímidamente a la oreja. "¿Diga?" Hubo una pausa mientras escuchaba un aluvión de palabras de Malek. "Sí, Alteza Real". Otra pausa. "Por supuesto, Alteza Real. Inmediatamente. Comprendo".

Le pasó el teléfono a Sophie con mirada nerviosa.

"Sophie". La voz de Malek era más tranquila ahora, controlada, con el borde de pánico desaparecido de su voz. "Haz lo que dice el capitán. Quédate con él hasta que lleguen mis hombres". Se giró para que el hombre no pudiera verla. "¿Es seguro?", susurró.

"Más seguro que estar solo", dijo Malek con un claro escalofrío en la voz. "Quiero que sigas en la línea. Quiero que sigas hablando conmigo hasta que lleguen mis hombres".

Se lamió los labios, tratando de humedecer su boca seca, tratando de acallar el escalofrío de miedo que sus palabras le producían. "¿Estoy realmente en peligro, Malek?"

"Ya no."

"Lo siento", susurró.

"Sigue hablándome, Sophie".

"¿Qué quieres que te diga?"

"No importa. Sólo quiero oír tu voz. Dime cualquier cosa. Dime..." Hizo una pausa. "Háblame de tu vida en Inglaterra."

Miró ansiosa al capitán y al pequeño grupo de tres o cuatro policías que lo acompañaban, a los que la multitud empujaba para acercarse a ella. Las llamadas sonaban cada vez más fuerte. Estaban en árabe y ella no entendía el significado de las palabras, pero comprendía la amenaza que encerraban y estaba asustada.

"Háblame, Sophie." La voz de Malek llegó a través del teléfono una vez más.

Cerró los ojos con fuerza. "Vivía en un pequeño pueblo de Inglaterra. Mi padre murió cuando yo era joven. Mi madre me crió sola y tuvo dos trabajos para ahorrar el dinero necesario para enviarme a la universidad". Los gritos crecían, a medida que más gente salía para unirse a la reunión. Ella entornó los ojos y aspiró una fuerte bocanada de aire caliente que le abrasó los pulmones. "Entonces mi madre enfermó. Yo tenía dieciséis años. Hasta los dieciocho no nos dimos cuenta de lo que le pasaba. Tenía Alzheimer. Sólo tenía cincuenta años. Y no tenía a nadie más que a mí. Me quedé. No fui a la universidad. Y cuidé de mi madre. Y trabajé..." Apretó aún más los ojos a medida que las palabras y los recuerdos y sentimientos que evocaban se hacían más reales para ella que su entorno. Sollozó a medias. "¡Dios, cómo he trabajado! Leía, aprendía, cuidaba de mi madre. Y con el tiempo pude pagarle ayuda cuando empeoró. Y entonces llegó el final..."

"Continúa, Sophie", la voz de Malek era más suave ahora. "Cuéntame qué ha pasado".

Tragó saliva. "Había estado en el ordenador, trabajando con un plazo de entrega para un cliente y había olvidado que la enfermera ya se había ido. Debían de ser las siete de la tarde. Me habría dicho que se había ido, pero no la oí, estaba tan concentrada en lo que hacía. No sé qué fue lo primero que me hizo levantar la vista de mi trabajo. No creo que se oyera nada. No hubo ningún cambio, nada que me alertara de que algo era diferente, pero lo supe. Me sentí mal y me desconecté del ordenador. Luego me levanté y me dirigí a la habitación de mi madre y se había ido. Se le había parado el corazón. La enfermera no lo había visto venir. Y yo no había estado con ella al final. Murió sola". A Sophie se le quedó un sollozo en la garganta, pero continuó. Quería que él conociera el alcance de sus temores. "Y ahora estoy perdida. Y tengo tanto miedo. Tengo tanto miedo de volverme como mi madre, perdida...". Sus lágrimas se convirtieron en sollozos y no pudo continuar. Se llevó el teléfono a la cara, intentando tapar las lágrimas, intentando ocultar los sollozos, y entonces oyó su voz. Pensó que provenía del teléfono. Pero cuando sintió su mano en el hombro se dio cuenta de que estaba justo detrás de ella. Se dio la vuelta, él la estrechó entre sus brazos y ella sollozó mientras sus hombros los rodeaban, creando un escudo protector para que nadie pudiera verlos. Le acarició el pelo, la tranquilizó y le levantó la barbilla con el dedo.

"Sophie, está bien". Le quitó las lágrimas con los pulgares. "Está bien", dijo, más tranquilo ahora. "Ven, volvamos al palacio."

La ayudó a entrar por la puerta abierta de un todoterreno en el que Sophie no había reparado al llegar. Se sentó en el fresco coche con aire acondicionado y cerró los ojos contra el calor blanco, contra la multitud y el caos de la ciudad. Malek le cogió la mano y la estrechó con fuerza. "Te tengo a ti. No pasa nada".

Giró la cabeza hacia otro lado, con los ojos cerrados. Sus palabras y su tacto tranquilizador deberían haberla tranquilizado, pero no fue así. De algún modo, sintió lo contrario. Sentía que nada volvería a estar bien.

AGOTADA POR LA tensión del zoco, los recuerdos de su madre y admitiendo finalmente sus

profundos temores de perder la razón, Sophie miró sin ver por la ventanilla, apenas consciente de que el todoterreno se había detenido junto a una entrada en la parte trasera del palacio, cerca de los aposentos privados del rey.

"Sophie, estamos aquí." La voz de Malek era suave, al igual que el apretón de su mano.

Se enfrentó a él por primera vez desde que había entrado en el coche y vio a Malek, el verdadero Malek... el hombre tras la máscara real.

Ella sonrió. "Gracias. Debería haberte escuchado. No debería haberme ido. Estaba..."

La detuvo el roce de su dedo índice contra sus labios mientras negaba con la cabeza. "No hace falta que me lo expliques. Lo comprendo. Créeme -dijo con sentimiento-, lo entiendo. Y soy yo quien debe disculparse. I-"

Pero antes de que pudiera continuar se abrieron sus puertas y Malek suspiró. "Te lo explicaré más tarde".

"No hace falta. Creo que ya se ha dicho todo". Balanceó las piernas y se puso en pie, balanceándose ligeramente bajo la ráfaga de calor.

"Sophie, para."

Se detuvo.

"Ven por aquí. Tenemos que hablar".

Ahora estaban solos en el pequeño patio. "¿Seguro que no queda nada de qué hablar?"

"He estado pensando... sobre lo que dijiste."

Y ella podía ver que lo había hecho. Lo veía en sus ojos. Le siguió hasta la puerta, que él le abrió. Incluso en este pequeño acto había un cambio.

En lugar de caminar por el gran vestíbulo hacia su suite de despachos, Malek se volvió y caminó por un pasillo más estrecho y de aspecto más doméstico hasta una pequeña y cómoda sala de estar de estilo occidental que daba al jardín al que fueron la primera noche de ella en palacio. Cerró la puerta tras ella. "Aquí ya no viene nadie. Mi abuela solía utilizarlo. A través de las ventanas podía ver lo que ocurría, quién entraba y salía, y convocaba a la gente cuando era necesario". Se rió entre dientes. "Incluso mi padre, que, a pesar de despotricar contra sus convocatorias, siempre iba".

Se volvió para mirarla por primera vez desde que había entrado en palacio. Abrió la boca para hablar, pero se acercó a ella, la cogió de la mano y la condujo a una silla. "Siéntate, Sophie. Tienes un aspecto horrible".

Sonrió con desgana. "Gracias por el cumplido". Se sentó en uno de los sillones florales de estilo inglés y esperó a que él dijera lo que tuviera que decir. No cambiaría nada. Nada lo haría. Pronto sería rey, y ella nunca encajaría en su vida. No importaban sus sentimientos hacia él. Ni lo que él sintiera por ella, aunque no se creía que él sintiera algo más que una atracción superficial.

"Ese es tu problema, Sophie. Siempre le quitas importancia a la verdad. Pero ahora estás en Sumaira, y quitarle importancia a la verdad puede ponerte en peligro aquí". Se sentó en el brazo del sofá.

"Lo entiendo, Su Alteza Real. Lo comprendo. Antes no, pero ahora sí".

"¿Cómo es que cuando *deberías* llamarme Alteza Real me llamas Malek, y ahora que nos estamos conociendo me llamas Alteza Real en vez de mi nombre?"

Se encogió de hombros. "Al contrario, supongo".

Sacudió la cabeza. "Contrario o exasperante. Aún no he decidido cuál. De todos modos, ¿por qué dejaste el palacio?"

¿Debía decírselo? Era demasiado complicado. Demasiado personal. Mejor quedarse con alguna versión de la verdad. "Necesitaba respirar."

Suspiró. "¿Y no pudiste dentro del palacio?"

"No. Si quería más detalles tendría que trabajar por ellos."

"Así que te sentiste atrapado. Y sin duda nuestro encuentro no ayudó a las cosas. Lo siento si te molesté. No estoy en mi mejor momento cuando manejo cosas así".

"Cosas personales, querrás decir."

"Supongo que en parte por eso te traje aquí. Es el lugar *donde* 'respiro'. El lugar al que solía escapar cuando mis padres discutían. Se odiaban. No podía soportarlo".

"Así que te retiraste... con tu abuela."

"Sí, y luego, después de dejar Sumaira, supongo que simplemente me retiré y punto".

A Sophie le dolía el corazón por aquel niño sensible que primero encontró alivio en los brazos de su abuela y luego, mucho más tarde, en no sentir nada en absoluto.

Se acercó a una antigua mesa de roble en la que había viejas fotos familiares. Cogió una. "Mi tatarabuela". Le mostró a Sophie la fotografía en blanco y negro de una mujer europea, alta y delgada, vestida con ropas vaporosas y rodeada de beduinos. "Casi me había olvidado de ella. Era una de esas excéntricas inglesas victorianas que exploraron Oriente Próximo. Vino buscando la Ruta de las Especies y acabó casándose con mi tatarabuelo". Señaló los muebles, muy ingleses. "Todo esto procede de ella. Era todo un personaje".

Sophie le quitó la foto a Malek, examinando a esta valiente mujer que no había dejado que ningún límite la definiera. "¿Y alguna vez encontró la Ruta de las Especies?"

"Oh, sí. Ella restauró los edificios antiguos a lo largo de la ruta que atraviesa Sumaira. Fue uno de los muchos legados que dejó a este país. También restauró el antiguo castillo de Taba, al pie de las montañas. Se convirtió en el segundo hogar de nuestra familia".

Sophie se levantó y volvió a colocar la fotografía. "Todo lo que he visto del país son luchas, disensiones y... ordenadores. Un poco diferente a lo que ella vio, supongo".

"Entonces es hora de que lo veas. Yo mismo me encargaré de llevarte a Taba".

"Pero estás ocupado".

"Me vendría bien un recordatorio sobre este país, sobre su potencial, su historia. Sin embargo, no puedo garantizar que Mohammed esté contento".

"Si nos comportamos, sin duda lo verá como más oportunidades de fotos".

Malek sonrió cuando se acercó a ella y le apartó el pelo de la cara. "El problema es, Sophie, que no estoy seguro de poder comportarme cuando estoy contigo".

"Entonces te vas a meter en problemas, ¿no?"

"Eso parece". Extendió la mano y le acercó la cara con el suave toque de su dedo bajo la barbilla. "Nunca quise hacer nada de esto, sabes". Le cogió las mejillas con las manos y le acercó la cara a la suya. "Te contraté estrictamente por tus habilidades como analista. Pero de algún modo lo personal se ha interpuesto". Le apartó el pelo de la cara. El tacto de sus dedos hizo estragos en los latidos de su corazón. "Tú sientes lo mismo, ¿verdad?"

"Eso no es una pregunta, ¿verdad? Me estás diciendo lo que siento", bromeó.

"Ni se me ocurriría". Entrecerró los ojos. "Bueno, podría soñarlo. Pero sólo hay una forma de saberlo con seguridad".

Ella no podía moverse bajo su mirada ardiente. Antes de que pudiera hacer nada, él acortó la pequeña distancia que los separaba y la besó ligeramente en los labios. Pero no se apartó inmediatamente. Rozó sus labios con los de ella en otra breve caricia que hizo que todo se

detuviera. Sólo cuando se separó, ella jadeó.

"¿Por qué has hecho eso?", dijo, con voz ronca. "Aquí no hay periodistas, nadie a quien ver, nada que demostrar".

"Nada que demostrar a nadie, excepto a nosotros mismos".

"¿Y qué es exactamente lo que crees que has demostrado?"

Se acercó a ella y le cogió la mano, llevándosela brevemente a los labios antes de estudiar el dorso como si allí hubiera una respuesta. Levantó los ojos hacia ella y su estómago se revolvió de deseo. "No *creo*, lo sé. He demostrado que, de algún modo, sentimos algo el uno por el otro".

Ella retiró su mano de la de él. "Incluso si lo hubiéramos hecho, ¿qué diferencia habría? Somos de mundos diferentes y no tenemos futuro juntos".

"Mundos que han colisionado". Hizo una pausa. "Lo hemos hecho *ahora*, Sophie, eso es todo. ¿Es suficiente para ti?"

Tan cerca de él, con los ojos clavados en los suyos, aparentemente capaz de ver en lo más profundo de ella, no había forma de que pudiera decirle otra cosa que no fuera la verdad. Asintió con la cabeza, vacilante.

"Sophie, necesito ser claro. Tú y yo. Las próximas semanas hasta la coronación. Hasta que tenga que elegir esposa. Lo que tú quieras. Tu compañía, o más. Es tu elección".

"¿Mi elección? La verdad es *que* siento algo por ti, pero no puedo hacerlo". Ella negó con la cabeza, necesitando que él entendiera. "Me gustas, Malek, me gustas de verdad, pero no soy el tipo de persona que puede entregarse por el momento, sabiendo que ese momento terminará y no tendré nada". Se encogió de hombros con impotencia. "Simplemente no soy así".

Gruñó de frustración, pero sonrió. "Y es *a ti a* quien quiero. Así que si se trata de una relación laboral, que así sea. Sin embargo, sería negligente por mi parte, como tu empleador, mantenerte atrapada entre los muros de palacio. Creo que dejar respirar a mi personal es una parte esencial de mis deberes como empleador".

"Mm, respirar es bueno". Sobre todo cuando estaba tan cerca de él y podía inhalar el calor masculino de su piel.

"Te llevaré a Taba, entonces, tan pronto como pueda hacer tiempo."

"Pero recuerda que esto tiene que ser sólo negocios. No soy el tipo de mujer que puede sentir algo durante un rato y luego apagarlo. No tengo experiencia en ese tipo de cosas. He llevado una vida tranquila y poco sofisticada".

"Yo no diría que encender y apagar tus sentimientos sea sofisticado. Sin embargo, te entiendo. Si quieres negocios, entonces haré de nuestro viaje un negocio, sólo para ti. Y entonces..."

Ella enarcó una ceja, incapaz de apartarse de su mirada. "¿Y después?"

Entrelazó sus dedos con los de ella y le agarró la mano con fuerza. Ella no podría haber escapado, aunque hubiera querido. Y no lo hizo.

"Y luego, ya veremos..."

El primer día tras la huida de Sophie a la ciudad había ido bien. No había pasado tiempo a solas con Malek, y todo se había mantenido a un nivel totalmente profesional. Se había sentido aliviada.

El segundo día, Sophie había trabajado la mayor parte del tiempo sola y sólo había tenido una reunión en la que había estado Malek. Pero en la reunión había mucha gente y no había tenido ocasión de hablar directamente con él. Y parecía que sus tardes ya no eran suyas y ella no había recibido ninguna invitación para reunirse con él.

Era el final de la tarde del tercer día cuando recibió el correo electrónico. Era típico de Malek. Corto, directo e irresistible.

Mañana iremos a Taba. Negocios... por supuesto.

Por supuesto, contestó y cerró el portátil.

Se sintió inquieta y salió, no hacia su habitación, sino hacia los jardines más antiguos, saludando con la cabeza a los jardineros que ya le resultaban familiares. Se detuvo junto a un muro casi sumergido por una colorida enredadera y se inclinó para oler una flor, acariciando sus aterciopelados pétalos, antes de volver a pisar el sendero y cruzarse directamente con Malek y uno de sus hombres. Se detuvo de inmediato, con la sorpresa evidente en su rostro.

"¡Sophie!"

"¡Malek!"

El consejero se inclinó ante Malek, murmuró alguna excusa y siguió caminando.

"¿Vendrás entonces, a Taba?"

"Sí."

"Habrá una reunión, por supuesto".

"Por supuesto. De repente se quedó sin aliento.

"¿Qué estabas haciendo detrás de la pared?" Sonrió. "¿Esperando para saltar sobre mí?"

Sonrió y levantó una flor que había recogido del suelo. "Admirando las flores. Son tan exóticas, tan exuberantes, tan diferentes a las flores que tenemos en Inglaterra".

"Hermosa", murmuró, pero sus ojos no estaban en la flor.

Se sonrojó y miró la flor, haciéndola girar entre sus dedos. "Sí, lo es. Respiró hondo y miró a unos ojos azules que seguían fijos en ella. Su boca era una línea de determinación, sus manos metidas en los bolsillos del pantalón. Fue todo lo que pudo hacer para no alargar la mano y pasar el dedo por esa línea firme, relajarla para preparar sus propios labios. Suspiró con dificultad

mientras intentaba contener sus pensamientos desenfrenados. ¿Qué demonios estaba pasando? Al principio de la semana había insistido en que no quería tener con Malek más relación que la profesional. Ahora se comportaba -al menos en su mente, y esperaba que siguiera siendo así- como una mujer privada de sexo. Lo cual, pensó distraídamente, suponía que era.

"Ha habido un cambio de planes", dijo Malek bruscamente. La rodeó, pero ella permaneció inmóvil, congelada bajo su mirada ardiente. Sentía que él podía hacer lo que quisiera con ella en ese momento y ella no ofrecería ninguna resistencia.

"¿Sí?", dijo débilmente.

"Los planes para mañana se cancelan".

Se giró para mirarle, sin darse cuenta de que estaba tan cerca de ella. Sus ojos eran cálidos. ¿Cómo había podido pensar que eran fríos? "¿No vamos a ir?" Se sintió amargamente decepcionada. ¿Acaso este encuentro fortuito le había hecho desistir de estar con ella?

"Oh", dijo, mientras su mirada recorría su pelo, sus ojos, antes de posarse en sus labios. "Nos vamos. Pero no puedo esperar hasta mañana. Ahora vete, vuelve a tu habitación y haz las maletas. Nos vamos esta noche".

"¿Pero qué pasa con la cena del embajador?"

"Me tendrán durante meses, pero esta noche quiero estar a solas contigo".

Sus palabras la estremecieron. "Espero que no esperes demasiado de mí", dijo Sophie.

"No espero otra cosa que tu compañía".

Se alejó un paso y luego otro. "Vete. Te veré en la parte trasera del palacio dentro de una hora". Se alejó, dejando a Sophie sin aliento mientras ella también se daba la vuelta y caminaba rápidamente hacia su habitación. A pesar de todos los argumentos racionales que se daba a sí misma y a Malek, no podía evitar precipitarse en lo que fuera que Malek había planeado, como tampoco podía negar el hecho de que respiraba.

MALEK SE DIRIGIÓ a paso ligero al despacho para informar a su personal del cambio de planes de última hora. Era consciente de que había mentido a Sophie. Puede que no esperara nada de ella, pero esperaba...

UNA HORA y media más tarde ya estaban lejos de la ciudad. Malek pisó el acelerador y el todoterreno salió disparado hacia las montañas, en un desierto cada vez más oscuro.

"Me sorprendes", dijo Sophie.

"¿Mi conducción? Me temo que sólo conduzco rápido y paro".

"No, no me sorprende. Me sorprende que estemos solos. Sin guardias en el asiento trasero, intentando evitar escuchar nuestra conversación. Nadie que actúe como mi escolta, para asegurarse de que se mantiene nuestra respetabilidad".

"¿Necesitas guardias para eso?"

"Por supuesto que no. Pero su Visir parece creer que sí".

"Él no está aquí. Y me aseguraré de que no te pase nada".

"Me he dado cuenta de que no has dicho nada de proteger mi reputación", dijo secamente.

Las manos de Malek agarraron el volante con más fuerza mientras sus ojos se entrecerraban en la distancia. "Ya lo creo. Además, no estamos solos. No del todo".

"¿No?" Sophie miró detrás de su asiento. "¿Están acurrucados en el maletero?"

Sonrió. "No creo que quepan mis guardias. No, están en los vehículos de atrás".

"¿Dónde? No los veo".

"No están lejos. En contacto por radio. Estarían aquí en unos momentos si los llamo. Pero, a menos que nos ataquen..."

"¿Es eso probable?", dijo Sophie, repentinamente ansiosa.

"No es probable. Pero no es desconocido. Todavía hay quienes no quieren verme en el trono. Y los que quieren forzar mi mano y cambiar mis políticas. A menos que tengamos que enfrentarnos a una amenaza así, no les llamaré". La miró. "Quiero estar a solas contigo. Sabes que puedes confiar en mí. Tengo las manos en el volante y tenemos poco tiempo para hablar".

"Qué bonito". Y eso era el eufemismo del año. Se estaba enamorando de un hombre que lo tenía todo y saber que había dejado de lado su bien máspreciado, el tiempo, para centrarse en ella no sólo era halagador, sino positivamente seductor.

"Sólo es agradable si no me haces hablar de negocios."

Intentó disimular su sonrisa mirando por la ventanilla los kilómetros y kilómetros de rico y dorado vacío bordeado de altas montañas. "No lo haré. Háblame de adónde vamos".

"Vamos a Taba. Es todo recto. ¿Ves la mancha más oscura en las estribaciones de las montañas? Eso es Taba".

Sophie se puso las gafas de sol en la cabeza y miró a lo lejos. Y efectivamente, la mancha oscura se estaba convirtiendo en una muralla rodeada de árboles que se adentraban en las montañas que había detrás. "¿Los árboles siguen un río por detrás?"

"Sí. La Ruta de las Especies continúa por un puerto de montaña hasta otra provincia de Sumaira, la del pueblo de mi tatarabuelo, que era un país aparte. Al principio, Taba era un pequeño asentamiento donde había que pagar peaje para pasar. Aquí fue a parar mi tatarabuela inglesa".

"Estoy deseando verlo. He leído algo sobre él en las guías".

"Te mostraré lo que las guías no conocen".

Por alguna razón, Sophie imaginó cosas totalmente inapropiadas. Cosas relacionadas con Malek. Cosas personales. Se aclaró la garganta y le lanzó una rápida mirada. La comisura de sus labios se había torcido hacia arriba. Parecía que no era la única con pensamientos caprichosos.

Miró por el retrovisor y vio que los dos todoterrenos la seguían a una discreta distancia. Se alegró de que no estuvieran lejos. Un recordatorio de que ambos debían comportarse. Él, por el futuro de su país, y ella, por su propia cordura.

"Falta un cuarto de hora para llegar. Háblame, háblame de ti. Cuéntame esas cosas que me dijiste por teléfono cuando fuiste a la ciudad".

Sophie cruzó los brazos sobre el regazo, repentinamente a la defensiva. "No le he contado esas cosas a nadie antes".

"¿De verdad? ¿Por qué no?"

Se encogió de hombros, con la mirada fija en el palacio, que cada vez se hacía más grande. "Nadie a quien contárselo realmente. Además, es demasiado personal. Nunca te lo habría contado si las circunstancias hubieran sido otras".

Malek guardó silencio un momento. "Debe haber sido difícil para ti".

"En realidad no. Era mi madre. La quise y la cuidé hasta el final. Lo difícil es no tenerla conmigo. Siempre quise viajar, pero ahora que se ha ido, viajo simplemente porque no podría soportar estar en Inglaterra sin ella".

Malek guardó silencio un momento. "¿Alguna otra razón por la que quieras seguir viajando?"

"Para ver mundo, supongo. Pero eso es secundario".

"Hm... y sigues adelante antes de que puedas formar cualquier vínculo con la gente, cualquier cosa que pueda herirte de nuevo".

"No es así". Sophie frunció el ceño mientras reflexionaba sobre lo que él había dicho.

"Lo siento, simplemente una suposición. De todos modos, tu madre fue una mujer afortunada al tener una hija como tú. Háblame de ella".

Poco a poco, Sophie se olvidó de la desconcertante sugerencia de Malek y se relajó cuando empezó a describirle a su madre y su mundo.

MALEK ASPIRÓ PROFUNDAMENTE su perfume y dejó que le llenara. El olor de ella, su presencia, le llegaba como nunca lo había hecho nadie. Nunca había sentido algo así por nadie, ni siquiera por Veronique. Como juez del más alto tribunal de la Unión Europea, el Tribunal de Justicia de Bruselas, Veronique tenía que mantenerlo en secreto a él, diez años menor que ella, durante sus seis años de mandato. Y desde que había tomado el relevo de su hermano como príncipe heredero, no había forma de que tuvieran futuro. La última vez que vio a Veronique fue en París. Había sido triste, por supuesto, pero más bien había sentido rabia por tener que renunciar a ella. Miró a Sophie. Lo que sentía por ella ahora, después de tan poco tiempo, era muy distinto de lo que había sentido por Veronique.

Escuchó a Sophie hablar de su madre y de su vida en común en un pequeño pueblo de Inglaterra. No podía imaginarse una vida tan tranquila, tan *real*. Las palabras de amor y respeto de Sophie le llenaron de una sensación de paz que había faltado en su vida desde que tenía memoria. Levantó un poco el pie del acelerador, dejando que el todoterreno redujera la velocidad. La verdad era que no quería que el viaje terminara nunca.

UNA VEZ atravesadas las grandes puertas de madera, Malek se detuvo ante una dependencia. Saltó y le abrió la puerta.

"¿No debería estar haciendo eso por ti?" preguntó Sophie.

Sacudió la cabeza. "Desde luego que no. Puede que esté a punto de ser coronado rey, pero espero no haber olvidado cómo tratar a una dama".

"¡Vaya! He ascendido en el mundo. Creía que era tu empleado".

"Esta noche no. Esta noche, eres mi invitado". Me tendió la mano. "Por aquí. Primero te enseñaré el wadi".

Atravesaron una pequeña arboleda de tamariscos por una pequeña pendiente. El aire cambió al salir y ante ellos había un pequeño lago, el reflejo de la luz de la luna firme en su superficie.

Sophie jadeó. "Esto es hermoso".

La cogió de la mano y le pareció lo más natural del mundo. "Ven, vamos a caminar alrededor".

Miró con satisfacción la pequeña bahía sobre la que se había erigido una plataforma de madera. En el centro había una mesa y dos sillas. La mesa tenía preparada cena para dos. Todo estaba dispuesto como él había pedido.

Sophie silbó por lo bajo. "Has pensado en todo".

"Si esta noche es todo lo que tengo que pasar contigo, quiero que sea bien. Ven, ponte en la cubierta, desde allí tendrás la mejor vista del palacio".

Malek siguió la mirada de Sophie hacia el antiguo palacio, iluminado por los focos.

"Malek", jadeó. "Esto parece sacado de un cuento de hadas".

"Um", estuvo de acuerdo, pero no miraba al palacio, no podía apartar los ojos de ella. "Un cuento de hadas es exactamente como lo llamaba mi tatarabuela en su diario. Claro que ella no lo vio bajo la luz eléctrica. Mi padre las instaló al principio de su reinado".

"Bueno, es verdad. Este es el lugar más increíble que he visto".

"Hay muchos más lugares de este tipo escondidos en mi país. Pero siguen siendo secretos. Creo que eres el primer europeo que pone los ojos en este lugar en generaciones".

El rostro expresivo de Sophie estaba lleno de asombro. "Gracias por enseñármelo. Me siento honrada".

La estrechó entre sus brazos y le cogió suavemente las manos. Quería decirle que era *ella* quien lo hacía mágico. Quería estrecharla entre sus brazos y mostrarle lo que sentía. En lugar de eso, dejó caer sus manos. "Ven, debes tener hambre, vamos a comer".

Caminaron hasta la mesa, Sophie la miraba de un lado a otro y él la miraba a ella. Él le acercó la silla y ella se sentó, la seda de su abaya rozándole la mano. Él la rodeó brevemente con la mano, dejando que se deslizara entre sus dedos.

Caminó por el otro lado y sirvió dos vasos de agua mientras Sophie cogía las tapas de los platos, que estaban colocados a lo largo de la mesa baja. Cuando se sentó enfrente, miró a su alrededor con satisfacción. Su personal había hecho lo que le había ordenado, había colocado los platos y luego había regresado al palacio, dejando el oasis para ellos dos solos. El palacio vendría después.

Mientras Sophie levantaba las tapas, él le describía cada uno de los platos. Ella olfateó agradecida los diferentes aromas. El delicado perfil de Sophie estaba iluminado por las suaves luces albaricoque del castillo y las velas parpadeantes a lo largo de la mesa. "Tantos platos. ¿Es habitual?"

"Es una muestra de las distintas especialidades de mi país. Esta noche es una muestra de lo que mi país puede ofrecer".

Cogió las cucharas y empezó a servir una selección en dos platos. Le pasó uno. "Permitidme, Alteza Real", dijo con una sonrisa.

Sacudió la cabeza. "Tan contrario. Quizá debería insistir en que siempre me llames así, para que me llames Malek".

"Vale la pena intentarlo". Tomó un bocado de comida, cerró los ojos y gimió ligeramente. Cuando abrió los ojos, el vaso de agua de Malek estaba a medio camino de la mesa, con los ojos fijos en ella.

"Es encantador", dijo poniendo el tenedor en su plato, como si de repente se sintiera avergonzada. "¿Puedo servirte algo más?"

Apartó la mirada y volvió a colocar su vaso con exagerado cuidado. "Estás actuando de una manera muy tradicional, Sophie".

Sonrió. "No puedo tener al Príncipe Heredero de Sumaira ayudando a su asistente con la comida".

Sabía que le estaba tomando el pelo, pero no se sintió inclinado a responder con humor. "Ya no te considero mi ayudante. ¿No lo entiendes?"

Se recostó en la silla acolchada. "Entiendo, pero también entiendo cuando algo no puede ser. Y esto no puede ser. Soy tu ayudante, pero sólo por muy poco tiempo. Luego me iré".

"No, ahora no eres mi asistente. Esta noche eres mi invitado de honor".

Frunce el ceño. "No puedo ser las dos cosas".

"*Puedes* ser ambas cosas".

"No estoy de acuerdo. Aunque no fuera un asalariado, sólo podría ser tu invitado de honor en privado. No hay futuro para nosotros".

Suspiró y apartó el plato. De alguna manera había perdido el apetito por la comida. "¿Quién de nosotros puede decir que tiene futuro?". Se encogió de hombros. "¿Y yo? Mañana podrían matarme mis enemigos". No debería haberle calentado tanto la cara de horror de Sophie, pero no pudo evitarlo.

"Eso no pasará, ¿verdad?"

Debería haberla tranquilizado, pero no quería que su expresión de preocupación desapareciera demasiado rápido. No era mucho, pero demostraba que él le importaba de alguna manera. "Espero sinceramente que no. Pero nadie sabe lo que nos depara el futuro. Y es muy probable que la muerte de mi padre se debiera a causas no naturales. El informe de la autopsia no fue concluyente. Esta parte del mundo es inestable, podría pasar cualquier cosa".

Sophie se inclinó hacia él, con ojos calientes y urgentes. "Deberías irte. Volver a Europa. Dejar que tu madre u otro pariente gobierne el país. Tú mismo dijiste que no querías ser rey. Vete, coge el próximo vuelo que salga de aquí y estarás a salvo en Europa".

"¿Seguro que ya me entiendes mejor? No puedo irme de aquí. Me he comprometido a esto y lo llevaré a cabo. Mi pueblo me necesita para traer estabilidad y prosperidad al país. Tú mismo has visto cuánto trabajo se necesita. Si mi hermano estuviera aquí las cosas serían diferentes. Pero no está". Malek no pudo evitar que un tono sombrío entrara en su voz. Ahora estaba enfadado consigo mismo. La había traído aquí para pasar tiempo con ella, para seducirla si estaba dispuesta. No para discutir con ella. ¿Cómo habían salido las cosas tan mal? Pero en el fondo lo sabía. Sabía que no podía seducirla porque no era como ninguna de las otras mujeres que había conocido. "Lo siento, Sophie. No era mi intención que discutiéramos. Ven, termina de comer y te enseñaré el castillo".

Apretó los labios y sonrió, una breve y rápida sonrisa que mostraba que la tensión y la preocupación seguían ahí. Preocupación por él, se dio cuenta. Cuando le mostró un plato de apetitoso color y aroma y ella se sirvió un poco, se dio cuenta de repente. Nadie se había preocupado tanto por él desde que era un niño y su abuela cuidaba de él. La gente de la que se había rodeado estaba demasiado absorta en sus propias vidas como para preocuparse por la suya. Pero no podía culparles. Siempre había sido el fuerte, el independiente, el que apoyaba y al que no hacía falta apoyar. Y lo seguía siendo. Entonces, ¿cómo es que esta mujer inglesa podía ver más allá de la coraza que había construido a su alrededor?

CUANDO SE LEVANTARON de la mesa, la luna estaba en lo alto del cielo, y no necesitaron otra luz para encontrar el camino alrededor del lago, hasta el castillo.

Cuando salieron de entre los árboles, Sophie levantó la vista, maravillada. Algunas partes del castillo estaban en ruinas, pero otras aún eran habitables.

"Ven, primero te enseñaré las ruinas. Y te contaré las historias que mi padre y su padre antes que él han contado".

Esta vez, ella le cogió la mano y él enroscó sus dedos alrededor de los suyos. En cuanto entraron en los edificios en ruinas, el ambiente cambió. Hacía más fresco entre las piedras parcialmente cubiertas de plantas trepadoras.

"¿Cuántos años tiene?" preguntó Sophie.

"Los arqueólogos han datado las rocas siglos antes de la llegada de los romanos. Pero los

relatos beduinos son anteriores. Entonces era una aldea y un peaje para los viajeros de la Ruta del Incienso, que precedió a la Ruta de las Especies. Cuando los romanos tomaron el poder, se convirtió en un lugar de paso para sus soldados. Está a medio camino entre el Mediterráneo y el mar Árabe. Siempre ha sido un lugar estratégico, hasta ahora. Ahora no es más que una ruina. Pero", añadió, "también es una ruina con historias".

"Suena intrigante. Cuéntalo".

"Hay muchas historias: historias de guerra, historias de paz, historias de amor".

Su mirada se fijó en la luz de la luna, en la salpicadura de estrellas, antes de posarse finalmente en el hombre que estaba a su lado. "Cuéntame una historia de amor".

"Debemos caminar hasta el primer piso para eso. Venid". Cogidos de la mano, subieron por una antigua escalera que serpenteaba y giraba hasta el primer piso, donde una habitación con torrecilla daba al uadi. "Mi abuelo me contó la historia de nuestro antepasado, que vivía en esta habitación y tenía problemas para encontrar esposa. Había rechazado a muchas y su propia familia le había rechazado a muchas. Y venía aquí desesperado para escapar de la presión. Entonces una mañana oyó cantar, y miró y vio a una hermosa mujer bañándose en el agua. Se enamoró. Y así fue como mi tatarabuelo se casó con los beduinos. Hay, por supuesto, más en esta historia, pero me temo que sería poco delicado".

Sophie no podía decir si era la voz de Malek, profunda y seductora como el terciopelo, o la brisa suave que soplaba en las ventanas en ruinas de la torreta, o tal vez algo más, algo necesitado dentro de ella, pero algo la había atrapado. Lo sintió en su piel, enrojecida y sensible. Lo sintió en el hormigueo de las yemas de los dedos y lo sintió en su interior. Todo se aceleró. Su corazón se aceleró, su respiración se aceleró y no podía apartar los ojos de Malek.

Estaba apartado de ella, con el perfil iluminado por los focos del exterior del castillo, pero el resto de su cuerpo en la sombra. Su mirada estaba fija en el exterior mientras relataba el viejo cuento beduino, con la mente en otra parte. Por una vez, la dura línea de sus labios se había suavizado. De repente dejaron de moverse y Sophie le miró a los ojos, unos ojos que ahora se dirigían a ella. El destello de luz plateada en la oscura profundidad de sus ojos hacía que su mirada fuera sobrenatural, irreal... y, sin embargo, aún más tentadora en su peligro.

"Sophie." Su voz era más ronca que antes. "¿Has oído una palabra de lo que he estado diciendo?"

Ella carraspeó y fue a darse la vuelta, pero él alargó la mano y la agarró del brazo antes de que pudiera moverse.

"¿Lo has hecho?"

"Por supuesto. Bueno, para empezar de todos modos y luego ... "

"¿Y después?"

"Mi mente divagó un poco".

"Ah. ¿Y en qué dirección, si puedo preguntar, vagó tu mente?"

Sacudió la cabeza. ¿Cómo iba a decirle que se había imaginado besándole? No quería seguir por ese camino. No podía, se dijo ferozmente. Volvió a sacudir la cabeza.

"Así que no quieres decírmelo". Dio un paso hacia ella, soltando su mano. "Entonces quizá tenga que adivinarlo". Le pasó los pulgares por los pómulos y le rodeó la cara con las manos. Ella no podía moverse, aunque su tacto era suave. Estaba hipnotizada por su mirada. "¿Te lo estabas imaginando? Bajó la cabeza y apretó los labios contra los suyos. Ella cerró los ojos y se abandonó al choque de su beso, tan íntimo, tan inesperado, como una llave girada que abría una sensualidad que no sabía que poseía. Él se apartó demasiado pronto.

Mantuvo los ojos cerrados. No quería que él viera cuánto lo deseaba. Porque no había manera de que pudiera actuar sobre sus sentimientos. Suspiró, abrió los ojos y se alejó. Caminó hacia la puerta y se detuvo. Él no se había movido. No se volvió. Si lo veía, se desanimaría. "Malek... quiera lo que quiera, sienta lo que sienta, no puedo..."

"Por supuesto. Tampoco debería desearte, no debería esperar... Sophie, hay tantos 'no debería' pero el hecho es que te deseo. Y la razón no tiene nada que ver".

Permanecieron juntos, sin hablar; el único sonido era el repiqueteo de las palmas; el único movimiento, el revoloteo y el vuelo en picado de un murciélago que proyectaba una sombra entre ellos y la luna.

"Lo siento..."

Bajó corriendo las escaleras, intentando reprimir las lágrimas que le punzaban y el sollozo que hacía todo lo posible por subir a su garganta. Dudó al darse cuenta de que no tenía adónde ir.

La siguió al exterior y se detuvo, la miró escrutadoramente a los ojos, pero no le tendió la mano. "Creo que es hora de retirarse. Te acompaño a tu habitación".

Caminaron en silencio, uno al lado del otro, ambos perdidos en sus propios pensamientos y deseos, hasta que llegaron a la parte del castillo que había sido rescatada por los antepasados de Malek. Cuando él empujó la pesada puerta de madera, Sophie pudo ver enseguida la influencia de su tatarabuela inglesa. Le recordó el interior de uno de los grandes monasterios británicos - suelos de madera, paredes enlucidas de adobe, enormes vigas de madera oscura y una chimenea de gran tamaño-, salvo por las tradicionales alfombras beduinas del suelo y los trofeos de caza de la pared.

Pero Malek no se detuvo ahí. La condujo por unas escaleras hasta un gran rellano desde el que se abrían varias habitaciones. Le indicó una de ellas. "Ésta es tu habitación". Se apartó como si tratara de evitar tocarla poniendo espacio entre ellos.

"Buenas noches. Llama al personal -hay teléfonos en la habitación- si necesitas algo".

"Buenas noches, Malek. Y gracias por todo. Ha sido una noche que nunca olvidaré".

Se dio la vuelta rápidamente. Ella entró por la puerta, la cerró y se apoyó en ella, escuchando sus pasos en retirada.

Sacudió la cabeza, tratando de deshacerse de sentimientos no deseados, y se reprendió a sí misma. Estaba haciendo lo correcto, se repetía una y otra vez mientras se desnudaba, se ponía una bata y retiraba las sábanas de la cama. *Lo correcto...* Las palabras se perdieron en el silencio de la noche, sin dejar rastro.

Volvió a levantarse de la cama y se acercó a la ventana que daba al oasis. Podía decir lo que quisiera, pero no *le parecía que estuviera* haciendo lo correcto al mantenerlo alejado. Pensó en sus palabras sobre la incertidumbre del futuro. El futuro de ambos. ¿Lo volvería a ver después de su estancia aquí? Por supuesto que no. No se movían en los mismos círculos. No, sólo tenía una oportunidad de hacer lo que su cuerpo le pedía con tanta urgencia. Y era ahora. Ahora o nunca.

Malek puso la ducha a máxima potencia, necesitaba que los chorros urticantes convencieran a su cuerpo de que no estaba excitado. No lo consiguió. De repente, sintió una punzada en la espalda y cerró la ducha de golpe. ¿Qué había pasado? ¿Algún movimiento en su dormitorio? Había guardias apostados discretamente alrededor del antiguo palacio, y los más avanzados activadores de seguridad les alertaban de cualquiera que se acercara al oasis. Nadie podría haber entrado en esta ala del palacio sin que él o los guardias lo supieran.

Salió tranquilamente de la ducha, se ató una toalla a la cintura y abrió la puerta del dormitorio. Estaba oscuro. No se había molestado en encender la luz después de volver a la habitación. Pero la luna había salido más alta y, a pesar de su delgadez, su luz y la de las estrellas brillaban a través de las cortinas vaporosas que deberían haber estado inmóviles. Pero no lo estaban.

La puerta del pasillo estaba abierta hacia el rellano, creando una brisa cruzada que hacía volar las cortinas y revoloteaba alrededor de una figura, la figura de una mujer. Sabía quién era sin tener que ver los detalles de su rostro. Podía oler la fresca fragancia de su perfume, conocía su silueta, que había perseguido su visión mucho después de haberla dejado. Así había sido durante semanas.

"Malek..." Su voz suave y tentativa burló sus sentidos.

Caminó hacia ella antes de que pudiera irse, antes de que pudiera cambiar de opinión.

Le puso las manos en los brazos, primero planas y luego, cuando se hubo cerciorado de que no era un espejismo, enroscó los dedos alrededor de sus delgados brazos y la abrazó. Estaba aquí y no quería que se fuera.

"Has venido".

Vio la sombra del trago nervioso antes de que ella asintiera. "I-"

No quería oír lo que ella iba a decir. No quería arriesgarse a perderla. Y la mejor manera que conocía de hacerlo era mostrarle lo innecesarias que eran las palabras.

Al principio se lo tomó con calma. Quería saborear aquellos labios que tanto le había costado ignorar desde que la había visto por primera vez. Sus otros besos habían sido demasiado breves, meros aperitivos de lo que estaba por venir. Pero esta vez no. Sus labios eran tan suaves y dóciles como parecían. No era ajeno a los besos y, sin embargo, por primera vez, era como si no existiera nada más que sus labios, moviéndose, saboreándose, explorándose suavemente.

Fue Sophie la primera en romper el hechizo. De repente, sintió la presión de sus manos alrededor de su espalda, aún húmeda por la ducha, rozándole los omóplatos antes de descender hasta su cintura. Gimió de placer al sentir sus dedos explorando su cuerpo y deslizó la lengua en su boca. Necesitaba saborearla. Necesitaba probarla entera. Ella respiró agitadamente antes de deslizar su lengua contra la de él. Él sintió su leve gemido mientras ella apretaba su cuerpo contra el pecho de él. Sus corazones latían con fuerza y las manos de ella liberaron la toalla de él, que cayó al suelo.

Metió las manos en la bata y lo que encontró allí casi lo volvió loco de lujuria. Estaba desnuda. Cerró los ojos mientras seguían besándose y sus manos exploraron el cuerpo con el que había fantaseado cuando ella estaba delante de él, completamente vestida, hablando de sistemas informáticos, o cuando había pensado en ella mientras se duchaba.

Su piel era suave como la seda y sus manos la rozaron. Tuvo que acercarse más a ella para convencerse de que era real. Pero sus manos eran lo bastante reales cuando recorrieron los contornos de su espalda, se acercaron a sus músculos, recorrieron los costados de su vientre y sus pulgares rozaron sus músculos abdominales, tensos por la necesidad.

Le quitó la bata de los hombros y le besó la hendidura de la clavícula. Ella gimió, con una expresión de lujuria que casi anuló su deseo de tomarse las cosas con calma. Vaciló y luego continuó explorando su cuerpo centímetro a centímetro hasta que el albornoz cayó al suelo, junto con su toalla. Sólo entonces se apartó y admiró las esbeltas curvas y la fina piel. Trazó un patrón invisible de sombras con el dedo y observó cómo se le fruncían los pezones al pasar la mano sobre ellos. Ella se estremeció, y él levantó la vista y la miró, una mirada que era a la vez urgente y asustada.

"¿Qué pasa?"

"Es que..."

"¿Qué? No debes preocuparte. Yo cuidaré de ti". Indicó el cajón de la mesilla de noche donde había anticonceptivos. "No haré nada que no desees que haga". La besó. "No me *suplicas que haga*", murmuró con una sonrisa confiada. Pero aún había una mirada de vacilación y él hizo una pausa. "Si no deseas hacer el amor, debes decírmelo ahora".

"Me gusta. Por eso he venido. Puede que no tengamos futuro, tú y yo, pero *ahora lo tenemos*. Pensé en lo que dijiste y me di cuenta de que tenías razón. Y *te elijo a ti. Ahora*". Apartó la mirada, como sorprendida por sus propias palabras.

Era todo lo que necesitaba saber. Quería llevársela allí mismo, pero no podía. Si este era el único momento que tenían juntos, tenía que hacerlo durar, tenía que saborear cada momento. Tenía que recordarlo.

Le rodeó el cuello con la mano y le inclinó la cabeza hacia él. La besó con fuerza y se apartó, con la frente apoyada en la suya. "Si ahora es todo lo que tenemos, entonces haré que sea un 'ahora' para recordar". Le sostuvo la mirada con fiereza mientras le ponía las manos bajo las nalgas y la levantaba hacia él. Ella deslizó las piernas alrededor de sus caderas y él sintió su húmeda suavidad contra su dura erección. Fue todo lo que pudo hacer para no inclinar las caderas y penetrar sus resbaladizos pliegues allí mismo. Pero no lo hizo. En lugar de eso, la acompañó hasta la cama con dosel y la tumbó sobre la colcha beduina bordada. Se levantó y sacudió la cabeza, maravillado.

"Eres tan hermosa".

Ella se acercó para tocarle la erección, que se hacía más fuerte a cada segundo. Él gruñó y le apartó la mano. "Todavía no. Ella frunció el ceño y él sonrió arrodillándose ante ella. "Primero

quiero probarte".

Ella jadeó e intentó rodar sobre un costado en un vano intento de cubrirse. Él se rió y cambió de plan. Se tumbó a su lado y besó sus labios, su cuello, moviéndose hacia abajo, instándola a relajarse. Y funcionó. Con cada beso y el sabor de su tierna piel, ella se volvía menos tímida, más receptiva; su pecho subía y bajaba mientras su respiración se aceleraba.

Cuando llegó a sus pechos, movió la nariz, los labios y las mejillas sobre ellos, disfrutando de la sensación del capullo apretado contra su cara. Bastó un pequeño movimiento de ella, un empujón de su pecho contra su boca, para que se diera cuenta de que estaba lista. Primero le besó el pezón y luego le pasó la lengua por encima. Y luego lo lamió como si fuera un manjar poco común, que lo era. Ella jadeaba y él se dio cuenta de que estaba a punto de correrse. Su reacción no hizo más que aumentar su lujuria. Entonces le cogió el pecho y se lo chupó con fuerza, y ella agitó las caderas contra él, gritando, mientras el orgasmo se apoderaba de ella. Siguió bajando, apretando los labios contra su vientre y más abajo.

SOPHIE ESTABA en estado de shock y había olvidado todo pudor. Su respiración era errática y la felicidad del orgasmo seguía estremeciéndola, mientras la estimulación de la boca de él sobre su piel empezaba a agitar de nuevo su cuerpo.

La besó aún más abajo hasta arrodillarse ante ella. Rompió el último pudor que le quedaba separándole suavemente las piernas. Ella le observaba, pero él no la miraba. Estaba totalmente concentrado en el movimiento de su dedo a lo largo de los labios de su sexo, húmedos por el orgasmo. A pesar de su propia erección, bajó la cabeza hacia su sexo y la lamió, una larga lamida, recorriéndola entera, terminando con una lamida y un largo tirón en su clítoris que hizo temblar todo su cuerpo.

"¡Malek!"

"Um", gimió mientras continuaba el implacable asalto a su cuerpo.

"Malek, yo... Lo que iba a decir se perdió cuando los dedos de él se unieron a la exploración de su cuerpo, abriéndose paso fácilmente en su interior mientras su seductora lengua llevaba su cuerpo a un plano totalmente distinto.

Agarrando a puñados el valioso cubrecama tejido, dejó que Malek tomara todo el control, inclinando su cuerpo según lo necesitaba para acceder a su sexo, sujetando sus miembros que tanto temblaban. Las tensiones enroscadas giraban cada vez con más fuerza, pero de repente él se retiró y se sentó. Extendió la mano hacia la mesilla de noche antes de volver a ella. Esta vez, sus miradas no se interrumpieron, mientras él levantaba las piernas de ella y colocaba su gran y dura erección contra su sexo empapado de excitación.

Tragó saliva, repentinamente nerviosa. Pero la firmeza de su mirada le dio fuerzas y asintió. Sólo entonces se dio cuenta de que le había estado pidiendo permiso en silencio. Fue todo lo que necesitó. Y él introdujo su polla hinchada dentro de ella. Ella se recostó y cerró los ojos ante el placer del contacto. Inclino las caderas para recibirlo mejor porque lo deseaba ahora, dentro de ella, más que a nada en el mundo.

No se había imaginado que el sexo fuera así. Ni los romances de la vieja escuela de su madre ni las conversaciones de sus amigas podrían haberla preparado para la exquisita fricción, la forma en que todo su cuerpo estaba vivo de sensaciones, desde la punta de los dedos hasta el cuero cabelludo y los dedos de los pies que acariciaban la larga longitud de las piernas de Malek. Y cómo la llenaba mental, espiritual y, no menos importante, físicamente.

Ella exclamó ante el equilibrio de placer e incomodidad y él se detuvo y la miró, la expresión de su rostro ilegible. Entonces se relajó y se movió. Las necesidades y sensaciones de su cuerpo dominaban el dolor. Ella quería más. ¿Por qué se había detenido? Levantó la cara hacia la de él y, con una profunda comprensión carnal que hasta entonces no había sabido que poseía, se arqueó y le acarició la oreja, mientras sus manos le acariciaban el trasero y lo introducían más profundamente en su interior. Hizo un leve gesto de dolor, pero se aseguró de que él no la viera. No quería que se detuviera. Él empezó a retirarse y ella se preguntó si no se iría del todo. ¿Se había dado cuenta de la verdad? ¿El hecho de que fuera virgen le había desanimado? No podía dejarle marchar. Simplemente no podía.

"Malek", suspiró mientras le pasaba la lengua por la oreja y le acariciaba el cuello. "Malek", medio sollozó, mientras él no se movía, "te necesito... más dentro de mí... ahora". Se retorció contra él, incitándole a seguir.

Sus músculos se tensaron y él exhaló con brusquedad y luego la penetró de un largo empujón y ella cayó contra las almohadas con un gemido de éxtasis.

Y entonces no se detuvo. Entró y salió de ella con un ritmo inflexible, intensificando las sensaciones en su interior con cada embestida, anulando cualquier incomodidad y concentrando todo su ser en el movimiento de su cuerpo contra ella y dentro de ella.

Su mente estaba vacía de todo excepto de su conexión con este hombre -física y emocional- y de las exquisitas sensaciones que seguían aumentando, haciéndola aferrarse a su cuerpo, exigiéndole todo lo que tenía, todo lo que necesitaba para satisfacer su ansia de él.

Y se entregó, hasta que él también necesitó satisfacerse. Cuando ella gritó, él se tensó, cambió el ritmo y se corrió dentro de ella. Con un gemido bajo y satisfecho, rodó hacia un lado, tirando de ella. Le pasó el pulgar por los labios y sacudió ligeramente la cabeza, frunciendo el ceño.

"¿Estás bien?"

"Sí, claro". Ella dudó, extrañada por su repentina tranquilidad. "Más que bien. Ha sido maravilloso".

"Lo siento mucho, Sophie, no tenía ni idea de que fueras virgen. Nunca habría..."

"¿Qué? Ella buscó una respuesta en sus ojos. "¿Hiciste el amor conmigo?"

Pero no la miró a los ojos. Le acarició el pelo y le apartó un mechón de la cara, alisando su longitud entre el pulgar y el dedo. Se concentró en el mechón como si fuera lo más importante del mundo. "No, no lo haría. No me interesa desflorar vírgenes". Ella no podía adivinar el extraño tono de su voz. Era tensa y, sin embargo, también había un temor silencioso en ella.

"Bueno, no. Puedo creer que no vas en busca de vírgenes. Eso sería un poco raro".

"Algunos hombres lo hacen".

"Algunos hombres son un poco raros, entonces", dijo sonriendo, tratando de devolver el ambiente a una nota más ligera.

Luego la miró a los ojos. "Sí, lo son. Pero no tengo interés en utilizar a nadie, en ser responsable de nadie. Soy un solitario. Siempre lo he sido y siempre lo seré".

Le tocó a ella quedarse perpleja. "Serás rey la semana que viene".

"Probablemente la posición más solitaria de todas".

"Pero tendrás una reina a tu lado. Una familia".

"Tendré una reina, sí. Y tendré hijos, si Alá quiere, pero no tendré una familia, no en el sentido de la palabra que tú le das. Es un simple requisito del cargo".

De repente se le hizo la luz. "Por eso suprimiste el requisito de que tu reina fuera virgen".

"Sí. No quiero eso. No lo *necesito*".

"Pero, eso es lo que tienes conmigo."

No contestó.

"Te arrepientes...", susurró ella, sorprendida al comprender plenamente sus palabras. "Te arrepientes de lo que acabamos de hacer porque no quieres ningún vínculo emocional, ninguna responsabilidad. No me quieres a mí. Sólo querías a alguien con quien acostarte".

De nuevo no habló. Pasaron segundos en los que ella pudo ver la lucha de pensamientos en su cabeza, pero sin resolución. Sin palabras. No podía esperar más. Se zafó de sus brazos y saltó de la cama. La luna había desaparecido y sólo la débil luz de las estrellas iluminaba su camino. Recogió la bata del suelo y se la puso, sin apartar la mirada de la cama. Las lágrimas le punzaban los ojos y no quería que él la viera.

Le oyó levantarse y venir detrás de ella. Intentó rodearla con los brazos, pero ella se apartó. Respiró hondo, se echó el pelo hacia atrás y se encaró con él. "No intentes fingir, Malek. Por favor, hazme el favor de ser sincero. No digas ni hagas nada que no sientas. No soy una de esas mujeres de sociedad que pueden entenderlo. Necesito la verdad".

"Eso es lo que intento darte".

"¿No diciendo nada?" Se encogió de hombros. "En realidad, no importa. Porque la verdad está en tus ojos".

"Es difícil, Sophie. Nunca imaginé que fueras virgen. Lo cambia todo".

"¿Cómo? He llevado una vida protegida y nunca he querido tener sexo casual. No necesito hacer algo sólo para encajar, sólo porque sí. ¿Y eso me hace poco atractiva?"

"No, claro que no. Demuestra que tienes lo que ya sé que tienes: una personalidad fuerte y decidida. Alguien que vive según su propio código moral".

"Entonces, ¿por qué todo eso de 'antivirgen'?"

Apretó los labios y se pasó los dedos por el pelo. "Siempre he estado con mujeres experimentadas. Me aseguré de ello".

"Porque...", dijo lentamente, mientras trataba de entenderle.

"Porque no quiero una mujer necesitada que quiera más de lo que estoy dispuesto a dar".

"Dar, como en el afecto, como en el amor, supongo que quieres decir. Crees que te acostarás con una virgen y ella será un desastre maullando, tratando de obligarte a amarla. Bueno, Malek, puede que a tu arrogancia de macho le cueste aceptarlo, pero no todas las vírgenes están necesitadas. Especialmente ésta".

"Comprendo tu enfado". Intentó sujetarle los brazos, tranquilizarla. "Y tienes todo el derecho a ello. He manejado esto mal. Es difícil de explicar".

Se cruzó de brazos. "No, no lo es. Lo entiendo perfectamente. Tienes miedo. Tienes miedo de sentir algo por alguien por si te deja vulnerable".

"No seas ridícula. Sólo me aseguro de que las mujeres con las que me relaciono no tengan expectativas".

"Sí, tienes miedo", continuó como si él no hubiera hablado.

"¡No! Es que no quiero hacer daño a nadie".

"Pues has fracasado estrepitosamente".

Intentó acercarse a ella, pero se apartó. "Sophie, por favor, quédate. Vamos a hablarlo".

Se alejó otro paso. "¿Crees que quiero acostarme contigo y escuchar por qué soy lo opuesto a todo lo que quieres en una mujer? No, no me quedaré".

"Probablemente sea lo mejor", dijo con dulzura. "No puedo darte las cosas que quieres".

"¿Y tú sabrías lo que yo quiero? ¿Eh? Crees que quiero que me quieras, y no puedes cargar con esa responsabilidad". Abrió la puerta y se volvió hacia él una vez más. "Por Dios, Malek, estás a punto de ser rey. Puedes tener todo lo que desees -incluida yo- y ya lo has cogido, ¿verdad? Y aun así afirmas que lo único que quieres es evitar la responsabilidad emocional. La vida no funciona así, Malek. Y cuanto antes lo entiendas, más feliz serás. Y más feliz será tu país".

Con eso salió por la puerta, dando un fuerte portazo antes de cruzar el rellano hasta su habitación y cerrar la puerta firmemente tras de sí. Que Malek pensara que estaba enfadada, que pensara que estaba decepcionada con él, que pensara lo que le diera la gana, siempre y cuando no la viera llorar.

CANSADO, Malek se acercó a la cama. Miró las sábanas retorcidas donde ella se había tumbado, donde se habían tumbado juntos, donde él le había hecho el amor. ¿Cómo había podido destruir algo tan hermoso antes de que acabara de empezar?

Gimió y se sentó en el borde de la cama con la cabeza entre las manos. ¿Qué demonios había hecho?

Ella le había dado algo que nunca había pedido en su vida, algo que él creía que no quería, y él se lo había devuelto como si no valiera nada.

Puso la mano sobre las finas sábanas de lino que aún estaban calientes por su cuerpo y se tumbó donde ella se había tumbado, respirando el calor fresco de su fragancia. La había tomado como si no fuera nada, a causa de sus propios miedos.

Cerró los ojos, tratando de alejar las imágenes de Sophie que parecían persistir en la habitación, tratando de detener la ira por su propio comportamiento estúpido. Había actuado como un idiota. Se había pasado toda la vida evitando a cualquiera o a cualquier cosa que le necesitara. Y había sido fácil cuando no había necesitado nada ni a nadie. Pero ahora, por primera vez, sentía una conexión con alguien que no cesaba cuando la persona se había ido. Apretó la mano contra su estómago. La sentía visceralmente, en sus entrañas, en cada fibra de su ser. No importaba si ella le necesitaba, porque él la necesitaba a ella. Pero no podía hacer nada al respecto.

Rodó sobre su espalda y observó cómo las sombras de los árboles se movían por el techo. ¿Nada? Ella tenía razón. Estaba a punto de ser rey. Estaba tumbado en la misma cama que su tatarabuela trajo de Inglaterra cuando se casó con su antepasado. Un matrimonio de corazones y de culturas. Un matrimonio cuyo legado continuó hasta nuestros días. ¿Cómo podía estar mal una unión así?

Malek se había percatado de su presencia en cuanto entró en la sala de juntas. No la había visto desde la noche anterior -se había marchado con un par de sus guardias antes de que amaneciera-, pero ahora no podía evitarlo.

No la había mirado en toda la reunión, pero podía sentirla. Por un momento, su mente se desvió de lo que le decía su consejero y se preguntó si volvería a librarse de ella. Entonces se dio cuenta con absoluta claridad de que de ninguna manera quería librarse de ella. Si esto era el cautiverio, lo aceptaba. Y supo, en ese segundo, lo que tenía que hacer.

"¿Su Alteza Real?"

Malek se volvió hacia su asesor. "Entonces, ¿qué es lo siguiente en la agenda, Mohammed?"

"La cuestión de tu matrimonio".

"No me pareció una pregunta. Más bien una respuesta", respondió Malek secamente.

"Así es. La señorita Brown ha elaborado una lista de candidatos adecuados. La señorita Brown" -su asesor señaló con la cabeza a Sophie- "quiere darnos un breve informe verbal. ¿Es eso satisfactorio, Su Alteza Real?"

Sophie se aclaró la garganta y, por primera vez, Malek permitió que su mirada se detuviera en su rostro. Estaba pálida y tensa, pero por la inclinación de la mandíbula en aquel rostro finamente dibujado pudo ver que estaba más enfadada que disgustada con él. Se le secó la boca al verla abrirla para hablar y recordó con increíble viveza sus labios sobre los de ella, su lengua en aquella boca, saboreándola, mientras sus cuerpos se unían.

"¿Su Alteza Real?"

Echó la cabeza hacia atrás y prestó atención a su asesor. Asintió con la cabeza. "Por supuesto. Proceda".

La miró, pero ella no le miraba a él. Les entregó un papel a los dos. "Aquí está la hoja de cálculo de los candidatos. Los he colocado por orden de idoneidad, con los principales puntos a favor y en contra". Malek notaba en su voz el tono ronco de una noche en vela.

"Impresionante", dijo el asesor. "¿Y su recomendación? ¿La número uno?"

Malek pensó que sólo él habría notado el temblor de sus labios. Fue momentáneo, pero sintió sus sentimientos, sintió por ella una empatía que nunca había sentido por nadie más.

"Sí. Sheikha Talisha de Haraz. Sus antecedentes son impecables. No es de este país pero es pariente lejana de tu madre y, creo, conoció a tu hermano en Oxford".

"Así que conoce a mi madre y a mi hermano. Eso difícilmente me la recomienda. ¿Algo

más?"

"Su país tiene una larga historia de alianzas estratégicas, y esta sería otra. Fortalecería su posición".

Su visir sonrió cálidamente, evidentemente impresionado. "Hablas como una sumirana, no como una mujer que lleva aquí sólo unos meses. Conoces bien las necesidades del país".

"Gracias.

"¿Y la mujer en sí?", preguntó Malek, queriendo ver a Sophie hablar de lo personal, no de lo estratégico. Quería penetrar en la fachada tras la que escondía sus sentimientos.

"Igualmente impecable". Sophie levantó los ojos hacia los suyos por primera vez. "De la hoja de cálculo se desprende que su intelecto es elevado. Obtuvo un título de primera clase en Oxford en política y se relaciona con gente de alto nivel en círculos diplomáticos, así como con famosos".

"¿Pero la mujer en sí?" insistió Malek, juntando las manos y concentrándose más en Sophie.

Se encogió de hombros. "Puedes verlo en el pase de diapositivas". Hizo girar el portátil y una foto tras otra de una hermosa mujer de ojos oscuros llenaron la pantalla, algunas riendo, otras serias.

Malek sólo miró a unos pocos antes de volverse hacia Sophie. Se detuvo cuando su mirada se posó en sus labios, tan suaves y poderosos. Fue todo lo que pudo hacer para no levantarse y besarlos. "Sí, perfecta", respondió, no refiriéndose a la mujer de la pantalla -que sin duda sería una reina perfecta-, sino a la mujer que tenía delante y que sabía, en cada fibra de su ser, que era perfecta para él.

Su visir volvió a sentarse en su silla, ajeno a los pensamientos que dominaban la mente de Malek. "Bien. Pásale los detalles a mi ayudante. Gracias, Sophie. Ya puedes irte".

Malek vio cómo Sophie recogía su portátil y sus papeles y salía de la habitación antes de volverse hacia su asesor, con la mente ya tomada.

"No deseo que la jequesa sea invitada a Sumaira todavía."

"¿No quiere ver a esta mujer?", preguntó incrédulo el asesor. "Es perfecta para el trabajo".

Malek hizo un gesto de dolor al oír la palabra "trabajo", recordando lo que Sophie había dicho al respecto. "No."

"Pero ella ya está aquí. Está aquí a título extraoficial, y hemos aprovechado para invitarla a una reunión privada esta tarde."

"¿Hiciste qué?"

"No ha dado ninguna indicación de que rechazaría tal reunión, Su Alteza Real".

Malek suspiró. Era cierto, no lo había hecho. Y no quería crear un incidente diplomático. Se reuniría con la mujer, pero nada más. "Que así sea. Pero no más reuniones sin consultarme. Han surgido algunos factores adicionales que deseo investigar."

La cara del consejero se ensombreció, pero una mirada de Malek y se mordió lo que iba a decir. "Como quieras".

Malek le vio marcharse e inmediatamente cogió el teléfono. No necesitaba consejos de su asesor, necesitaba saber qué era legal y qué no. Del resto se encargaría él... se encargarían *ellos*, de una forma u otra.

SOPHIE SE SENTIÓ aliviada cuando Malek no volvió a intentar ponerse en contacto con ella. Había pasado el resto del día -y de la noche- sola en su habitación y eso, insistió para sí misma con firmeza, era *exactamente* lo que quería.

Entonces, ¿por qué, se preguntó, al acercarse a la oficina a primera hora de la mañana siguiente, sintió un revoloteo de excitación en el estómago al pensar que él podría estar allí? *Contrólate, mujer! se dijo* mientras entraba en la oficina principal.

Pero una vez dentro, se detuvo, miró a su alrededor y frunció el ceño. Las conversaciones terminaban bruscamente y una mezcla de miradas curiosas y avergonzadas se dirigían hacia ella. La mayor parte del tiempo que había estado aquí, había recibido un educado interés y respeto. Pero ahora tenía la clara sensación de que la gente hablaba de ella.

"¿Va todo bien?", preguntó al hombre cuya mesa estaba junto a la suya.

"Sí", dijo, sin mirarla a los ojos. "¿Y tú?", le preguntó con insistencia.

Frunció el ceño. "Por supuesto. ¿Por qué no iba a serlo?"

"No lo sé, sólo pensé que tu próximo encuentro podría ser un poco desconcertante para ti".

"¿Mi próxima reunión?" Por un momento, Sophie se preguntó si había olvidado añadir algo a su calendario. "¿Te refieres a la reunión del consejo a las dos? ¿Por qué sería de interés?"

"No esa reunión. Tu reunión con..."

Justo en ese momento, la puerta se abrió de golpe y la madre de Malek recorrió el pequeño despacho con los ojos desorbitados. Sophie se sorprendió de inmediato.

"Tu próximo encuentro, con la reina Fairuza", susurró el hombre a su lado mientras se unía a todos los demás en la sala para escabullirse por la puerta, dejándolas a ambas solas.

"Alteza Real", murmuró Sophie, preguntándose qué demonios estaba pasando.

"Srta. Brown. Me dijeron que la encontraría aquí". El tono de la mujer era enérgico e irritable.

"¿Has venido a verme?"

"Sí, por supuesto. No creerás que voy a permitir que Malek siga por este camino de locos, ¿verdad? Y sé que no atenderá a razones, por eso he acudido a ti. No puedes seguir adelante con esto. Es una locura".

"¿Seguir adelante con qué?"

La mujer entró en la habitación y se colocó al otro lado del escritorio de Sophie. Se inclinó hacia delante y agarró el borde del escritorio. "No me tome por tonta. Sin duda lo tenías todo planeado desde el momento en que le pusiste los ojos encima, en París".

"Su Alteza, realmente no sé de qué está hablando."

"Es inútil hacerse el inocente. Mis informadores están por todas partes, incluso en el Departamento de Justicia. Lo sé todo sobre las pesquisas de Malek y estoy aquí para decirte que te prohíbo que sigas adelante".

Sophie respiró hondo. "Por favor, imagina por un momento que realmente no sé de qué estás hablando... porque no lo sé. Y dime sin rodeos qué es lo que quieres de mí".

"¿Inglés sencillo? Te prohíbo que te cases con mi hijo".

Sophie se habría reído a carcajadas si la cara de la mujer no fuera tan seria. Estaba a punto de contradecirla, cuando se lo pensó mejor. Por un lado, parecía muy poco probable que aquella mujer la creyera. Obviamente, la habían aconsejado mal al más alto nivel, y nada de lo que Sophie pudiera decir la haría cambiar de opinión.

"¿Y por qué exactamente no deseas que me case con él?"

"Deseo que se case con Sheikha Talisha."

"¿Talisha?" Sophie frunció el ceño. Parecía que la madre de Malek y los consejeros de Malek estaban de acuerdo en esto, al menos. "Ah... Es una pariente por parte de tu madre, creo".

"Sí. Puedes hacer de eso lo que quieras. No me interesa entrar en detalles".

Apuesto a que no, pensó Sophie. Sin duda, los detalles estarían llenos de tramas y maquinaciones políticas que ella no deseaba conocer. Tal vez la reina estaba haciendo una apuesta arriesgada: si no lograba resolver sus diferencias con Malek, al menos esta mujer le daría cierto grado de influencia sobre él. Sophie podía ver el futuro de Malek trazado para el resto de los tiempos: un futuro lleno de luchas, discordia y desconfianza. Pronto iba a dejar Sumaira, y nada de esto tenía que ver con ella. Pero de repente le vino una idea a la cabeza. Tal vez, sólo tal vez, podría ayudarle un poco.

"De acuerdo. ¿Y qué gano yo?", preguntó, adoptando la actitud mercenaria que la otra mujer tan obviamente esperaba.

Los ojos de la mujer se entrecerraron. "¿Cuánto quieres?"

"No quiero dinero", dijo Sophie.

"Por supuesto que sí. Nombra tu suma".

"No es dinero lo que quiero".

"¿No quieres nada a cambio de irte?"

"Oh, sí. Sólo estaré de acuerdo si apoyas a Malek. Después de todo, estará casado con tu pariente, así que no estarás sin influencia".

La reinaladeó la cabeza. "¿Eso es todo? Quieres que sea conciliadora con Malek".

"Sí. Empezando inmediatamente".

"¿Y prometes por la vida de tu madre que no te casarás con Malek y que te irás en cuanto acabes tu trabajo aquí?"

La mención de su madre enfureció a Sophie. "No prometeré *nada por la vida* de mi madre. Pero tienes mi acuerdo y mi palabra".

La reina se alejó del escritorio, asintiendo, obviamente tratando de decidir si la palabra de Sophie era suficiente. "De acuerdo, supongo que tendrá que ser suficiente". Volvió a asentir, esta vez con más decisión. "Pero asegúrate de cumplir tu palabra". Caminó hacia la puerta, luego se detuvo y se dio la vuelta. "Fue usted más razonable de lo que me habían hecho creer. Adiós, Srta. Brown".

"Adiós.

La puerta se cerró tras la reina y Sophie suspiró y se sentó en su silla con alivio. ¿De qué demonios había ido todo aquello? Fuera lo que fuese, parecía que Sophie había conseguido que la reina accediera a reconciliarse con Malek sin ninguna exigencia por su parte. Esperaba que Malek se mostrara receptivo. Si tan sólo se encontrara con la reina a mitad de camino, el país podría tener la oportunidad de un futuro pacífico.

Sophie abre su portátil y hace clic en la mujer elegida por la reina. También era la número uno de la lista de Sophie. Miró el reloj. Tenía una reunión con Malek y sus consejeros y llegaba tarde.

MALEK SE DIO cuenta de que Sophie entraba en la sala y tomaba asiento al fondo, pero mantuvo la mirada fija en sus asesores.

"No puedo y no quiero", dijo con decisión.

"Su Alteza debe lidiar con la continua influencia de su madre en la corte. Te socava a ti y a tu

autoridad".

"¿Todavía quieres que destierre a mi propia madre de Sumaira?"

"Sí, por supuesto".

Malek apretó la mandíbula. Era lo que querían todos sus altos consejeros, excepto su primer visir que, inexplicablemente, no estaba presente. "No puedo. No *lo haré*. Aquí no vivimos en la Edad Media. No ordenaré a mi madre que abandone el país donde nació".

"Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer?"

La pregunta flotaba en el aire.

"Aún no lo he decidido. Sigamos con la agenda. Hablaremos de esto más tarde. ¿Qué sigue?"

"Deberías hablar con ella". Una voz suave rebajó la tensión.

Malek y los consejeros se volvieron hacia Sophie como si hubiera gritado. Era su deber hablar sólo cuando le hablaban y permanecer callada en los demás momentos. Sophie miró directamente a Malek, ignorando a los demás.

"Deberías hablar con ella", repitió, esta vez más alto.

"¿Crees que no he hablado con ella?"

"Sólo con ira. No..." Miró a los demás, como si de repente recordara su posición. "No de forma racional. No en un entorno que no esté preparado para desequilibrarla".

El consejero que sustituía al visir le hizo un gesto desdeñoso con la mano. "¿Qué sabes tú de esto? No es asunto tuyo".

"No, espera", dijo Malek. "Continúa, Sophie. ¿Qué crees que pasará?"

"Usted dijo... ¿Creo que creció como beduina? ¿Por qué no recordarle sus raíces, y de su respeto por ellos mediante la creación de una reunión en su lugar de nacimiento? En Taba. Trátala con respeto, recuérdale que eres su hijo, recuérdale que eres jeque". Hizo una pausa. "Su Alteza Real", añadió.

Apenas podía concentrarse en lo que ella decía. Su mente estaba llena de imágenes de su amor, de su belleza y su poder, y de cómo lo había desechado como si nada.

"Habla usted bien de nuestra cultura, señorita Brown", dijo el consejero, volviéndose hacia Malek. "Si no desea tratar este asunto como le hemos sugerido, entonces eso nos deja con pocos recursos, aparte de algo como lo que describe la señorita Brown".

Malek aceptó, obligándose a concentrarse, repentinamente seguro. "Sophie, prepara la reunión con mi madre, como sugeriste. Taba será el lugar".

Sophie abrió rápidamente su portátil y empezó a teclear. "Claro. ¿La semana que viene?"

"No. Mañana. Tiene que ser mañana. El tiempo se acaba, y necesito el apoyo de mi madre. Sólo entonces tendremos los números y la solidaridad para tranquilizar a la gente, y presentar un frente unificado al mundo a tiempo para la coronación. Tiene que ser mañana".

Sophie tecleó furiosamente.

"Informa al Primer Visir Mohammed de que debe asistirte con toda la información que necesites para asegurarte de que este evento sea como lo describiste al principio. Culturalmente apropiado, conciliador. Usted." Señaló a un asesor. "Haga algunas llamadas ahora. Dígale a su personal lo que se necesita. Prepáralo". Apartó su mirada de Sophie. "Y quiero que Sophie forme parte de ello".

"Desde luego, Alteza Real", dijo el consejero. "Ahora, si hemos terminado nuestros asuntos aquí, creo que Sheikha Talisha acaba de llegar para su primera reunión".

Malek frunció el ceño. Había aceptado la reunión para ganar tiempo, pero no le apetecía nada.

"Con su matrimonio con la jequesa", continuó el asesor con suavidad, "y con una diplomacia como la que describe la señorita Brown, sería un nuevo comienzo para el país".

Malek miró a Sophie y se levantó. La mujer que no podía quitarse de la cabeza le había dado algo que nadie más tenía: un futuro para su país. Pero, en lo que a ella se refería, un futuro sin ella. Demostró que no tenía razón en todo.

SOPHIE CERRÓ el ordenador y miró la hora. Ya debería haber terminado su reunión con Sheikha Talisha.

A pesar de llevar toda la tarde enfrascada en el trabajo, no pudo evitar preguntarse cómo iría la reunión. No había pensado en otra cosa que en imaginar cómo reaccionaría él ante aquella belleza exuberante.

Se apoyó en el lateral de la ventana y cruzó los brazos para protegerse. A pesar de la calidez de la noche, sintió un escalofrío.

¿De qué otra forma podría haber ido? La mujer era guapa, inteligente y aparentemente encantadora. Igual que Malek. Cerró los ojos. Había estado loca al pensar que podría llevar esto a cabo sin involucrarse. Cada centímetro de su cuerpo estaba involucrado.

Justo en ese momento se oyó un fuerte golpe en la puerta. Sophie frunció el ceño. Raisa no llegaría hasta dentro de una hora para ayudarla a preparar la cena.

Se acercó a la puerta y la abrió. Malek estaba en la puerta, con una expresión exasperada y divertida a la vez.

"¡Malek!" Entró en su habitación sorprendida.

"Lo sabías, ¿verdad?"

"¿Lo sabía? ¿Qué?"

"¿Puedo pasar?"

"Serás rey. Supongo que siempre puedes mandarme de todos modos".

"Bien, te lo ordeno. Permíteme la entrada". Él sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa.

Abrió la puerta. "Por supuesto, Su Alteza Real."

"Malek. Soy Malek para ti."

Ella se quedó junto a la puerta mientras él merodeaba por la habitación, echó un vistazo a su despacho, a la bata tendida en la cama. Se acercó a la mesa y cogió algunos papeles, los hojeó y llegó a la hoja de cálculo. "Desde luego me has dado lo que quería con la jequesa".

"Por supuesto".

"Inteligente".

"Y lo es, ¿no?"

Hizo una pausa, tomó aire como si fuera a decir algo, miró a Sophie y luego golpeó los papeles con la otra mano, desdeñosamente. "Sí. Ha hablado bien".

"Y eso es lo que querías. Una buena comunicadora. ¿No disfrutaste conversando con ella?"

"No."

"¿De qué hablaron?"

"No lo sé. Ella hablaba y yo no podía concentrarme. Ella simplemente no era..." Sacudió la cabeza. "Y por otra cosa... su aspecto."

Sophie empezaba a irritarse. "¿Qué les pasa?" Cogió su foto del archivo abierto. "No puedes

negar que es absolutamente hermosa. Esos ojos, son..."

"Frío es lo que son".

Sophie enarcó una ceja y miró la foto. Supuso que la jequesa tenía un aspecto un poco desagradable, un poco frío. Pero era la jequesa, una figura poderosa en su propio país. Y con posibilidades de convertirse en una figura aún más poderosa cuando se casara con Malek. Miró a Malek. "No dijiste que querías 'calor', Alteza Real". Volvió a mirar la foto. "Aunque sus labios me parecen bastante cálidos". Demasiado cálidos, pensó ella, admirando a regañadientes sus labios carnosos.

"No lo sé. No me di cuenta. Estaba demasiado ocupado intentando evitar escucharla hablar". Dirigió una mirada acusadora a Sophie. "¿Has oído su voz?"

Sophie se encogió de hombros, recordando de repente los tonos estridentes que había escuchado en un vídeo en particular. "Tal vez".

¿"Quizás"? Entonces no. Porque una vez oído nunca se olvida. Sólo el sonido me volvería loco".

"Vamos, no fue tan malo. A mí me pareció bastante normal".

"No, no lo hizo. Su voz no era ni la mitad de agradable".

"Lo siento, no especificó el timbre de su voz en su larga lista de requisitos".

"No creí que tuviera que hacerlo". Suspiró, como si de repente se diera cuenta de lo absurdos que eran sus argumentos. "Tenías razón al cien por cien en una cosa".

"Me alegro de que mi investigación haya servido para algo. ¿De qué se trata?"

"Sería una excelente reina".

Ella se cruzó de brazos, perversamente no le gustaba el hecho de que él estuviera de acuerdo con ella. "Entonces, ¿cuál es el problema?"

Se pasó las manos por el pelo corto, sin moverlo ni un milímetro. "No puedo casarme con ella".

"Pero pensé que acababas de decir..."

"Sé lo que dije. Y sigo diciendo que no puedo casarme con ella".

Era el turno de Sophie de sentirse enfadada. Después de la intimidad de su noche en Taba, pensó que podía aparecer aquí y encontrar defectos en el trabajo de Sophie para encontrarle una esposa. No se había imaginado que pudiera ser tan insensible. Se acercó a él, le quitó la carpeta de la mano y se la tendió. "Dijiste que era perfecta. He hecho lo que querías que hiciera y he encontrado la esposa perfecta para ti".

"No, no lo has hecho".

Le cogió la carpeta, la cerró y la dejó caer sobre el escritorio.

"¡Malek! No estás siendo razonable."

"No, no lo estoy."

"Sí, así es. *Ella*" -apuntó con el dedo al expediente cerrado de la jequesa- "es la esposa perfecta para ti".

Se acercó a ella, le cogió el dedo con la mano y se lo apretó con fuerza. Ella intentó apartarse, pero él era demasiado fuerte. "No, no me encontraste la esposa perfecta. Encontraste la *reina perfecta para mi reino*. No es lo mismo".

"¿Qué demonios quieres decir?" Se había olvidado de todo. Olvidó que él estaba a punto de ser coronado rey, olvidó que ella era una humilde sirvienta. Todo lo que podía ver era al hombre que tan tiernamente le había hecho el amor apenas unas noches antes, el hombre que ella deseaba más que a nada, de pie ante ella, enfadado con ella por no haberle encontrado la esposa perfecta.

"Quiero decir que no has hecho bien tu trabajo".

"He hecho mi trabajo perfectamente. Deberías casarte con ella".

"No puedo".

"¿Por qué no?"

"Porque..." De repente le soltó la mano y se alejó de ella. Abrió la boca para hablar, pero se alejó. Se detuvo, de espaldas a ella, con la mano en el pomo de la puerta.

"Dime por qué, Malek. Necesito saberlo".

Se volvió hacia ella con una mirada de derrota absoluta. "Ya sabes por qué".

Sacudió la cabeza mientras intentaba reprimir la respuesta que le daba su corazón. Lo consiguió fácilmente cuando la realidad y la lógica se impusieron a sus procesos mentales. "No, no tengo ni idea. No tengo ni idea".

Él no habló, lo que la puso más nerviosa. ¿Qué demonios estaba pasando?

"No puede ser sólo la voz, los ojos fríos..."

"No." Miró hacia abajo y luego hacia arriba con una expresión diferente en sus ojos. "No lo es. ¿No tienes ni idea? ¿De verdad, después de lo de Taba?"

Sacudió la cabeza. "¿Taba? Estabas enfadada conmigo".

Reaccionó como si ella le hubiera golpeado. Extendió la mano, pero ella retrocedió.

"Lo siento, Sophie. Siento mucho cómo reaccioné. Fue un shock, eso es todo. Algo que he evitado toda mi vida y de repente está ahí, delante de mí, y yo..." se encogió de hombros con impotencia. "Reaccioné mal".

"Es el eufemismo del año".

"Perdóname, Sophie". Ella intentó apartarse, pero él le cogió la mano y la sujetó con fuerza.

"¡No! Eras un bastardo."

"No creo que esté permitido llamar bastardo al príncipe heredero".

"Dijiste que eras Malek, sólo Malek. Parece que cambias de opinión según te convenga. ¿Estoy con el futuro rey o con el hombre?"

"Estás con el hombre que lamenta su estupidez. Me persigue. Me *persigues*. No puedo pensar en otra cosa que no seas tú". Hizo una pausa. "Dime que me perdonas".

No debería. La había herido profundamente, pero sentía que cedía. La forma en que sus dedos se movían sobre su puño cerrado, tratando de masajear sus defensas, reflejaba la forma en que sus ojos trataban de atraerla. Y funcionaba.

"Yo... no debería".

"¿Pero lo harás?", preguntó con dulzura. "Sé que es mucho pedir, pero lo siento de verdad. No te haría daño por nada del mundo, créeme".

Suspiró. "Parece que no tengo elección. Parece que no puedo echarte nada en cara".

Sonrió, una de sus raras sonrisas totalmente atractivas. Sophie pensó que si lo hubiera hecho nada más entrar en la habitación, le habría perdonado inmediatamente. Pero no se lo diría.

Cerró los ojos y exhaló con alivio. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que él esperaba oírle decir las palabras de perdón. "Bien, bien."

"Aunque no entiendo por qué estás tan preocupado".

"Porque tengo algo más que preguntarte".

Sacudió la cabeza. "No hay mejor pareja para ti que Sheikha Talisha. Te acostumbrarás a su voz".

"No, no lo haré. Sólo hay una voz que quiero oír al despertar, durante el día y al acostarme. Sólo una voz. ¿No lo entiendes, Sophie? Es la tuya".

Sophie abrió mucho los ojos. "¿Qué?"

"Sophie". Sonrió, más inseguro ahora. "Lo he estudiado desde el punto de vista legal. Habrá obstáculos, pero ninguno que no se pueda superar".

Ella sacudió la cabeza con incredulidad. "¿Qué estás diciendo, Malek?"

"Te estoy pidiendo que te cases conmigo. No tenía ni idea de que podía sentir esto por alguien, ni de lo absorbente que sería. Te necesito, Sophie. Por favor, cástate conmigo."

Sophie se sentía como en un sueño. Sus palabras eran irreales, increíbles. Pero... no había palabras de amor, ella no tenía ni idea de si lo que él sentía duraría. Ni siquiera tenía idea de lo *que sentía* por él. No se había atrevido a examinar la profunda pasión que sentía por él por miedo a lo que encontraría. Porque donde había amor, había dolor.

Y entonces se le vinieron encima las otras razones por las que este matrimonio nunca podría producirse: Malek sería rey y su país dependía de que contrajera un buen matrimonio. Por último, recordó la promesa que le había hecho a su madre.

Se le secó la boca. Intentó hablar, pero no le salían palabras.

"¿Sophie?" Se puso en pie y tiró de ella hacia él. "Sophie, ¿qué pasa?" La atrajo hacia sí y la abrazó, y ella quiso quedarse allí para siempre. Pero la eternidad duró sólo unos instantes, hasta que él se separó y le inclinó la cara manchada de lágrimas hacia la suya. "Dime qué te pasa", insistió.

"No puedo casarme contigo", susurró. "Lo siento, Malek, pero no puedo."

"¿Por qué? Pensé que sentías algo por mí. ¿No?"

Sacudió la cabeza, recordando su promesa a su madre de no decir ni una palabra del acuerdo.

Se apartó de ella. "Eso es todo, ¿no? Simplemente no sientes lo suficiente por mí. Pensaba que sí, pero no es así, ¿verdad?"

Volvió a sacudir la cabeza mientras las palabras se negaban a formarse a partir del revoltijo de pensamientos que se arremolinaban en su cerebro. Se dio la vuelta, incapaz de mirarle a los ojos y ser testigo de su sufrimiento. Cuando se secó los ojos con el talón de la mano, él ya se había ido.

Malek miró alrededor de las ruinas. Sophie había hecho un trabajo espectacular en tan poco tiempo. Y todo había salido según lo previsto. Miró a su madre, que estaba entretenida con una prima contándole lo último de la moda parisina.

Al principio, la reina se había negado a asistir. Fue necesario que su visir le dijera algo más para persuadirla. Malek no sabía cuáles eran esas palabras en concreto, pero fuera lo que fuera lo que su visir había dicho, había funcionado. Tras una reticencia inicial, pronto se había relajado y había participado con una buena voluntad que Malek no había visto en ella desde hacía años.

Y todo se debía a Sophie. ¿Dónde estaba? Echó un vistazo a las ruinas que Sophie había recreado como el oasis que habría sido durante las fiestas importantes, con los colores y tejidos tradicionales beduinos.

La suave brisa del atardecer desértico hacía que las finas sedas brillaran y se movieran alrededor de la enorme mesa. La mesa estaba repleta de alimentos tradicionales: verdes, naranjas y rojos, como joyas en sí mismos. Vasijas de cobre batido tradicional reflejaban la luz de las antorchas que se clavaban en los antiguos apliques de piedra de las columnas romanas.

Había veinte invitados, desde los más jóvenes hasta los más mayores. Si les había sorprendido la repentina invitación, no lo demostraron y simplemente se alegraron de verse. De algún modo, Sophie había conseguido localizar a los principales familiares de todo el país. Hacía mucho tiempo que no se veían y la extrañeza que les producía esta repentina convocatoria había quedado fácilmente superada por el evidente placer que sentían al verse de nuevo.

Y era un placer que no hacía más que aumentar a medida que se olvidaban, si no se perdonaban, los agravios del pasado y se dejaba de lado la animosidad en favor de la unidad familiar. Ahora, cuando la fiesta tocaba a su fin, la gente se sentaba en los cojines tradicionales y escuchaba al músico que, sentado con las piernas cruzadas a un lado, cantaba y tocaba una *rababa*, con una voz llena de emoción mientras cantaba a los héroes del pasado.

Pero a Malek no le preocupaba el pasado mientras miraba subrepticamente a su alrededor, intentando localizar a Sophie. Le preocupaba el futuro. Se giró cuando le tocaron el brazo.

"Ha sido una noche maravillosa, Malek". Su madre inclinó la cabeza hacia la suya. "Hace unos días no podría haber imaginado que se te ocurriría algo así. No creo que muchas cosas me hayan emocionado tanto como esto. Has hecho bien en unir a la familia".

"No toda la familia, por desgracia", dijo Malek.

"¿Jaish?", preguntó su madre.

"Sí, debería estar aquí".

"Si estuviera aquí, no serías coronado rey".

"No", suspiró Malek.

La reina Fairuza frunció el ceño mientras estudiaba a Malek. "Malek, eres mi hijo y sin embargo nunca te he entendido... y menos ahora".

La miró de reojo. "No, supongo que no."

"¿De verdad no quieres ser rey?"

"¿Se te acaba de ocurrir ese pensamiento? ¿No puedes imaginar ningún escenario en el que alguien no quiera el poder absoluto?"

"No, no puedo. Aunque siempre fuiste un chico extraño mientras crecías".

"¿Por eso le prestaste toda tu atención a Jaish?". Malek se sorprendió al oír la amargura que bordeaba sus palabras. Creía haber enterrado eso hacía tiempo.

La reina tomó un sorbo de agua pensativamente. "Era fácil quererle. Era abierto y atractivo. Tú siempre estabas reservado, pasando tiempo con tu querida abuela. Siempre estuve un poco celosa de tu relación con ella".

Malek negó con la cabeza. "No deberías haberlo sido. Era *tu amor lo* que ansiaba".

La reina le puso la mano en el brazo. "Ah, hijo mío. Qué complicada red de amor, necesidad y ambición. Lo siento por todo. Pero tal vez, después de esta noche, podamos empezar de nuevo".

Levantó su copa junto a la de su madre. "Nuevos comienzos".

Chocaron los vasos. "Nuevos comienzos", repitió ella, bebiendo un sorbo de agua. Luego entrecerró los ojos y miró por encima del hombro de Malek. "Es que..."

Siguió su mirada, justo a tiempo para vislumbrar el rostro de Sophie tras una cortina. "Esa es Sophie Brown."

"Hm". Su madre frunció el ceño. "Desde luego es guapa. Entiendo por qué querías casarte con ella".

Malek volvió lentamente la mirada hacia su madre. "¿Cómo demonios sabías eso?"

La reina agitó la mano. "Sé muchas cosas, Malek. He vivido en Sumaira toda mi vida y conozco a más gente de la que puedas imaginar".

Malek estudió el rostro de su madre y frunció el ceño. "Has utilizado el tiempo pasado. Has dicho '*querías* casarte con ella'. ¿Por qué piensas que ya no quiero? ¿Por qué piensas que no nos casaremos?"

La reina le sonrió, no dijo nada e hizo señas al camarero para que le llenara la copa.

Ella sabía algo. Su madre sabía lo que sólo él y Sophie sabían: que Sophie le había rechazado. No sabía cómo lo sabía, pero lo averiguaría.

Se levantó. "¡Sophie!" la llamó, mientras la veía intentar retirarse hacia las sombras. "¡Sophie!"

SOPHIE SE ASOMÓ por detrás de la tienda donde se había preparado la comida. Se sentía satisfecha y aliviada de cómo había ido todo. Había sido una apuesta arriesgada, pero el cuidado que había puesto en preparar el lugar y las invitaciones, que había hecho personalmente el visir principal de Malek -que, al parecer, era pariente suyo y tenía más poder del que ella creía-, habían merecido la pena. Todos parecían contentos; incluso la reina y Malek charlaban como si nunca se hubieran peleado de forma tan espectacular.

Malek... Tragó saliva, intentando contener las lágrimas ante la idea de no poder estar con él. Pero no podía hacérselo a él, ni a su país, ni a sí misma. Si ahora se sentía así, imagínese el dolor que sentiría si él la dejara cuando llegara alguien a quien amara de verdad. No, ella se iría tan pronto como pudiera. No se quedaría para la coronación, dijera lo que dijera Malek.

Retrocedió y soltó la cortina tras la que se ocultaba, pero una ráfaga de viento surgió de la nada y se hinchó, dejando a Sophie a la vista de todos. La reina levantó la vista y la vio. Su rostro se ensombreció.

Sophie se quedó helada al ver cómo la reina Fairuza y Malek intercambiaban palabras. Entonces Malek la miró y ella empezó a marcharse. Él la llamó y ella se detuvo en seco, sin querer cumplir sus órdenes, pero incapaz de negarse.

"¡Sophie!", volvió a gritar. Ella inspiró, apartó la cortina y caminó hacia él.

"Sophie, por favor, ven y únete a nosotros", dijo Malek.

"¿En serio?", dijo fríamente la reina Fairuza. "¿Crees que es prudente, Malek?"

La reina recogió su vaporosa túnica como si fuera a levantarse de la mesa, pero Malek le puso una mano firme en el hombro y la reina lo miró, asombrada.

Sophie podría haberse dado una patada. Todo había ido tan bien hasta ahora. La reina Fairuza parecía haberse ablandado y Malek y ella hablaban sin morderse la cabeza.

Sophie miró hacia atrás como si quisiera escapar. Sin embargo, los niños que jugaban bloqueaban su retirada. Se volvió hacia Malek y su madre, sin saber qué hacer. Hizo una reverencia cortés. "Majestades".

La reina asintió, tensa. "¿De qué se trata, Malek?"

"Pensé que te interesaría saber que Sophie preparó todo esto, madre. De hecho, todo esto fue idea suya".

"¿En serio?" La mujer entrecerró los ojos. "¿Usted, y todos sus asesores, no podrían haber pensado en esto ustedes mismos?"

Malek no pareció perturbado por el insulto. "Parece que no. Tuvo que venir Sophie para enseñarme la importancia de la familia. Sophie, por favor, toma asiento".

"Bueno, yo..." Miró a su alrededor, desesperada por una excusa para no unirse a ellos. Podría deshacer todo su duro trabajo.

"Sin excusas". Malek hizo una señal al camarero para que le sirviera una copa. "Permítame presentarle a mi madre como es debido. La última vez que os visteis fue en París, ¿no?". Miró de uno a otro.

Sophie y la reina intercambiaron una mirada fría y cómplice. Parecía que ninguna de las dos iba a decir nada sobre su segundo encuentro.

Se encogió de hombros. "Y el ambiente entonces era caldeado, por no decir otra cosa". Se volvió hacia su madre. "Madre, esta es Sophie Brown."

"Sophie", reconoció la reina. Pasó la mirada de Malek a Sophie y, obviamente, decidió que le convenía al menos parecer amistosa. "Nunca habría imaginado que alguien ajeno a nuestra cultura pudiera haber organizado el festín de esta noche".

Sophie esbozó una breve sonrisa nerviosa. "No lo hice sola. El Primer Visir Mohammed ayudó, al igual que muchos otros. Yo sólo lo reuní todo".

"No seas tan modesta, Sophie. Deberías reivindicar tu éxito".

Sophie miró nerviosa a la reina Fairuza. "No quiero reclamar nada que no sea mío".

"Como es debido". La reina se aclaró la garganta. "Creo que estarás aquí por poco tiempo, Sophie. ¿Cuándo te vas?"

Sophie evitó con determinación mirar a Malek. "Mañana", dijo en voz baja.

"¿Qué?", preguntó Malek.

Se volvió lentamente hacia él. "Mañana", repitió.

Frunció el ceño. "Aún no te he dado permiso para irte".

"No, pero dadas las circunstancias pensé que sería mejor que me fuera cuanto antes".

"Sophie tiene razón, Malek", dijo la reina. "Es evidente que su trabajo aquí ha terminado. Y tú tienes que centrarte en tu futuro", dijo en tono directo.

"No te irás todavía, Sophie. Te lo prohíbo".

Ella levantó las cejas. "¿Me lo prohíbes?"

"Quiero que te quedes".

"No puedo", dijo Sophie, deseando que él comprendiera, que aceptara el hecho de que su futuro no era estar juntos.

"Suéltala, Malek", dijo su madre en voz baja.

"No puedo hacer eso, madre".

Sophie tuvo que apartar la mirada. Sus sentimientos por ella eran evidentes, a la vista de todos, incluida su madre.

"Oh", dijo brevemente la Reina Fairuza. "Bueno, puedo ver lo que Malek ve en ti. Pero ambos os dais cuenta de que no puede ir más allá. El afecto, el amor, como quieras llamarlo, es irrelevante en vuestra futura relación, Malek. Lo sabes, ¿verdad?"

Malek no apartó los ojos de Sophie, pero sus palabras eran para su madre. "Mi tatarabuelo se casó con una mujer como Sophie. Una mujer inglesa".

Un silencio descendió sobre la mesa y el Primer Visir Mohammed se levantó y se situó junto a Malek.

"Tiene razón. Es difícil de imaginar, pero antaño nuestros tribunales no eran tan insulares como ahora". Miró a Sophie. "Nuestro pueblo siempre ha estado abierto a las buenas personas, sin importar su origen". Reconoció a Sophie. "Y cuando la tatarabuela de Malek llegó buscando aventuras, las encontró en la forma de su tatarabuelo, que se enamoró de ella de inmediato".

Malek intercambió miradas con Sophie mientras el visir callaba, con la mirada fija en la reina.

"Nada es más grande que el amor, Fairuza. Amor por la familia, amor por la gente".

La expresión de la reina Fairuza se arrugó un poco ante el escrutinio de Mohammed. Mohammed le puso una mano en el brazo y ella cerró los ojos y apartó la mirada. Pero su mano se deslizó sobre la de él mientras asentía.

Sophie miró a Malek. Por su expresión, estaba claro que lo que acababa de ocurrir entre Mohammed y la reina era nuevo para él. Parecía que el mejor amigo y principal consejero del padre de Malek amaba a la reina y nadie lo había sabido... excepto la reina.

"Tienes razón, como siempre, amigo mío", dijo la reina. "Debería haberte escuchado hace años, pero te escucharé ahora".

Indicó su aprobación. "Bien. Mañana nos reuniremos, Fairuza. Mañana empezaremos de nuevo". Hizo una reverencia y se fue.

Malek también se levantó para dar las buenas noches a su familia, que ya había empezado a alejarse hacia las tiendas de campaña que se habían levantado para alojar a los invitados adicionales.

Cuando sólo quedaba la reina Fairuza, Sophie fue a marcharse. Esta vez fue la reina quien le tendió la mano. Le puso una mano en el brazo.

"Quédate, Sophie. Por favor, quédate".

Sophie ocupó el asiento acolchado junto a la reina y se sentaron en silencio, viendo cómo Malek levantaba en brazos a su joven primo en un gesto juguetón antes de entregárselo a su madre.

"A mi hijo siempre le han gustado los niños, pero nunca se ha permitido tener una familia. Pero ahora, veo un cambio en él".

"¿De verdad?"

"¿Lo dudas? Te creía más perspicaz".

Sophie observó a Malek jugando y se dio cuenta de que su madre tenía razón. Mientras Sophie se esforzaba por distanciarse de las relaciones íntimas, Malek había hecho todo lo contrario. Como el primo cariñoso, el hijo atento, no se parecía en nada al hombre que había conocido.

La reina Fairuza entrecerró los ojos y miró a Sophie. "Sé que eres lista. La forma en que organizaste esta noche. Genial. Elegante en su simplicidad y eficacia. Y sí, por si te lo preguntas, sé cuando me manipulan".

"Pero..." Sophie de repente estaba terriblemente preocupada de que todo hubiera salido mal.

La reina sonrió y negó con la cabeza, sus ojos amables por una vez. "Pero eso no significa que no lo haya deseado. En contra de la creencia popular" -lanzó una mirada irónica a Malek- "ésta era exactamente la clase de oportunidad que deseaba". Hizo una pausa, al ver la incompreensión y la incredulidad en el rostro de Sophie. "Malek no es la persona más fácil con la que hablar, sobre todo porque se rodea de todos esos ministros". La reina puso brevemente los ojos en blanco antes de volver a fijar su atención en Sophie. "Hace tiempo que las cosas van mal entre nosotros. Yo soy más cercana a su hermano. Quizá fue eso lo que le alejó". Se encogió de hombros. "Pero sigo siendo la madre de Malek con los sentimientos de una madre, piense lo que piense. Tú no eres una madre, creo, y sin embargo de alguna manera lo entiendes. ¿Cómo es eso?"

"Lo estoy, quiero decir que *estaba* muy unida a mi madre. La cuidé cuando estaba enferma durante muchos años. Cuando trabajas desde casa, y tu mundo se reduce a unas pocas personas, creo que tal vez llegas a estudiarlas para entenderlas mejor." Consiguió controlar sus emociones. "No lo sé. O tal vez sea simplemente porque soy de fuera. Pude ver los puntos en común que podrían unirlos".

La reina asintió lentamente. "Malek siempre tuvo un gusto excelente. Incluso en ese juez al que cortejó en secreto durante tantos años, al que creía que nadie conocía. Mi hijo y yo hemos sido extraños demasiado tiempo". Se acercó y le cogió la mano. "Tengo mucho que agradecerle".

SOPHIE ESTABA TUMBADA en la cama de la tienda que le habían asignado, escuchando el murmullo de las voces de la gente que seguía sentada fuera, que no estaba dispuesta a dar por terminada la noche, cuando oyó unos pasos que se acercaban.

"¿Sophie?"

Sophie se levantó y levantó la solapa de la tienda. "Malek", respiró. La luz plateada de las estrellas delineó su silueta.

"¿Puedo pasar?"

Ella se apartó en respuesta.

Entró y miró a su alrededor. "Tu tienda es pequeña".

"Para mí está bien".

"No, no lo es. Ni de lejos lo suficientemente fino para ti".

Había algo en la urgencia controlada de su voz que hizo que los latidos del corazón de Sophie se aceleraran. "¿Por qué estás aquí, Malek?"

"He venido a darte las gracias".

"No tienes nada que agradecerme".

"Tengo que agradecerse todo. La velada ha sido un éxito sin precedentes. Mi madre no se ha marchado como imaginábamos, sino que ha decidido pasar la noche aquí para que las reuniones con nuestra gente puedan continuar mañana. Ha cimentado nuestras relaciones como ninguna otra cosa podría haberlo hecho".

"Gracias a Dios."

Tomó sus manos entre las suyas. "Sophie, ¿lo has reconsiderado?"

Ella apretó el dedo contra sus labios. "No, Malek, por favor. No hables de ello. Ahora no".

Le besó el dedo. "Seré rey en unos días. Todopoderoso en este país. Puedo chasquear los dedos y tener lo que quiera. Cualquier cosa, aparentemente, excepto a ti. ¿Por qué no puedo tenerte a ti?" Su tono amable e inquisitivo casi la desquicia.

Sacudió la cabeza. No iba a decírselo. No quería discusiones, sólo a él, en su cama. "¿Recuerdas cuando hicimos el amor la última vez? Es lo mismo. Por ahora, puedes. Pero sólo por ahora".

"Pero Sophie, no tengo protección para nosotros aquí."

Era lo último en lo que pensaba. Era impulsivo, imprudente, pero lo único que quería era tenerlo dentro de ella una vez más. Completamente.

"No me importa, Malek. Te quiero ahora".

Cerró los ojos despacio, la buscó a ciegas y la atrajo hacia sí. Le besó la cabeza y frotó su mejilla contra ella, abrazándola con fuerza. Entonces ella sintió que un escalofrío recorría su cuerpo, y él le levantó la cara y la besó, no con delicadeza, sino con una pasión descarnada que hizo desaparecer todas sus dudas.

Le metió las manos por debajo de la camisa, recorriéndole la piel desnuda, antes de desabrocharle hábilmente el sujetador. Con los pechos libres, se apartó de su boca y le besó la garganta, abriéndole la camisa de un tirón y arrancándole los botones con las prisas. Bajó más y sus labios buscaron sus pechos, que sujetó con las manos, ofreciéndoselos a su boca para que los probara. Y lo hizo, uno tras otro.

Ella echó la cabeza hacia atrás para permitirle un mayor acceso y gimió mientras él chupaba el apretado nódulo de sus pezones. "Malek", susurró mientras él le desabrochaba los pantalones. Se los quitó y los tiró a un lado, dejándola desnuda a la luz parpadeante de las velas.

Sacudió la cabeza mientras la miraba. "Eres preciosa, Sophie. Tan hermosa. Y pensar que fui desagradecido por el regalo que me diste de ti misma".

Temblaba bajo su mirada, que prácticamente la devoraba. Le tendió la mano. "Malek", le suplicó, "quíatate la ropa".

Levantó los ojos con una sonrisa seductora. "Con mucho gusto".

A ella le tocó mirar cómo él se desabrochaba los botones y se quitaba la camisa. Pero iba demasiado despacio para ella, así que le desabrochó la hebilla y le bajó la cremallera. Se apartó los pantalones y se los quitó.

Ella saltó a sus brazos y lo besó. Él le puso las manos bajo las nalgas y ella deslizó las piernas alrededor de sus caderas, con la erección de él presionando sus húmedos pliegues. Jadeó

al sentir el contacto con su clítoris. Él la estrechó entre sus brazos y se deslizó dentro de ella.

Ella se retorció contra él mientras seguían besándose. Él la penetró y esta vez su cuerpo lo aceptó con facilidad; más que aceptarlo, lo *necesitaba*. Ella respondía a cada embestida con un jadeo y se movía al ritmo de él. Se separó del beso y hundió la boca en el hombro de él para intentar ahogar sus gritos. Y él la agarró con más fuerza aún mientras la penetraba repetidamente. Con la última embestida, él gritó su liberación y ella lo besó para llevarse su grito a la boca.

Lentamente la soltó y caminó con ella en brazos hasta la cama. Se tumbaron uno frente al otro, con los brazos de él aún alrededor de ella.

"Sophie", susurró, y el sonido era como el viento del desierto que se colaba entre los altos árboles del oasis. "No puedo dejarte marchar". Ella abrió los labios para responder, pero él la besó y luego se apartó, con el dedo recorriendo sus labios. "No digas nada porque no quiero oírlo".

"¿No debo decir nada en absoluto?" Sonrió.

"No, nada."

"¿Entonces tendré que expresar lo que quiero decir con mi cuerpo?"

Asintió con la cabeza.

Tímidamente, movió las manos desde sus hombros, a lo largo de sus brazos, musculosos y tonificados, hasta sus manos y luego hasta sus caderas. Los únicos hombres que había visto desnudos habían sido en películas. Nunca antes había tocado a un hombre. Movié los dedos tímidamente hacia su creciente erección, acariciando suavemente su longitud, que se alargaba bajo su contacto. Se lamió la punta del dedo y frotó la punta de la polla. Era suave y bajo su dedo se formó una gota nacarada. La alisó, se llevó el dedo a la boca y lo lamió. Sabía a los dos.

Malek gimió, la puso boca arriba, le cogió las manos y se las puso por encima de la cabeza, clavándole las caderas.

"Ahora te tengo indefensa". Ella abrió la boca para hablar, pero él la silenció con la suya. "Recuerda lo que dije... no hables". Entonces él la soltó y se movió a lo largo de su cuerpo, primero besando sus pechos y luego moviéndose más abajo, besó su sexo. Ella gimió. "No hables... sólo sonidos de placer deben escapar de tus labios".

Ella tragó saliva cuando él volvió a besarla. Pero esta vez no se limitó a besarla. Y ella se agitó contra la cama, con las manos en la cabeza de él, pero ahora, en lugar de tratar de atraerlo de nuevo hacia ella, le sujetaba la cabeza y se movía contra él con un abandono que no sabía que poseía.

Los gemidos y los suaves suspiros que él deseaba oír se sucedían ahora con más rapidez y fuerza, mientras él seguía dándole placer. Ella jadeó y gritó su nombre al estallar en un orgasmo que la dejó sin aliento.

Sólo entonces, con una última lamida, se levantó y la miró. "Sabes tan bien como pareces, mi amor".

Ahora se sentía totalmente lasciva; toda timidez había desaparecido bajo la avalancha de orgasmos. Juntó las piernas hasta que atrapó su erección entre los muslos. Respiró agitadamente.

"¿No has tenido suficiente todavía, mi insaciable Sophie?"

Ella negó con la cabeza, siguiendo con el juego de no hablar. En cambio, abrió los ojos en una mirada inocente, abrió las piernas en una posición totalmente no inocente y rodó hasta quedar encima de él.

Se puso de rodillas, le cogió la polla con las dos manos y se la acercó, frotándola de un lado a otro a lo largo de su sexo empapado, mirándolo por debajo de las pestañas bajas. Un músculo le

crujió en la mandíbula mientras la agarraba por las caderas y la empujaba hacia él.

Se sentía diferente a antes, el ángulo que ella adivinó. Se movió y jadeó al sentir el roce de su clítoris contra el vientre apretado de él. Se levantó lentamente, sintiendo el húmedo arrastre de él dentro de ella. Dios, no quería que esto acabara nunca. Se inclinó sobre él y le puso las manos en los hombros, unos hombros tan anchos y fuertes, tan capaces de cualquier cosa, pero que sólo la querían a ella. Con los pechos rozándole el pecho, continuó moviéndose arriba y abajo, sobre él, observando atentamente la expresión de su rostro.

Se sentía inmensamente poderosa al verle reaccionar a sus movimientos, cambiando de ritmo o de postura para ver qué efecto tenía en él; bajaba la cabeza y le pasaba la lengua por los labios, pero se apartaba justo antes de que él pudiera besarla bien. La provocación funcionaba. Ella podía verlo en sus ojos. Hizo que él la penetrara profundamente.

Volvió a inclinarse y esta vez lo besó, dejando que las puntas endurecidas de sus pezones rozaran el áspero vello de su pecho. No sabía a quién estaba dando más placer, si a Malek o a sí misma. Finalmente, no pudo aguantar más y ambos estallaron en un orgasmo simultáneo. Cayó sobre él, totalmente agotada.

La abrazó con suavidad y quedaron enredados, mientras su respiración volvía a la normalidad. Ella cerró los ojos y se quedó dormida. Lo último que recordaba eran sus suaves cariños en un idioma que no entendía, pero cuyo significado comprendía perfectamente.

SOPHIE SE DESPERTÓ sobresaltada al ver que había amanecido, la gente estaba levantada y Malek se había ido. Comprobó la hora en su teléfono. Llegaba tarde, pero sus obligaciones habían terminado. No la necesitaban para nada. La idea le hizo reflexionar.

Ya no la necesitaban para nada. Había cumplido con su deber: redactó un informe detallado sobre los sistemas informáticos del palacio, entrevistó y formó a su sustituto, consiguió de algún modo que la familia real volviera al camino de la curación y, por último -el logro que le revolvía el estómago-, había encontrado esposa a su amante.

Colocó los pies sobre la alfombra tejida y se apartó el pelo de la cara. Ya era hora de que se fuera. No había necesidad de que se quedara a la coronación, dijera lo que dijera Malek. No importaba lo que él quisiera. Le había prometido a su madre que no se casarían, y la paz y la prosperidad del país dependían de esa promesa.

No, ella se habría ido antes de que él lo supiera. Haría autostop con los proveedores que volvían a la ciudad. Malek no lo sabría. Estaría demasiado ocupado con sus visitas.

EN MEDIA HORA, Sophie estaba en la furgoneta del catering. Si les parecía raro, no lo decían, lo que a Sophie le parecía bien.

Apoyó la cabeza en el reposacabezas y miró a través de las llanuras. ¿Cómo podía pensar que estas llanuras eran interminables y monótonas cuando llegó? Ahora podía ver sus sutilezas: los diferentes dibujos que el viento había hecho en la arena, las diferentes imágenes que el manto de luz creaba a distintas horas del día, las manchas oscuras de carbón que eran el primer indicio de vida, los espejismos engañosos de agua parpadeante donde no la había.

Todavía debería sentirse extraña, después de todo, no llevaba mucho tiempo aquí. Pero era la casa de Malek. Cerró los ojos y recordó sus brazos a su alrededor, su cuerpo dentro de ella, y supo que, le gustara o no, dondequiera que estuviera, sería su hogar. Pero era un hogar en el que no podía vivir.

Sophie se pasea por el despacho del Visir. "Pero tengo que irme. No puedes retenerme aquí".

El primer visir suspiró. "Sophie, ya hemos hablado de esto. Su Alteza Real te ha prohibido salir hasta que él regrese de sus viajes por el país antes de la coronación. El contrato que firmaste tiene una duración de cuatro meses más, pero él está dispuesto a olvidar el tiempo extra. Pero debes cumplir con tus deberes hasta el día de la coronación".

"¿Pero por qué? Dímelo".

El visir frunció el ceño. "No. Ahora vete y continúa con tu trabajo, como se requiere de ti".

"¿Y si me voy?"

"No llegarás a ninguna parte. Una llamada a la seguridad del aeropuerto se encargará de eso. Ahora vete. Es sólo por una semana más".

Sophie podría haber gritado de frustración, pero no pudo decir nada. ¿Cómo podía decirle a Mohammed que cada minuto que pasaba en el palacio, tan cerca de Malek, pero sin poder tenerlo como ella quería, le resultaba doloroso más allá de las palabras? No tenía otra alternativa. "De acuerdo. Me tienes una semana más. Pero te agradecería que arreglaras mis billetes, ultimaras mi paquete de remuneración y te aseguraras de que tengo un chófer a mi disposición durante una semana."

"Considéralo hecho".

Se dirigió rápidamente a su habitación y cerró la puerta tras de sí. Al menos podía esconderse en su suite. Había estado trabajando desde su habitación y nadie había insistido aún en que fuera a la oficina. Abrió las puertas que daban al patio, se dirigió a su escritorio y se perdió en el adormecedor e impersonal asunto de los sistemas informáticos.

LOS DÍAS se habían alargado de la noche al día, fundiéndose unos con otros. La mayor parte del tiempo permanecía en su habitación, y sólo salía de madrugada y al atardecer para pasear por los patios. Le traían la comida sin preguntar y no veía a nadie más.

Pero éste era su último paseo por los jardines que tanto le gustaban, porque Malek volvería al día siguiente y no podía arriesgarse a tropezar con él. Salió al fragante atardecer y caminó un

poco más, hasta que el sendero desembocó en una pequeña zona que daba a los espacios públicos de abajo.

Miró hacia el faro y recordó a Malek hablándole de su infancia. Parecía que había pasado tanto tiempo, no unos meses. Recordó las palabras de la reina Fairuza. Malek *había cambiado*, y Sophie había sido en parte responsable de ello. Suspiró. Él era ahora una parte real de la vida de su familia y ella estaba fuera, mirando hacia dentro. Como ella quería. ¿No era así?

De repente se oyeron voces desde abajo. Por un momento pensó que Malek se había adelantado. Luego escuchó con más atención y se dio cuenta de que no era él. La voz era muy parecida, pero el acento era diferente. Hablaba en inglés con un acento vagamente antípoda. Frunció el ceño tratando de localizarlo.

A la voz del hombre se une la risita coqueta de una mujer. La conversación entre el hombre y la mujer es rápida y entre risas. Quienesquiera que fuesen, se lo estaban pasando bien.

A Sophie le picó la curiosidad, se inclinó sobre la balaustrada de piedra y apartó los arbustos que le impedían ver.

Era Malek. Pero entonces el hombre se movió y ella vio su perfil: igual de fuerte, pero de algún modo más crudo, menos guapo. No era Malek. Exhaló un profundo suspiro de alivio y se apoyó en la balaustrada. Debía de ser alguien de la familia, tal vez un primo, porque el parecido era excesivo. Pero, ¿quién era la mujer?

Se sintió vagamente culpable asomándose al balcón, observándoles sin que ellos lo supieran, pero era un lugar público y no estaban abrazados. Sólo el tono de sus voces era coqueto. Estaba demasiado lejos para oír exactamente lo que decían.

La luz empezaba a desaparecer del cielo y los últimos rayos de sol se abrieron paso a través de una banda de nubes que se posaba en el horizonte, justo en el mismo momento en que la mujer se volvió y se apoyó en una columna. Levantó la cara para sonreír al hombre y, con una sacudida de sorpresa, Sophie se dio cuenta de quién era la mujer. Coqueteando con un hombre extraño, como si su vida dependiera de ello, estaba Sheikha Talisha, ¡la mujer que encabezaba la lista para casarse con Malek!

Sophie se bajó en silencio de la balaustrada. Ya había visto suficiente. Mientras volvía a su habitación, su mente se agitaba. ¿Qué significaría esto para el futuro del país? ¿Para Malek? Si no había matrimonio, todos sus planes de paz podrían quedar en nada, incluso con el apoyo de la reina. ¿Y si lo había? Entonces Malek se casaría con alguien que obviamente se estaba enamorando de otro hombre.

MIENTRAS SOPHIE PASEABA por su habitación, el sol del mediodía brillaba en las motas doradas del suelo de mármol. Después de ver a Sheikha Talisha dos noches antes, había pasado más de veinticuatro horas intentando decidir si debía decirle a Malek que la mujer con la que iba a casarse estaba... ¿qué? ¿La habían visto flirteando con un hombre? No era un delito grave y Sophie sabía que no cambiaría mucho el resultado.

El matrimonio entre Talisha y Malek era puramente un acuerdo de negocios. Todo el mundo, incluida la propia pareja, lo tenía claro. Pero le dolía el corazón pensar en Malek atado a un matrimonio sin amor. Como su petición de audiencia había sido denegada debido a una reunión urgente que duraba todo el día, finalmente le había escrito una nota. Una nota a la que no había

recibido respuesta. Nada de Malek. Nada de nadie. Incluso Raisa la había abandonado. Su autoexilio parecía convenir al palacio, que se centraba en atender a su numerosa población y en los preparativos de la coronación.

Y ahora era el día de la coronación, y los participantes clave -incluidos los Reyes del Desierto- habían estado reunidos desde el amanecer. Esto inquietaba a Sophie, le preocupaba que algo fuera mal, pero todas las noticias en Internet indicaban que todo iba según lo previsto.

Llamaron a la puerta y Sophie se dirigió hacia ella, esperando que Malek estuviera allí. La abrió de par en par, pero sólo estaba la criada que había sustituido a Raisa.

"¿Dónde está Raisa?"

La chica sonrió nerviosa y se encogió de hombros. "Muy bien".

Sophie suspiró. La chica sabía poco inglés. Era inútil preguntarle si todo iba según lo previsto. Echaba de menos a Raisa-Raisa, que lo sabía todo y que le habría dicho qué pasaba, si es que pasaba algo. Pero, con la afluencia de dignatarios visitantes a palacio, las habilidades de Raisa estaban muy solicitadas y Sophie hacía días que no la veía.

La chica le indicó a Sophie que se sentara frente al espejo. Mientras la chica encendía las planchas del pelo y se afanaba en el pequeño cuarto de baño asegurándose de que tenía todo listo para preparar a Sophie para la tarde que le esperaba, Sophie echó un vistazo a su maleta, que estaba hecha y lista para partir esa misma tarde hacia Frankfurt. Le costaba creer que se marchaba. Pero eso era lo que siempre había querido hacer, ¿no? ¿Viajar? ¿Seguir moviéndose?

Se sentó frente al espejo mientras la muchacha hacía su magia. Sophie había considerado desobedecer las instrucciones del Primer Visir Mohammed de que asistiera a la coronación, pero sería su última función. Mañana a esta hora estaría en Frankfurt. Y, además, había una parte de ella que no podía creerlo: necesitaba ver con sus propios ojos que Malek era realmente rey, y que, por fin, no estaba disponible para ella.

SOPHIE ESTABA delante de una puerta lateral del Gran Comedor. Debía entrar. Llevaba puesto su mejor vestido de noche y había intentado prepararse para ese momento durante toda la semana, pero aún así dudaba. El compromiso y la coronación ocurrirían al mismo tiempo. Simplemente no podía hacerlo.

Se apartó y se sentó en un asiento cercano a la sala, donde podía oír los aplausos dispersos, los vítores ocasionales y el zumbido del orador. Desde aquí escucharía la ceremonia y se la imaginaría.

Cerró los ojos y, al sonar la música, se imaginó a Malek subiendo al estrado y al imán de pie detrás de él, sosteniendo la corona en alto y entonando el antiguo discurso, antes de colocársela lentamente en la cabeza.

El estallido simultáneo de aplausos y música le hizo abrir los ojos. Debía de ser el rey. Se levantó del banco. La siguiente parte de la ceremonia no quiso imaginarla. Había visto el orden de la ceremonia y sabía que, en ese momento, su futura esposa se presentaría para el compromiso formal.

Rápidamente se alejó del vestíbulo hacia la fuente principal. El agua salpicó su vestido de satén rojo rubí, manchándolo como si fuera sangre. "Está arruinado", susurró para sí misma y se llevó las manos a los ojos, donde las lágrimas empezaron a brotar tan libremente como el agua de la ornamentada fuente de piedra.

CUANDO CONSIGUIÓ CRUZAR sin ayuda el recinto del palacio, evitando las vías públicas, ya era tarde. No había nadie. Todo el mundo estaba en la coronación. Se preguntó si Malek tendría tiempo o interés en buscarla. Pero aunque hubiera tenido ganas, ella sabía que no habría tenido tiempo. La secuencia de los acontecimientos en la coronación era tradicional y requería que los actores principales estuvieran totalmente al tanto de lo que ocurría en todo momento. Un movimiento o una palabra en falso y la ceremonia habría caído en el deshonor.

Abrió la puerta y encendió la luz. Miró el reloj y se dio cuenta de que no tenía tiempo para cambiarse. Tendría que ir al aeropuerto tal como estaba y cambiarse allí. Recogió las maletas. Sólo contenían lo que había traído al país. Dejaría atrás sus mejores vestidos, excepto el que llevaba puesto. No quería sentir que se había beneficiado de este trabajo de ninguna otra manera que no fuera ganando el salario que se había acordado de antemano. Incluso había devuelto el generoso sobrepago que había descubierto en su cuenta bancaria.

No, ella tomaría lo que era suyo, limpiamente, e iría a Frankfurt. Y luego ... en otro lugar.

Echó un último vistazo a la habitación que había sido su hogar durante los últimos meses, apagó las luces y cerró la puerta tras de sí. El coche la esperaba en la parte trasera del palacio.

Llevó las maletas hasta la parte trasera del palacio, donde la esperaba un coche. El palacio estaba muy iluminado por las luces exteriores y Sophie tuvo que levantar la mano para protegerse del resplandor y poder mirar dentro. El conductor estaba allí.

Un mozo se acercó, cogió sus maletas y las metió en el maletero del coche. Estaba a punto de entrar cuando Raisa salió corriendo del palacio.

"¡Sophie! No estuviste en la ceremonia".

"Lo siento, Raisa. Pero no podía ir. Simplemente no podía".

Había lágrimas en los ojos de Raisa mientras Sophie la abrazaba. "Entonces, ¿te vas?"

"Tengo que hacerlo. Me mantendré en contacto, lo prometo".

Raisa abrió la puerta y Sophie entró. Raisa la cerró. La saludó con la mano y, visiblemente disgustada, se alejó. "Adiós", llamó Sophie mientras el coche se alejaba del palacio.

Perdida en sus pensamientos, Sophie dejó que las lágrimas fluyeran sin freno. Pensamientos de Malek tal y como lo había visto por primera vez en París, paseándose por el hotel, autoritario y devastadoramente guapo y sexy; más tarde, en Sumaira, sentado, observándola con una enigmática sonrisa en la cara en las reuniones de negocios; y luego, hacía sólo unos días, de Malek, desnudo, penetrándola, llevándola al clímax. Y ahora, abrió los ojos y vio cómo las puertas del palacio se cerraban tras ellos al girar hacia la autopista que los llevaría al aeropuerto.

Buscó un pañuelo en el bolso y se sonó la nariz. No podía dejarse derrumbar. Tenía que pensar en su futuro. Se las arreglaría. *Tenía* que hacerlo. Así que había hecho lo último que quería hacer: se había enamorado. Eso sólo significaba una cosa... era hora de seguir adelante. Además, incluso si Malek todavía quería casarse con ella, no había manera de que su país aprobara el matrimonio. Y no había forma de que ella pudiera revelar la verdad: que lo amaba demasiado como para destruir su tenue paz con su madre y aceptar su propuesta.

Cerró los ojos y se permitió la alegría de pensar en Malek y en el tiempo que pasaría con él. Tenía cinco minutos antes de llegar al aeropuerto y los aprovecharía al máximo.

Pero pasaron cinco minutos y no habían salido de la autopista. Abrió los ojos sobresaltada y no reconoció dónde estaban. Miró detrás de ella y vio la forma delatora de los hangares que se alejaban en la oscuridad.

Se inclinó hacia delante. "Nos hemos pasado el desvío al aeropuerto. Estaba ahí detrás".

El conductor no contestó, sino que tomó el siguiente desvío de la autopista en dirección

contraria. La pista era accidentada, y el pánico creció en Sophie al darse cuenta de que se dirigían hacia el mar. Delante de ella estaba el faro que se veía desde el palacio, aquel del que Malek le había hablado. ¿Qué demonios estaba pasando?

"El aeropuerto está en la otra dirección", repitió, intentando sonar firme en lugar de asustada.

El hombre no dijo nada, pero hizo girar el coche frente al faro. "Lo sé", dijo una voz familiar. "Pero no se preocupe, no perderá su vuelo, *si* aún desea ir".

Esa voz. *Esa voz*. Atónita, Sophie se quedó inmóvil mientras el chófer se apeaba, daba la vuelta y le abría la puerta. Sin palabras, se quedó mirando al hombre que, ahora se daba cuenta, no vestía librea de palacio, sino un caro traje de diseño. Silueteado contra el cielo claro, no pudo ver los rasgos del hombre, pero reconoció *su* voz. "Sophie, quiero enseñarte algo".

Su mano se tendió hacia ella y temblando, ella levantó la suya y él la agarró y la sacó del coche.

"¿Malek?" Ella levantó la mano hacia su cara, su mano temblando hasta que la apretó contra su mejilla. "¿De verdad eres tú?"

Ella sintió su sonrisa formarse bajo la palma de su mano. "Sí".

"¿Pero qué demonios haces aquí?"

"Necesitaba verte, decirte lo que todo esto significa para nosotros".

"¿De qué estás hablando?"

"¿De verdad no lo sabes? ¿No has oído lo que pasó?"

Sacudió la cabeza, completamente confusa.

"Entonces, mi amor, te lo contaré mientras caminamos". Le cogió la mano. "Ven."

Sophie se preguntó si estaría soñando. No había nada más que oscuridad a su alrededor -sólo interrumpida por el destello del faro en el que ella captaba la mejilla de Malek de perfil en un momento y su devastadora sonrisa al siguiente- mientras caminaban por el sendero rocoso hasta el borde del acantilado. Ante ellos, el mar azul se extendía como una franja de terciopelo arrugado, de vez en cuando salpicado por el blanco del agua que chapoteaba en las rocas y los rastros de fosforescencia.

Miró hacia el faro. "¿Recuerdas que te hablé del faro? Cómo solía ver el destello regular de luz. Cómo siempre estaba ahí. Encontraba consuelo en el ritmo constante, a pesar de esta tierra turbulenta y de mi familia".

"¿Pero no deberías estar con tu familia ahora? Malek, ¿qué demonios está pasando? Qué pasa con tu prometida, tu país, las celebraciones... Deberías *estar* allí".

"No, no debería. No podía decírtelo; no había tiempo. Pero todo ha cambiado. Revocé mis derechos constitucionales en favor de mi hermano".

"¿Tu hermano? Pero él..." Se detuvo al recordar de pronto el tenue acento australiano del hombre en el patio de abajo la noche anterior. "¿Está aquí? ¿En Sumaira?"

"Al parecer, mi madre decidió que lo mejor para todos sería que él se convirtiera en rey en mi lugar".

"¿Ella hizo *qué*?"

"Así que se puso en contacto con él y le convenció para que regresara y ocupara el trono. Parece que no necesitó mucha persuasión, sobre todo cuando se dio cuenta de que Sheikha Talisha sería su prometida. Tenías razón sobre que Talisha conoció a Jaish en Oxford. Parece que hicieron algo más que conocerse, pero no pudieron ir más allá, ya que ella había estado fuera de los límites durante el reinado de mi padre".

"¿Y todo esto es aceptable para su gobierno, su pueblo, su país? ¿Este cambio en el último

minuto?"

"Mi país es muy diferente a cualquier país occidental. Nuestra familia real es el gobierno, esencialmente. Además, todas las tribus principales están de acuerdo. Jaish ha sido preparado para ser rey desde su nacimiento. Para ellos no importa si es un hermano u otro". Se encogió de hombros. "Intercambiamos los puestos, el gobierno ratificó los cambios y Jaish ha sido coronado rey de Sumaira y está prometido a la jequesa. Y, por lo que veo, está muy contento con todo ello".

"¿Entonces por qué se fue en primer lugar?" Sophie se sintió enfadada por Malek. "¿Tu hermano te hizo pasar por todo esto cuando estaba feliz de ser rey en primer lugar?"

"Ha estado un año fuera, en Australia, y ese tiempo le ha cambiado. Había crecido bajo los focos y creo que necesitaba tiempo para reflexionar. Estaba en lo más profundo del Outback cuando mi madre lo localizó. Sólo consiguió hablar con él porque su caballo se había quedado cojo y había tenido que volver a la estación. Al parecer, había llegado a un punto de inflexión y estaba dispuesto a regresar. No tenía ni idea de cómo estaban las cosas aquí, si no, creo que habría vuelto antes". Suspiró. "De todos modos, está en casa, es rey, y eso me deja a mí...". Sonrió mientras se volvía hacia Sophie y le cogía la mano. "Libre".

"¿Libre de hacer?"

Se llevó la mano a los labios y la besó. "Exactamente como me gusta."

"¿Y qué te gusta?"

"Me gustaría escapar de Sumaira -al menos por un tiempo- y volver a París o a Londres o quizá a algún otro sitio. Sólo... ser libre".

"¿Y después?"

"Continuaré el trabajo que he empezado aquí, para que Sumaira vuelva a ser grande. Me moveré entre países negociando acuerdos comerciales que harán que nuestros puertos estén ocupados, y que nuestros hombres vuelvan a tener empleo."

"Siempre en movimiento".

"Eso depende".

"¿En?" La pequeña sílaba quedó suspendida en el aire. Sophie habría jurado que se oyó el latido de su corazón.

"En lo que mi esposa desea hacer. Ya ves, estoy de vuelta al punto de partida. Necesito encontrar una esposa".

Sintió un sollozo que intentó evitar, pero no lo consiguió. Él le cogió las manos y se las acarició. "¿No lo entiendes?" Sus ojos destellaron calientes e intensos bajo el destello intermitente. En lugar de calentarla, provocó otro sollozo en su garganta. Mantuvo los labios apretados para evitar que temblaran. Sacudió la cabeza.

"Entonces tendré que dejarlo claro. Encontraste a la futura Reina de Sumaira, pero aún tienes que cumplir tu parte del trato y *encontrarme* alguien con quien casarme".

Volvió a respirar con dificultad. "Eso no es sencillo."

"Mi lista contenía todo lo que yo creía, y que me habían dicho, que se requería de una esposa". Sacudió la cabeza, sus dedos recorriendo las manos de ella. "Pero no estaba completa. No podía saber lo que necesitaba cuando escribí esa lista. Porque no te había conocido".

Las fuerzas abandonaron de repente el cuerpo de Sophie y él la estrechó entre sus brazos.

Levantó su cara hacia la suya, acunándola entre sus manos. "Tú, Sophie". La miró a la cara. "No puedo hacer una lista de cosas. No puedo separar las cosas que me hacen desearte, necesitarte, amarte. Sophie, *habibti*, quiero empezar mi nueva vida repitiendo una pregunta que

te hice hace una semana".

"Mi respuesta, entonces, ya sabes, no podría..."

"Sophie, está bien. Sé lo que ha pasado. Mi madre me lo contó todo. Ahora sé que te hice una pregunta que no podías responder afirmativamente sin faltar a tu palabra con mi madre. Ella me lo contó todo".

"Oh." Sophie exhaló suavemente, la tensión drenando de ella. "Gracias a Dios. Pero..." Se interrumpió mientras las lágrimas la abrumaban.

"Te conozco, Sophie. Sé que tienes miedo al amor y al compromiso, miedo a que te hagan daño, miedo a perderte, como le pasó a tu madre. Pero la vida sin amor no vale la pena. Puedo dar fe de ello porque he pasado la mitad de mi vida así. Tú me has mostrado un camino diferente. Ahora, es *mi* turno de *mostrártelo*. Porque te quiero y siempre me aseguraré de que estés a salvo. Nunca te perderás, nunca te harán daño, conmigo".

Las lágrimas no hicieron más que aumentar cuando ella reconoció instintivamente la verdad de sus palabras. Intentó quitarse las lágrimas de la cara, pero él la detuvo, le pasó los pulgares por las mejillas y le sostuvo la cara entre las manos.

"Sophie, cástate conmigo, por favor."

Sus lágrimas fluyeron sobre los dedos de él y lo único que pudo hacer fue asentir.

Sus ojos se iluminaron bajo el destello del faro. "¿Eso es un 'sí'?"

Volvió a asentir, incapaz de hablar: tenía el corazón demasiado lleno. Luego tomó una bocanada de aire. Es un "sí" total y absoluto", consiguió susurrar antes de que sus labios la abrazaran en un beso que no quería que terminara nunca.

EPÍLOGO

Seis meses después...

"¿Estás bien?", susurró un preocupado Malek a Sophie cuando salieron del apartamento de su abuela en el palacio, donde vivían cuando estaban en Sumaira. "¿El calor no es demasiado para ti después del frío de París?".

"¡Malek! Te preocupas demasiado. Sólo estoy embarazada. Puedo soportar un poco de calor".

"Embarazada de *gemelos*". Su mano acarició brevemente su barriga de cinco meses.

"Y nunca he estado más sano. Así que deja de preocuparte y llévame con tu líder". Sonrió.

Él le respondió con una sonrisa y le rodeó la cintura con el brazo. Ella sabía lo que estaba haciendo. Como siempre hacía, apoyándola sin llamar la atención.

"Ven, la familia está en la antesala; nos reuniremos allí con ellos antes de pasar al Gran Salón para la ceremonia".

Sophie y Malek pronto fueron engullidos por su ruidosa y parlanchina familia, que se había unido en torno al nuevo rey para presentar un frente unido al mundo. Hoy era el día en que se firmaría un nuevo tratado entre los Reyes del Desierto y los países del este que habían amenazado Sumaira en los últimos años. Ahora, los Reyes del Desierto podían avanzar hacia una era más pacífica.

Entraron en el Gran Salón en una larga fila, Malek a la derecha de su hermano, el rey de Sumaira, y Sophie a su derecha. La nueva esposa del rey estaba a su izquierda, y a la izquierda de ella, la reina madre Fairuza y el primer visir Mohammed, que ahora estaban comprometidos en matrimonio. Detrás de ellos había numerosos primos y familiares que habían viajado desde todos los rincones de Sumaira y del extranjero para estar allí en este día trascendental.

Tras los saludos iniciales, Malek insistió en que le trajeran una silla a Sophie, para disgusto de ésta. Pero a veces, pensó Sophie, mientras hacía lo que le decían, los restos del aire de rey autocrático de Malek resultaban abrumadoramente sexys. Además, estar sentada le daba la oportunidad de observar a los Reyes del Desierto y a sus familias: los reyes Zahir, Razeen y Tariq, y los príncipes Sahmir y Daidan. La sensación de hoy era muy diferente a la de hace ocho meses. Ahora se respiraba optimismo. Sólo el rey Tariq de los Reyes del Desierto estaba casado y tenía hijos. Aunque se rumoreaba que no lo estaba felizmente. Su esposa parecía pasar más

tiempo en el extranjero que en su país.

Sophie desvió la mirada de Tariq y Zahir -ambos hombres imponentes y solemnes- a los demás, más jóvenes y solteros.

En los años venideros se producirían muchos cambios en las tierras de los Reyes del Desierto. Cambios de los que Malek y ella serían testigos mientras se desplazaban de un país a otro, trabajando para mantener la paz y aumentar la prosperidad en su mundo.

De repente, todos se levantaron y ella miró a su alrededor sorprendida. Debía de estar ensimismada, pues parecía que la parte formal de la reunión había terminado y la gente se movía saludando a viejos amigos y aliados.

Malek se levantó y le tendió la mano para ayudarla. Puede que sólo estuviera embarazada de cinco meses, pero con los gemelos parecía estar a punto de dar a luz. Incluyó la cabeza hacia ella. "Eres tan hermosa, *habibti*, que durante toda la ceremonia sólo he podido pensar en ti, desnuda en nuestra cama esta mañana, con las piernas abiertas para mí".

Ella medio rió, medio tosió sorprendida por el comentario inapropiado. "Hacía demasiado calor para cubrirse con una sábana".

"Aunque no lo fuera, te lo habría quitado porque, cariño, no me canso de ti".

Se humedeció al instante al recordar la boca de él en su sexo sólo unas horas antes, dándole lo que quería, llevándola al clímax extático que sólo se hacía más gratificante y enriquecedor con el tiempo.

Apoyó la cabeza en su hombro. "Si no quieres que tenga un orgasmo en el acto o me desmaye por sobrecalentamiento, será mejor que dejes de hablar así".

"Hm." Entrecerró los ojos sexy. "Le diré a Jaish que tenemos que irnos. Le diré que mi esposa está exigiendo sexo, y debo satisfacerla".

"¡No!" Ella se rió pero él se apartó.

"Espérame en la puerta. Allí hace más fresco. No tardaré y te daré lo que quieras. Es lo menos que puedo hacer. Después de todo, me encontraste una esposa".

Sophie observó con una sonrisa cómo Malek hablaba con Jaish, sobre lo que ella no sabía. Esperaba que sólo le estuviera tomando el pelo y que no le estuviera contando la verdad a su hermano. Pero entonces su hermano sonrió, le dio una palmada en la espalda a Malek y la miró enarcando una ceja.

"¿Listo?" Preguntó Malek.

"Siempre, mi amor".

Salieron a un futuro tan brillante como la luz del sol.

EL REY ZAHIR DE QAWARAN observó a Malek y Sophie salir de la habitación, tan unidos, tan felices, y luego dirigió su atención al resto de la familia real de Sumairan, maravillado por la diferencia que podían suponer seis meses. Ocho meses antes, en la cumbre de los Reyes del Desierto celebrada en París, había jurado lealtad al grupo, aunque dudaba del futuro de Sumaira. La lealtad y el deber hacia la familia y los amigos lo eran todo para Zahir. Para él, no había nada más.

Pensar en la deslealtad le traía un amargo sabor de bilis a la boca, al igual que el recuerdo de aquel encuentro en París. Allí había conocido a Anna, la mujer con la que había tenido una relación amorosa tan dramática como breve. Una noche de amor intenso y luego... había terminado tan repentinamente como había empezado.

"¿Perdido en tus pensamientos, Zahir?" Saludó a Razeen, recién convertido en rey de Sitra tras la repentina muerte de su padre y su hermano.

"Recordando París".

"Sí, hemos recorrido un largo camino desde entonces. Quién hubiera creído que Malek y Jaish podrían haber creado los cimientos de un país fuerte y próspero tan rápidamente".

"Aún queda mucho trabajo por hacer".

"Sí, pero tienen una base sólida desde la que crecer. No podíamos preverlo hace ocho meses".

No podíamos prever muchas cosas, pensó Zahir. Y mucho menos que la mujer de la que se había enamorado había resultado estar casada con su hermano; había resultado ser una mentirosa desleal y adúltera, con la que seguía completamente obsesionado.

"Esto demuestra que nunca se sabe lo que puede ocurrir en el futuro. Lo que un día puede parecer imposible, al día siguiente puede estar sucediendo", dijo Razeen.

Zahir miró por la ventana hacia la lejana línea de montañas que separaba su país, sin salida al mar, de Sumaira y se preguntó si Razeen tendría razón.

EL FIN

¡Compre ya el próximo libro de la serie!



Un despiadado guerrero del desierto y una mujer amante de la libertad, obligada a aceptar un matrimonio de conveniencia para poder vivir con su hijo.

Aquí tienes una reseña de *La novia de ganga del jeque* para que te hagas una idea de lo que te

espera.

"Lugares exóticos, personajes exóticos, amor, venganza, secretos y angustia se unen a la perfección para crear una historia emotiva y romántica... La escritura de esta autora es exuberante, sensual y fluida. En ningún momento me aburrí con esta historia. No podía dejar de pasar las páginas, queriendo, no, desesperada por saber más".
(MsRomanticReads.wordpress.com)

POSTFACIO

Gracias por leer *Se busca: Una esposa para el jeque*. Espero que les haya gustado. Las reseñas son siempre bienvenidas: me ayudan a mí y a los posibles lectores a decidir si les gustará el libro.

Se busca: Una esposa para el jeque presenta a los reyes y príncipes de los reyes del desierto que aparecen en los otros cinco libros de la serie:

Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

Si quieres averiguar si Razeen tiene razón sobre el futuro y si el futuro de Zahir no es tan sombrío como predice, hazte hoy mismo con un ejemplar de *La novia ganga del jeque* (a continuación, un extracto).

¡Feliz lectura!

Diana

www.Dianafraser.com

LA NOVIA DE GANGA DEL JEQUE

LIBRO 2 DE REYES DEL DESIERTO-ZAHIR



Anna Whitman lleva toda la vida anhelando la libertad y la independencia, pero se ve obligada a aceptar un matrimonio de conveniencia para poder vivir con su hijo.

El jeque Zahir Al-Zaman es un despiadado guerrero del desierto que cree que la única forma de controlar su obsesión por Anna es poseerla. Y hará casi cualquier cosa -incluso secuestrar a su hijo- para tenerla.

Pero Zahir no la llevará a la fuerza a su cama. Tiene sus estrategias de seducción, estrategias a las que Anna encuentra cada vez más difícil resistirse. Pero ella no quiere una relación basada en mentiras. ¿Y cómo puede revelar sus secretos cuando van a hacer añicos las creencias que él más aprecia?

Extracto

El jeque Zahir al-Zaman entrecerró los ojos contra el resplandor de las llanuras pedregosas

blanqueadas por el sol y se concentró en la mancha oscura que se materializaba lentamente. En cuestión de minutos, el rítmico zumbido del helicóptero llenó el cielo nublado de primavera como una langosta furiosa dispuesta a devastar.

No había perdido el tiempo. Pero él se había asegurado de que no pudiera rechazar su invitación. Desterró un atisbo de incomodidad con práctica facilidad. A veces tienes que atraer a la presa hacia ti. A veces, de una manera que no era agradable.

Pero el fin siempre justificaba los medios. Ella sería suya y él estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para conseguirlo.

Vio cómo el helicóptero se posaba en una nube de polvo ante el palacio. El piloto sacó un pequeño maletín y empezó a abrir la puerta antes de que ésta fuera empujada bruscamente desde el interior y emergieran dos largas piernas vestidas de vaqueros. Una rubia alta bajó de un salto y echó un vistazo al palacio, girando la cabeza con impaciencia.

Había cambiado. Estaba más delgada, tenía el pelo más largo, su rostro ya no era bronceado, sino tan pálido como el desierto bajo la luz de la luna. Aun así, su cuerpo le respondía igual ahora que cuando le visitaba en sueños.

Había vivido con su obsesión por ella durante seis largos años: maldiciendo y alimentando la ira por su engaño y traición mientras seguía anhelando revivir la pasión de su única noche juntos. Pero la muerte de su hermano significaba que ya no tenía que vivir con la locura.

Entonces, con un imperceptible movimiento de cabeza, levantó la vista y lo vio. Zahir frunció el ceño y la respiración se le agarrotó inesperadamente en el pecho. Unos ojos azules como el hielo lo miraban fijamente, desafiándolo, exigiéndole una explicación. ¿Cómo podían unos ojos tan fríos y septentrionales encender tanto fuego? Se dio la vuelta de repente y cerró la puerta del helicóptero con una fuerza que desmentía su fragilidad. El choque metálico resonó en todo el palacio, destruyendo su paz y su orden.

Conseguiría lo que quería pero sabía, sin lugar a dudas, que no iba a ser fácil.

Comprar ahora

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-British Billionaires-

El matrimonio por contrato del multimillonario

El CEO imposible del multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Conjunto de libros de multimillonarios británicos (serie completa)

-Los jeques del diamante-

A las órdenes del jeque

A las órdenes del jeque

El placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El amor secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

Secretos de los jeques (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

The Sheikhs of Havilah Boxed Set (serie completa)

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Caja de los Reyes del Desierto (1-3)

Caja de los Reyes del Desierto (4-6)

Caja de los Reyes del Desierto (serie completa)

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano
Seducida por el italiano
El italiano apasionado
Una Navidad accidental
Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar
Secretos en Parata Bay
Escapada a Shelter Springs
Lo que ves en las estrellas
Segunda oportunidad en Whisper Creek
Verano en el Lakehouse Café
The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)
La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)
La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar
Tuyo para atesorar
Tuyo para atesorar
Tuya para siempre
Para siempre
Tuya para amar
Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)
Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)
Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama
Seduciendo a su dama
Despertando a su Dama
Caballeros de Norfolk (1-3)
Defendiendo a su Dama
Honrando a su Dama

* * *